

CRISTINA SÁNCHEZ-ANDRADE

---

*El niño que  
comía lana*



**ANAGRAMA**  
Panorama de narrativas

# **EL NIÑO QUE COMÍA LANA**

**CRISTINA SÁNCHEZ-ANDRADE**



**ANAGRAMA**

Panorama de narrativas

Edición en formato digital: octubre de 2019

© imagen de cubierta, cargocollective.com/davascully

© Cristina Sánchez-Andrade Potter. Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency,  
2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4092-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)  
[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)

*Para Galicia y los gallegos que «se acomodan en todos los climas, pero no dejan de soñar con la pequeña patria lejana, verdes campos bajo la lluvia».*

*Eiquí, entre istes homes pequeniños,  
penso na patria, e sintome un xigante.  
Penso en Galicia e vexo un lume aceso  
nás pálpebras azúes da paisaxe.  
Vexo a mañá pechada sobre os boscos  
sulagados no mar. escoito as voces  
misteriosas das nais cantando tristes  
cántigas que cheiran a mazás nas arcas.  
Digo Galicia e sinto un arrepío  
unha esperanza ergueita,  
unha ferida  
que non estiña nunca.*

CELSE EMILIO FERREIRO,  
*Viaxe ao país dos ananos*

Mi padre sueña,  
rendido por el cansancio,  
que volve a su tierra y planta sus piernas  
[y le crecen pies jóvenes  
y la savia de su tierra negra le alivia  
[el dolor de las arrugas  
y resucita sus cabellos muertos.

MIRIAM REYES, *Espejo negro*

## MANUELA DAS FONTES

Las diez de la mañana y ya olía a aceras fregadas y a sopa de fideos. Manuela das Fontes llevaba un sombrero de paja con un ramillete de violetas, una falda con corpiño y zapatos de tacón. Caminaba con paso rápido, en dirección a la Oficina de Contratación de Amas, con un perrito bajo el sobaco y una cesta de mimbre colgando de un brazo. Estaba gorda y bien alimentada; era aseada, robusta y joven.

Mientras caminaba se iba diciendo todo eso, y también que tenía materia prima de primera calidad. Eso era lo importante. Se introdujo la mano dentro del corpiño y se palpó un pecho duro como una bola de granizo. De su cuerpo ascendió un efluvio a pelo de animal mojado que la repugnó. El perrito, que pensó que le hacían un mimo, meneó el rabo y ladró dos veces. Ella le pegó en el hocico.

La Oficina de Contratación de Amas estaba en uno de los edificios de la calle Real, cerca de los talleres en donde había aprendido a coser con la Singer. No tuvo que buscar mucho porque desde lejos vio una fila larga de mujeres jóvenes. ¡Qué feas y corrientuchas le parecieron todas! Una chica delgada y más bien poquita cosa, vestida con una falda gris y una camisa blanca, le dio la vez, no sin antes examinarla de arriba abajo. Manuela se colocó al final de la cola y dejó al perrito en el suelo.

Era un perro pequeño sin raza, color crema, con ojos marrones saltones y orejas puntiagudas. Al sentir el frío y la humedad del suelo, comenzó a girar sobre sí mismo y a ladrar en un arrebato de desesperación.

—¡No te pongas rabudo! —dijo ella propinándole un puntapié que lo levantó del suelo y lo lanzó un metro más allá.

Las otras chicas miraron de reojo y Manuela aprovechó para inspeccionarlas. Mal vestidas, vulgares y feas. No había ninguna tan elegante ni tan abundante en carnes como ella. Para ultramar solo cogían a las que estaban bien alimentadas, le habían dicho. Se tiró del corpiño hacia abajo, se colocó los pechos, que ya le empezaban a molestar, volvió a tomar al perro y dijo en alto:

—Yo estoy aquí por mis hijos. Ellos son lo principal.

La chica delgada no contestó, pero sí otra mujer grandona, con varios dientes de menos, que estaba dos puestos más adelante y que ni siquiera se giró para hablar:

—Ay, santiña, todas venimos por nuestros hijos. ¿Qué te crees, que estamos aquí por placer?

La cola avanzó rápida y Manuela enseguida pasó al interior del edificio. La sala de espera estaba abarrotada de mujeres con sus hijos, algunas sentadas dando el pecho, otras de pie mecendo los carricoches. Al ver al perro, los niños mayores, aburridos por la espera, se lanzaron sobre el animal. Lo acariciaban, le tiraban del rabo y lo cogían en brazos. Mientras, el perrito no

dejaba de aullar.

—¡Dejad ya al pobre can, oh! —gritó ella. Lo cogió, se sentó y se lo puso sobre el regazo. Al descargar su cuerpo en la silla, las maderas se quejaron.

Un niño despeinado, con los mocos colgando hasta la boca, se acercó.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Manuela miró al perro y se quedó pensativa. No se le había ocurrido que aquel animal tuviera que tener un nombre. Miró al niño de nuevo:

—¡Y yo qué sé! —Soltó una risotada y se giró para buscar con la mirada a la madre del niño —: Yo estoy aquí por mis hijos —le explicó—. ¡Dios sabe que lo hago por necesidad y no por otra cosa!

La otra se encogió de hombros.

—Es por un tiempo, mujer. No le dé más vueltas —dijo, y se quedó mirándola. Al lado de ella, Manuela parecía una montaña, con el pelo encrespado bajo el sombrero de paja, el corpiño muy apretado y el perpetuo olor a campo flotando a su alrededor.

—Es que yo tengo intención de irme lejos. A América.

La mujer se enderezó.

—¿A América? ¡Jesús! ¿Y qué se le perdió ahí?

Manuela das Fontes se fijó en que la mujer tenía manchas de café en la camisa y pelos en el bigote. También reparó en sus ojos: negros y densos en las profundidades oscuras, como las insondables aguas del mar, y claros y luminosos hacia la superficie, donde parecían azules. Era una mirada vulnerable y de una extraña desnudez. Reconocía esa mirada, porque era la que veía en su propio rostro cada mañana: la de la mujer atravesada por una oscura herida. Manuela desvió la vista. Pensó que nadie la entendía de verdad y que nadie, jamás, sufriría como ella.

Muchas veces le daba por pensar así, sobre todo por las noches, cuando su marido roncaba a su lado y ella no podía dormir; pero también se decía, a modo de consuelo, que no tenía nada que reprocharse porque siempre había cumplido con sus obligaciones y que eso era lo principal. Miró el reloj de la sala. A esa hora ya solía estar sentada cosiendo, con el niño colgado al pecho. A esa hora ya tenía a los otros arreglados y desayunados, había fregado el piso de rodillas, picado la leña para el horno, avivado el fuego, apartado unas berzas para los conejos, planchado la camisa de su marido, oreado las sábanas, hecho la bechamel para las croquetas. A esa hora, ¡el Señor era testigo!, ya había cosido siete pares de ojos de cristal.

—¡No se puede respirar de tanto calor! —dijo a modo de respuesta. Y dejó escapar un resoplido.

Quedaron las dos mujeres en silencio. El perro le lamió una mejilla, ella le volvió a pegar en los morros y lo depositó en el suelo. En su lugar, tomó la cesta y se la colocó sobre el regazo. Sacó dos o tres huevos duros, una cebolla, un trozo de pan de centeno, un pedazo de tocino y otro de chorizo y lo dispuso todo sobre el banco. Mordió uno de los huevos y un poco de cebolla cruda y empezó a masticar. El perrito estornudó tres veces y ella lo mandó callar.

La otra mujer la miraba. De pronto dijo, como si acabara de despertarse de un sueño:

—Pues dicen que por América los recién nacidos tienen dientes. Que nacen con ellos y que muerden como diablos. Que por eso buscan a mujeres de por aquí.

Manuela suspendió la masticación y dejó el huevo en la cesta. Respiraba con dificultad y unas gotitas de sudor le bajaban por la frente.

—No diga usted barbaridades. ¡Cómo iban a nacer con dientes, oh! Eso no es natural.

—Yo solo digo lo que escuché. Además... —dijo señalando al perro— ese de ahí también tiene dientes.

Después de más de una hora de espera, cuando Manuela empezaba a pensar que reventaría, una enfermera anunció su nombre. Al ver que tenía intención de entrar con el perrito, le indicó que lo dejara fuera. Manuela se lo encomendó al niño de los mocos y a continuación pasó a la sala de reconocimiento. Mientras se quitaba el sombrero de paja, miró a su alrededor.

Era una estancia luminosa y grande con las paredes recubiertas de azulejos blancos, aunque con aire un tanto rancio, con una camilla, la mesa, la silla del médico y poco más. Olía a lejía. La enfermera le indicó que dejara el sombrero en el perchero y que se sentase sobre la camilla. Fuera, el perrito había empezado a ladrar.

Entró el médico, un tipo calvo y alto, con bata blanca, de rostro inexpresivo. Se dirigió a la camilla y, sin decir nada, le tomó las manos, se las volvió y le inspeccionó las uñas. Luego tomó el otoscopio que le pasó la enfermera y se lo introdujo primero en un oído y a continuación en el otro. Le palpó la garganta, le hizo un gesto para que abriera y miró dentro de la boca con una linterna. Espantado por el aliento a cebolla, se la mandó cerrar. Al otro lado de la puerta, el perrito no dejaba de ladrar.

El médico siguió con la inspección y sin pensarlo dos veces, de manera casi mecánica, le desabrochó el corpiño.

Entonces, entre las apreturas del sostén, se abrió paso con ímpetu, como lava caliente que sale del volcán, la carne aprisionada: dos senos descomunales y palpitantes, de aureolas muy oscuras como ojos que buscan la luz.

Turbado, el médico bajó inmediatamente la mirada. De su pecho nació un gemido que no pudo reprimir.

—Desde ayer noche no he dado el pecho y estoy que me salgo, doctor —se excusó ella al ver el rostro de él—. Es como si me pincharan alfileres por dentro. Tenga usted cuidado, porque, con solo rozar, saldrá la leche como de una fuente.

Ante este comentario, el médico reculó un poco. Sus ojos se deslizaban ahora por la camilla. Subieron rápidamente por el torso desnudo y brillante, desde el ombligo hasta los pechos, para a continuación dar con el cuello, la barbilla, las mejillas sonrosadas y la nariz. Por fin se detuvieron en el rostro de la chica.

Era un rostro de rasgos suaves e infantiles y, a la vez, envejecido: el rostro de una niña-vieja.

Fuera, el perrito había comenzado a aullar.

—Vístase —ordenó.

Luego, todavía azorado, se dirigió a la enfermera para que tomara nota: «Complejión robusta, bien alimentada, mamas grandes, pezón adecuado.»

—No hay una madre que quiera a sus hijos tanto como yo —dijo Manuela, sin venir a cuento, bien alto, para hacerse oír entre los desesperados aullidos del perro.

Pero el rostro del médico ya había vuelto a su rigidez inicial. Con un gesto de la mano, le indicó que se sentase junto a la mesa.

Él también se sentó y comenzó a leer en alto el título del expediente que la enfermera le había dejado sobre la mesa: «Manuela das Fontes. Costurera y ama de casa. Veintitrés años.» Alzó la mirada y la fijó en ella.

—¿Qué cose usted? ¿Ropa?

Manuela se esponjó un poco.

—No. Ojos.

—¿Ojos?

—De muñeca.

La barbilla del médico tembló un poco. Volvió a fijar la vista en el expediente.

—¿Trae el informe del cura? —preguntó entonces. Manuela rebuscó en la cesta.

—Aquí lo tiene —dijo sacando un papel manchado de grasa de chorizo.

—¿Y la autorización de su marido?

—¿Cómo dice?

Ahora el perrito aullaba tan fuerte que tenían que gritar para escucharse.

—¿No se podría hacer callar a ese perro? —dijo el médico dirigiéndose a la enfermera.

La enfermera fue hasta la puerta. En cuanto la abrió, el perrito dejó de aullar. Entró como una bala, se detuvo derrapando y quedó buscando a un lado y a otro. Al ver a su ama emprendió un trotecillo ligero y se situó a sus pies, ladrando de alegría. Esta, mientras sacaba el otro papel de la cesta, le propinó un puntapié para alejarlo de sus tobillos. El perro emitió un gemido agudo.

—Aquí está la autorización de mi marido —dijo.

—Esta mujer es la que le comentaba que ha pedido irse a ultramar —dijo la enfermera desde algún lugar de la sala.

El médico tomó las autorizaciones, abrió el expediente y empezó a leer para sí. De pronto se detuvo.

—¿Y tiene usted el dinero para el pasaje? —dijo sin levantar la mirada—. La Oficina de Contratación no asume ese gasto. Supongo que lo sabe.

Manuela se removió, aflojándose un poco el corpiño. Dijo que tenía el dinero.

—¿De cuánto tiempo tiene la leche? —preguntó entonces él.

—De siete años —dijo ella.

—Meses querrá decir...

—No, no —dijo ella ahucándose en el asiento—: años.

El médico se quedó pensativo. Luego volvió a zambullirse en la lectura del expediente. Acto seguido, levantó la cabeza:

—¿Leche de siete años, dice?

—Así mismo, doctor.

El médico no respondió. En su lugar, siguió pasando páginas rápidamente, hasta detener el dedo en una línea. Levantó la vista y volvió a mirar a Manuela.

—¿Cuántos años me dijo que tenía, Manuela?

—Veintitrés —contestó ella.

—Y todos estos hijos que se mencionan aquí, ¿los parió usted? —dijo.

—Eso es. Dios fue generoso enviándome uno por año.

La chica volvió a sonreír pero, por primera vez, la piel alrededor de la boca se tensó y en el cuello aparecieron unas venitas azules. Le tembló la comisura de un labio.

—Precisamente —prosiguió agachándose un poco para volver a apartar al perro de los talones—. Dios sabe que la decisión la tomé por ellos. El chiquitín, Antón, está ya criado. Nació

con cinco kilos y medio, ¿sabe usted? Mama con tanta ansia que las vecinas vienen a mirar. Ahora toca luchar por los demás. Por mi pobre hombre que es un santo también.

—El viaje es largo. ¿Sabe que la leche se pierde si no se estimulan las glándulas mamarias? —dijo el médico, sin duda porque no se le ocurrió qué decir en ese momento.

De pronto, el cuello de Manuela se disparó hacia delante, como si fuera una serpiente a punto de picar. Sujetándole por el pellejo y sin mirarlo, levantó al perro en vilo y lo posó sobre la mesa.

—Me dejaron a este —dijo esbozando una sonrisa.

El perro giró sobre sí mismo haciendo sonar las uñas sobre la madera de manera grmosa, hasta que, de pronto, se detuvo y se quedó observando al médico con la misma mirada perpleja y aviejada de la mujer. Este ordenó que lo quitara inmediatamente de la mesa.

—Ya —dijo. A continuación, prosiguió con el cuestionario—: ¿Alguna enfermedad, Manuela? ¿Tuberculosis? ¿Viruelas?

—Dios santo, ¡no!

—¿Y su marido?

Manuela se aclaró la garganta:

—Sano y fuerte como un oso. Es carpintero —dijo, las manos regordetas entrelazadas sobre el regazo, moviendo rápidamente los pulgares. Y añadió bajando el tono y también la cabeza—: Bueno, era. Aserruchando un tablón, se rebanó un dedo. Ahora no puede trabajar de lo suyo.

El médico alzó las cejas y apuntó. Después de anotar varias cosas más, se levantó y, limpiándose el sudor de las manos en la bata, salió de la sala.

—¡Arre, caray! —dijo Manuela dirigiéndose a la enfermera, abanicándose con la autorización del cura que había cogido de la mesa—. Creo que si no terminamos pronto, voy a reventar. Me falta hasta el aire. ¡Si los hombres supieran los sacrificios por los que tenemos que pasar las mujeres! —La miró de reojo y se recolocó los pechos con cuidado—. ¡Menos mal que tengo al animal!

La enfermera no contestó. Al rato volvió a entrar el médico. Estaba pálido. Dijo:

—En fin, Manuela, cumple usted con todos los requisitos y no voy a ser yo quien diga lo contrario. ¿Está segura? Son muchos hijos los que deja aquí, sin madre. ¿Con quién se quedan?

Manuela quedó callada; el médico vio cómo la sonrisa se congelaba en su rostro y cómo le volvía a temblar la comisura del labio. De pronto se puso en pie. Dijo:

—¿Está queriendo decir que no soy buena madre? ¿Que me largo y los dejo abandonados? —Rompió a llorar—. ¿Está queriendo decir que si fuera responsable no me iría a América? ¿Eh, es eso lo que me quiere decir?

El médico dijo que no había querido insinuar nada de eso.

—Se quedan con mi suegra y Dios sabe que lo hago por su bien —dijo sacando un pañuelo de la cesta—. ¡Ojalá mi marido valiera para trabajar en otra cosa! ¡Ojalá mi marido valiera para algo! Pero nadie culpa a un huevo por no ser un pollo, y no voy a ser yo quien lo haga.

La enfermera se acercó y le tomó las manos para consolarla.

—Y no seré yo quien diga que no se puede ir a América —proclamó el médico—. La voy a recomendar. Tenemos una familia esperando en La Habana y hay un barco que sale en tres días. Si está usted convencida... Tenga en cuenta que allí la vida será muy distinta.

Manuela se sentó y se limpió las lágrimas. Ya más tranquila, todavía con la voz temblorosa, dijo que una vez había estado en Madrid y que, aunque Madrid no era La Habana, podía

imaginárselo. Luego quedaron en silencio. Por la ventana abierta entraba el olor a sopa de fideos. El perro ladró dos veces.

—¿Tiene alguna otra pregunta? —dijo el médico.

Manuela buscó al perro con la mirada. Ahora ya no eran agujas sino puñaladas lo que sentía en los pechos.

—¿Ya hemos terminado? —quiso saber. El médico asintió. Ella se removió.

—Y dígame una cosa, doctor, ¿es verdad eso de que los niños en América nacen con dientes?

Tres días después, Manuela das Fontes atravesaba la pasarela de un vapor de la Transatlántica Española arrastrando un baúl, y el perrito metido en una cesta.

Una inmensa marea humana embarcaba aquel día. Había familias enteras, jóvenes, madres con sus hijos e incluso mujeres solas que habían pasado la noche en posadas, en tugurios o al raso en espera de la llegada del vapor. Pero también había inspectores controlando el peso del equipaje, vociferantes revendedores de billetes, familiares que emitían recomendaciones, lamentos o plañidos de despedida, vendedores de refrescos y bocadillos, y curiosos.

El «gancho» que le vendió el billete le había contado a Manuela que aquel era un barco de ensueño, como un hotel de tres pisos, con ascensores de cristal, salones de baile y de billar, camarotes de lujo con bañera de patas y grifos de oro, restaurantes con columnas griegas, bares. Así que, arropada por la muchedumbre, se dejó llevar siguiendo a una mujer con un enorme sombrero y un vestido de tul blanco fruncido, pensando que pronto vería su camarote con bañera de patas y paredes forradas de terciopelo. Pero tan pronto embarcó, un hombre uniformado la detuvo con la palma abierta. «Alto he dicho», le dijo.

Manuela se paró extrañada, pensando que tal vez tenía que haberse puesto el sombrero. Luego explicó a toda velocidad, siguiendo con la mirada a la mujer del vestido de tul que se perdía entre la gente, que ella tenía un pasaje de primera. Su marido, que era carpintero, se había rebanado un dedo con la sierra y el seguro les había dado un dinero. El tipo la escuchó en silencio, con los ojos puestos en el vacío. Luego le pidió el pasaje y ella se lo entregó con un suspiro. Después de revisarlo, el hombre señaló la escalera y le indicó que tenía que ir por allí.

Así que bajó, atravesó pasillos estrechos y rincones oscuros, arrastrando el baúl con una mano y sujetando la cesta del perrito con la otra, hasta llegar a una zona atestada de emigrantes. «Tenía que haberme puesto el sombrero de paja», se dijo una vez más.

Al entrar en aquel tugurio con olor a meados, se dio cuenta de que ni siquiera había camarotes, y que los pasajeros se distribuían en literas dispuestas en los entrepuentes de las bodegas. Tocó a un hombre por la espalda, le entregó su pasaje y le preguntó si por casualidad sabía a dónde tenía que ir. El hombre miró el billete. Dijo: «Es igual que el nuestro, cuarta clase.» Fue entonces cuando Manuela dejó caer el baúl y se sentó sobre él. Mientras comía uno de los bocadillos de chorizo frito que le había hecho su suegra, comenzó a llorar con el perrito en el regazo. Repetía entre hipo: «Tenía que haberme puesto el sombrero de paja.»

Pasó toda la noche despierta, abrazada al perrito y sollozando entre oscuros bultos que a cada rato la chistaban para que callara.

Al día siguiente un grupo de mujeres le ofreció café, un pedazo de pan de centeno y tocino para desayunar. Tenía hambre, se sintió reconfortada y aceptó de buena gana.

Pasaban los días y Manuela apenas se movía de aquella zona del barco. Instalada en una rutina

que tenía como objetivo espantar el miedo y la morriña, desayunaba, comía y cenaba con aquella gente. Por las tardes, las mujeres se juntaban a charlar, a calcetar, a contar chistes o a jugar a las cartas. Recordaban con nostalgia lo que dejaban atrás, y entonces Manuela daba rienda suelta a la congoja hablando de su aldea, de su casa, de los robledales, de las campanas de la iglesia doblando a muerto, del soto, de su marido sin dedo y de sus seis hijos, ahora a cargo de su suegra.

Había conocido a su marido en el puesto de rosquillas de la romería de la Virgen. Al principio le dio largas porque era más feo que una noche de truenos, pero después de unas semanas, consintió en ir a pasear con él. Cuando estaban bajo unas parras, el hombre le propuso que se tumbaran sobre un banco de piedra. «No hasta no estar casados», dijo que le dijo. «Oh, eso no es necesario», dijo que contestó él. Lo empujó con tal fuerza que quedó sentado en el suelo y ella se marchó corriendo. Decidió que jamás volvería a ver a aquel hombre.

—Pero te acabaste casando con él... —dijo una de las mujeres. Manuela se encogió de hombros.

—Son cosas que pasan —contestó. Y añadió—: Pero el Señor fue generoso enviándome un niño por año.

Para ilustrar sus historias sacaba del baúl una foto descolorida de su marido, un gorrito de lana de su Antón, que antes de mostrar llevaba a la nariz para aspirar su olor, un frasco con las amígdalas de su Pepín conservadas en éter, varios dientes y muelas de los demás, metidos en un trocito de tela, algunos ojos de cristal de muñecas que aún no había cosido, un rosario y una cajita con tierra del huerto. Todo envuelto entre la ropa y los restos de comida, de manera que, cada vez que abría el baúl, una vaharada nauseabunda, mezcla de humedad, suciedad y tufos que se desvanecen, le subía hasta la nariz.

Manuela contó también que ella misma había tenido que enterrar el dedo que su marido se había rebanado con la sierra en una pequeña tumba cavada en el jardín, junto a la higuera. También contó que había tenido que cubrir la sepultura con muchas piedras por miedo a que alguien lo robara.

Galicia desaparecía lentamente. Los días eran largos pero no importaba porque el mundo estaba empezando. Como el resto de los pasajeros, Manuela se volvió hacia América, esperando el día en que sus costas surgieran ante la vista y que al otro lado del mar todo fuera mejor y distinto. Cada tres o cuatro horas llamaba al perrito, que acudía de inmediato, emitiendo un alegre ladrido y haciendo sonar las pezuñas al trotar por el suelo de madera del camarote. Mientras las otras mujeres discutían o repartían las cartas, ella desaparecía durante un rato con el animal. Al volver, el perrito ronroneaba como un gato ahíto y se quedaba dormido sobre su regazo. A veces las otras mujeres detenían el juego o la calceta para mirar enternecidas y lanzar halagos a aquella mujer que, con veintitrés años, había tenido que dejar la aldea en busca de un porvenir para su numerosa familia.

Al oír los halagos, ella se apretaba al perrito contra el pecho. Contestaba entre sollozos, hablando en gallego y como para sí:

—No, no tengo ningún mérito. Es lo natural en una madre. Cualquiera haría lo mismo.

Ninguno de los que viajaban en cuarta había estado en Cuba, pero poco a poco, guiados por una suerte de instinto, fueron dejando las historias de la aldea para sustituirlas por lo que habían oído de la isla. Durante la travesía se pasaban las horas imaginando cómo sería aquel continente en donde todo el mundo era bienvenido. Manuela decía que uno de un pueblo vecino al suyo había estado en La Habana, que volvió rico, viejo y cojo y que en su casa tenía un esclavo negrito que lo

abanicaba y le cortaba las uñas de los pies. Otra mujer había oído que en Cuba el oro colgaba de los árboles como si fuera fruta. De modo que cuando ya llevaban la mitad del viaje, todo era La Habana, el oro y los negritos, el puerto y la selva con loros parlanchines. La ilusión les ayudaba a olvidar.

A Manuela cada vez le espantaba más abrir el baúl. El olor a humedad y sucio impregnaba ahora toda la ropa, y no hacía más que levantar el brazo para olerse el sobaco. A veces sacaba el frasco con las amígdalas, abría el pedazo de tela con los dientes de sus hijos o tocaba la tierra de la huerta, pero poco a poco, ante la desagradable perspectiva de tener que abrir el baúl, fue abandonando la costumbre.

Un día se despertó agitada: había soñado que allá en la aldea alguien había desenterrado el dedo de su marido y se lo había llevado, y que a ella le hacían devolver el dinero del seguro. Al abrir los ojos se sintió confusa. Una vaharada a podrido flotaba por el camarote.

A partir de entonces, una intuición vaga e imprecisa empezó a perfilarse en su mente. Un día abrió el baúl y, aguantando la respiración, cogió el hatillo con los dientes, los ojos de cristal y el frasco con las amígdalas de Pepín. Sin siquiera desayunar, subió por aquellas angostas escaleras por las que había descendido el día que embarcó. Asomó la cabeza por la trampilla de la bodega y se quedó observando. Un sol radiante la deslumbró.

Un poco más allá, paseaban unas señoras con sus hijos y las criadas. La brisa levantaba deliciosos aromas y todo estaba luminoso. Nunca había visto nada igual, ni siquiera en Madrid. Quedó fascinada por el movimiento elástico de las mujeres al caminar, por el crujir de las sedas de sus vestidos, por sus sombreros adornados de plumas y las medias de seda, por los guantes ajustados, por los tocados, por su manera de hablar. Subió lentamente hasta cubierta.

Sin que nadie la viera se acercó a la barandilla y lanzó el frasco con las amígdalas de su Pepín, los ojos de cristal y los dientes al mar. «Ya está», suspiró. Y volvió a bajar.

Durante el resto del día se sintió muy aliviada.

Pasó toda la noche pensando que aquellas mujeres que olían tan bien debían de tener pastillas de jabón. A la mañana siguiente, volvió a subir con el perrito aplastado bajo el sobaco. Avanzó hasta la zona de camarotes de primera. Al ver que un matrimonio salía de uno de ellos para dirigirse al restaurante, se metió dentro y dejó suelto al animal. Miró a su alrededor. «¡Arre caray!» ¡Eso sí que era lujo! Las camas tenían colchas brillantes, los suelos estaban alfombrados y las paredes forradas. En el aseo cogió un frasco de cristal verde y, apretando la perola, se perfumó (¡eso sí que era oler como una señora!); sobre una jabonera dorada con forma de concha, encontró una pastilla de jabón. Se la introdujo en un bolsillo y salió.

Avanzó unos metros por el pasillo cuando se dio cuenta de que se había dejado al perrito. Volvió a entrar en el camarote y lo encontró husmeando en la maleta abierta de la señora. Al verlo, Manuela le pegó en los morros. «*Vaiche boa*», le dijo. Lo cogió en brazos y, a punto de salir, se detuvo junto a la puerta. Uno de los vestidos de raso color marfil, con aplicaciones de seda roja, había atraído su atención. Se dio la vuelta. Tomó el vestido, se lo escondió entre las faldas y salió.

Al día siguiente volvió a subir a cubierta con el traje puesto y el perrito, que enseguida atrajo la atención de varios niños que jugaban.

—Qué mañana de viento —dijo dirigiéndose a unas señoras—. ¿Van ustedes a menudo a La Habana?

Mientras los niños jugaban con el perrito, una de las mujeres de tez muy blanca explicó que

vivían en La Habana y que regresaban de visitar a sus padres, que estaban muy mayores. También explicó que allí tenían un negocio de sombrillas. ¿Y usted?, preguntó.

—Yo voy a La Habana para reunirme con mi hijo de ocho años. Le llevo el perrito de regalo. A mi marido acabo de darle sepultura en el lugar en el que él pidió ser enterrado: en la huerta, bajo la higuera —y añadió—: en mi maleta llevo un poco de tierra de ese lugar.

Así mismo le salieron aquellas palabras. Un marido enterrado y un solo hijo que la esperaba en La Habana. Las palabras la sorprendieron, pero también la hicieron sentir ligera, como cuando los pechos le apretaban y por fin se aliviaba dando de mamar.

A partir de ese momento, subió todos los días a primera. Siguió contando cosas sobre su vida, haciendo que la mentira engordara como una bola de nieve: su marido, con quien también había vivido en La Habana durante diez años, había sido un rico empresario del ramo del tabaco, que nunca había dejado de pensar en Galicia y en los suyos. De hecho, aparte de ir a enterrarlo, había hecho entrega al alcalde del pueblo de una suculenta donación con la que ahora iban a construir una escuela para los niños sin recursos.

Conforme pasaban los días y se mezclaba más y más con los pasajeros de primera, fue arrojando pertenencias por la borda: la tierra del huerto, el rosario, el vestido viejo. Antes de caer al agua, este se infló con el viento y permaneció un rato suspendido en el aire. Parecía una mujer gorda que desaparece en la distancia.

El perrito se había hecho muy popular, y, como los niños se peleaban por jugar con él, Manuela siempre estaba rodeada de madres e hijos. Un día, un caballero que olía a loción de afeitar perfumada la invitó a ostras y a champán. Mientras bailaban juntos, le susurró al oído que ella era distinta al resto de las mujeres.

Comenzaron a pasear del brazo por cubierta. No era muy guapo, pero tenía los ademanes y la manera de hablar de los hombres ricos. Llevaba siempre ropa de buen paño, nada que ver con la camisa de franela, los pantalones de pana y los zuecos de los de abajo, se decía ella observándolo cuando él no la veía. Se reían mucho juntos, bailaban en el salón y comían en el restaurante. Tan entretenida estaba, que no se dio cuenta de que la leche de sus pechos le había rebotado hasta empapar el vestido. Al sentir la humedad se miró horrorizada y tuvo la sensación de tener alfileres clavados por dentro; se tapó con la servilleta, se levantó bruscamente y, con el pretexto de no encontrarse bien, salió corriendo. Bajó a la zona de los emigrantes.

Por los angostos pasillos iba llamando al perrito hasta que por fin apareció meneando el rabo. Al sentarse sobre el baúl cerrado, el animal le saltó al regazo y comenzó a relamerse. Entonces ella, en un gesto que ya era automático, se desabrochó el corpiño, se sacó un pecho rebosante y lo metió en la boca del perrito. Suspiró aliviada. «Ay, can —dijo—, si no fuera por ti.»

Dos días antes de llegar a puerto volvió a abrir el baúl. Cogió todo lo que quedaba dentro, lo envolvió entre las faldas y trepó la escalera que llevaba a la cubierta. Al llegar arriba, se arrodilló y comenzó a lanzarlo todo por la borda. Primero la foto de su marido. Lentas lágrimas brotaban de sus ojos y a medida que crecía en ella la emoción con los recuerdos, sintió que se le cerraba la garganta. Después el gorrito de lana de Antón. Había sacado el pañuelo para enjugarse los ojos y ahora se tapaba con él la nariz y la boca para no gritar. Fue en vano. Una especie de aullido escapó de su garganta, seguido de sollozos, mientras clamaba que solo Dios, solo Dios sabía que no hay madre que quisiera a sus hijos tanto como ella.

Al terminar suspiró hondamente.

Allí de rodillas, con la tibia brisa del mar salpicándole la cara, quedó pensativa. Un efecto de

luz, una suerte de ducha de oro (pero ¿dónde estaba el sol?) parecía derramarse sobre ella, llenando su pecho de energía. Se limpió las lágrimas con el vestido de raso y llamó al perrito, que acudió pensando que era la hora de mamar. Lo cogió, le dio un beso en los morros (el primero y el último de su vida) y lo lanzó por la borda. «Adiós, canciño», dijo.

Se escuchó un ladrido alegre, atenuado por el viento y la distancia, y luego un *¡plof!*

Dos días después atracaba el barco. En medio de un guirigay de gentes y animales, Manuela das Fontes, muy erguida, atravesaba la pasarela del vapor del brazo de aquel caballero con olor a loción de afeitar que la había invitado a ostras y champán. Lo primero que pensó es que La Habana, así vista de cerca, era más pequeña de lo que había imaginado.

Pero al menos olía bien.

Olía a mar y no a aceras fregadas ni a sopa de fideos.

## EL NIÑO QUE COMÍA LANA

El cordero tenía los ojos como escarabajos, el cuerpo aún envuelto en un velo escarlata y las patas como estacas de madera. La oveja le lamía la pelusa. El niño veía cómo esta lo limpiaba sacando y metiendo la lengua muy rápido: se comía el líquido, los coágulos de flujo y la piel que envolvían el cuerpo.

El niño miraba hipnotizado, llenándose los ojos con aquel amor hecho de gelatina y sangre. El aire olía a hielo y una mezcla de excitación, asco y soterrada alegría se arremolinó en su pecho.

—¿Te gusta? —le preguntó el padre.

El niño reculó asustado; asintió con la cabeza.

El pastor arrastró al cordero de una pata para separarlo de la madre. Estaba anclado con la boca a las ubres, y las fauces abiertas exhibieron la fragilidad del nudo.

El pastor lo llevó a lavar en el pilón. Vestía un mandil y una camisa arremangada hasta los codos. Era un hombre grueso y todo en él era brusco y rápido; despegaba con dedos de uñas sucias las orejitas plegadas contra el cráneo. Hacían: ¡crac!, ¡crac!, y la oveja madre, mirando desde la distancia, balaba.

Balaba babas y sangre.

El padre pagó al pastor. Después tomó el cordero y se lo puso al hijo en los brazos. Le dijo:

—Tuyo es. Ahora tienes que cuidarlo.

Los ojos fijos en el vientre palpitante del cordero, el niño lo sostenía sin atreverse a respirar. El cuerpo del animal desprendía un olor a sudor antiguo, como el que se quedaba pegado en las mantas cuando estaba enfermo y su madre lo cuidaba. El niño experimentó un inesperado alborozo. Una sensación que brotaba de un lugar que no conocía, que le mordía la boca del estómago y que le produjo miedo, repulsión y frío al mismo tiempo.

—Vámonos. La tía nos espera.

El padre tomó la mano del hijo y juntos volvieron caminando a casa; el cordero en una cesta, dormido por la marcha, era un bebé. De los arbustos nacían crujidos, y pétalos de seda fría empezaban a deslizarse sobre sus cabezas.

El aire se cuajó de telarañas blancas.

Se detuvieron junto a una fuente para descansar.

Con la mano apoyada en el hombro del hijo el padre miraba el vuelo inmóvil de las águilas. El niño observó los labios azules del padre y sintió la presión de sus dedos agarrotándose sobre su hombro. Se sentaron sobre el tocón de una higuera y comieron uvas (las habían cogido a media noche y la crueldad de la luna había penetrado en ellas).

Al cabo de un rato, el padre dejó caer una mano para coger unas bellotas del suelo. Clavando ramitas a modo de brazos y piernas en el fruto, hizo un hombrecito. («Ves, tiene panza y boina como el pastor», le dijo, y el niño se rió a carcajadas. Golpecitos de tos seca, la risa del niño.)

(Como cuando se es feliz y no se sabe por qué.)

Justo antes de llegar, el niño distinguió una prímula roja en la cuneta. Pero era demasiado bonita y tuvo miedo de cogerla.

La tía los esperaba delante de la casa.

Medias arrolladas en los tobillos, las piernas muy largas, como si fueran su propia sombra. La mirada inquieta.

Una araña que vigila la tela: madura, negra, callada.

El niño alzó la cesta y le mostró lo que había dentro. Las cejas de la tía se elevaron y volvieron a bajar. La papada le tembló un poco cuando dirigió la vista hacia el padre.

—El médico dijo que no salieras con este frío —le espetó. Del cielo caían ahora dardos de hielo.

—Hemos comprado un corderito —anunció el padre entrando, mientras colgaba su chaqueta en el gancho de la puerta de la cocina—. ¿Qué hay de comer?

Dentro olía a sopa caliente. El plato, el vino y el pan. La mesa puesta, la sopera humeando. La tía sirvió. Comían con apetito cuando el cordero despertó y comenzó a balar.

Su boca apenas abierta derramaba un grito penetrante.

Era el primer sonido que salía de la garganta del animal y el hijo sintió agujas clavadas en las mejillas. Miró al padre asustado.

Sin que nadie le dijera nada, corrió a la cocina, calentó leche y, con manos temblorosas, la vertió en el biberón. La mitad cayó fuera pero volvió con él. Muy lentamente, se aproximó al animal, aunque se quedó a una distancia prudente. Estiró el brazo y acercó el biberón a la cara del cordero, que sacó la lengua, dura y cárdena, y succionó de manera impetuosa: la leche empezó a correr por el cuello del animal en blancos riachuelos. El niño soltó el biberón y reculó asustado.

El padre comenzó a reír.

—Yo lo haré —dijo—. Pero fijate bien y aprende para hacerlo tú solo.

Entonces se sentó en una banqueta, tomó al cordero por la cara y le metió dos nudillos entre la boca. Cuando la tuvo bien abierta, le introdujo el biberón. El animal meneaba la cola con brío, golpeando la pared. Cuando terminó toda la leche, se quedó tranquilo. Padre e hijo volvieron a sentarse y reanudaron la comida. Ahora la tía hablaba y hablaba, y solo él se dio cuenta de aquello: la mano del padre temblaba de manera que la sopa no llegaba a la boca. Se quedaba por el camino. Los fideos se le deslizaban por el cuello y se le metían por dentro de la camisa como gusanos; y la tía hablaba. Y los ojos. La tía hablaba y hablaba y los ojos del padre se habían quedado fijos en la pared, muertos. Hasta que se oyó el estrépito de la cuchara contra el plato y la tía calló. Calló de golpe. «Pero ¿se puede saber qué...?»

Apoyando los puños en la mesa, levemente inclinado, el padre se puso en pie —el niño vio que los gusanos seguían pegados al pecho, se desplazaban encorvándose y estirándose, encorvándose y estirándose— y subió a su habitación. El niño vio que la tía miraba las anchas espaldas del padre, las piernas temblorosas al subir las escaleras; y vio también que los ojos de la tía se oscurecían.

Poco después sonaron unos golpes en la puerta. La tía se apresuró a abrir, entró el médico y

subieron juntos. Casi en el último peldaño, ella se giró.

—Tú no te muevas de ahí —le ordenó, los labios apretados por la contrariedad. La voz era fría, punzante, una voz que el niño no conocía.

Mierda de oveja, seda azul, lana de barro mugriento, sangre en una bota. El niño pensaba en todo eso cuando se elevó un revuelo. Un batir de alas de mosca desde las entrañas silenciosas de la casa: cuchicheos, voces. La tía entrando y saliendo de la habitación, una vecina que subía a toda velocidad, «quita, rapaz, aparta de ahí». El médico. Más voces. El niño trataba de comprender pero todos aquellos sonidos que ahora flotaban por encima de su cabeza le resultaban extraños. Pronto despertaría el cordero y tendría que atenderlo. Se lo había dicho el padre: «fijate bien y aprende para hacerlo tú solo».

Salió de la cocina y, al pie de la escalera, afinó los sentidos: los oídos eran ojos. Oyó los pasos apresurados del médico por el pasillo, el ritmo ágil de sus pisadas, la urgencia. Los pasos llegaron hasta el baño. Prosiguieron dentro y al rato volvieron a salir. Del pasillo al cuarto de su padre. Terminó el rumor de pasos y comenzaron las voces. Luego, nada.

Oscurecía. El niño esperó sentado en la mesa de la cocina, luchando entre el sueño, el frío y la excitación. A sus pies, la cesta con el cordero dormido. El hambre le encendía los ojos con furia y los labios temblaron.

Avivó con otro leño el rescoldo que quedaba y se fue acercando más y más al fuego. Hasta que de nuevo brotaron los ruidos: un largo y seco sollozo detrás de la puerta cerrada, unas cuantas palabras, el crujir de las escaleras, los pasos de la vecina junto a la cocina, un portazo. Y también el médico: «aquella carraspera», desde la puerta, su seco carraspeo. El ruido de aquel carraspeo era para él el preludio del anhelo. La madre convertida en estrella, aunque para él la madre no estaba allí, en el cielo, como decía el padre, sino aquí, en la casa, metida en un cajón de la cómoda.

El cordero abrió los ojos y comenzó a balar. El niño pegó un brinco y se puso en pie. Los balidos eran tan penetrantes que tuvo que taparse los oídos. Notó que su corazón se aceleraba y que la sangre embestía en las sienas. Miró el biberón vacío y a continuación al animal.

—¡Cállate! —le espetó.

Pero el cordero seguía balando.

—¡Cállate, idiota!

Se entretuvo lanzando ramitas al fuego y pintando ovejas sobre la mesa de la cocina.

Nadie bajó a darle la cena aquel día. Cuando el cordero dejó de balar, subió a su habitación, se desnudó y se metió en la cama. Esperó que su padre llegara. Siempre, siempre llegaba a la hora de dormir. Le contaba un cuento o le hablaba de aquella estrella en la que habitaba su madre. Le hacía cosquillas; un día le trajo un grillo metido en una caja de cerillas que acababa de atrapar en el jardín.

Mientras recordaba cómo le vibraban las antenas al grillo, comenzó a sorberse los mocos y a tragárselos. Los ojos se le habían humedecido y se los secó con la esquina de la sábana. Se puso las manos juntas bajo la mejilla y al rato, en medio de una sensación de tripas que lo succionaban, con el sabor salado de los mocos en la boca, se quedó dormido.

Bajo los párpados una oveja devoró a su cría.

Lo despertaron los balidos tenaces del cordero. Se puso en pie y miró por la ventana. Amanecía y ante sus ojos se abría un territorio nuevo: la nieve cubría el jardín, la cerca, el

columpio, la bicicleta, los capullos invernales de los árboles, los esqueletos de las mariposas. Tenía hambre, la sensación de que una pinza le presionaba las tripas. Ganas de comer. De comerse su propio miedo.

Tenía tanta hambre que pensó que si no comía algo, su estómago lo devoraría a él. Entonces oyó los ruidos.

Los ruidos y las voces, y salió al pasillo. Unos hombres bajaban al padre envuelto en una sábana. La mano muy blanca, surcada de venas azules, golpeaba contra los peldaños de la escalera: hacía un ruido seco, como una carta que cae a un buzón vacío.

Luego vio los ojos de su tía.

—Atiende a ese animal o nos volverá locos —le ordenó.

El niño corrió a la cocina, calentó la leche y la vertió en el biberón. Se lo acercó al cordero. Pero le temblaba la mano y la fuerte embestida de la lengua lo derribó. El cordero seguía balando. Balaba como si nada del mundo pudiera consolarlo, y el niño tomó el biberón del suelo, se lo dio y volvió a caer de su mano. Los balidos se mezclaban ahora con los sollozos del niño. Se limpió los mocos con la manga de la camisa y acercó la mano al hocico húmedo del animal. El cordero la lamió ávidamente, y, con este gesto, se extinguió la desazón. Parecía como si su aroma infantil a lágrimas, leche y sopa lo hubiera aproximado al mundo del animal.

Sujetándole la cabeza, le introdujo la tetina en la boca; por fin el cordero consiguió mamar. Esto lo llenó de satisfacción: deseaba que su padre se sintiera orgulloso de él.

Al terminar de dar de comer al cordero, miró lentamente a su alrededor: sus ojos parpadearon de codicia. Descolgó un salchichón colgado del techo y comenzó a engullirlo. Antes de terminarlo, ya estaba abriendo la alacena. Sacó pan, galletas, queso. Se llevó un puñado de frutos secos a la boca y, cuando terminó de masticarlos, abrió la nevera, sacó una botella de leche y comenzó a beber. La nuez del niño cloqueaba como un desagüe y, por las comisuras de la boca, la leche se desbordaba, bajaba a lo largo del cuello y le mojaba la camisa. Cuando se acabó la leche, tomó el queso. Después de un buen rato comiendo a dos carrillos, quedó ahíto.

Un poco más tarde, tras engullir el último trozo de embutido que encontró por la cocina, subió a ver a su tía. Abrió la puerta de la habitación y la encontró tumbada, larga y lacia sobre la cama. La comida le pesaba en el estómago y le acometió una náusea.

Ahí dentro, todo seguía igual: la cómoda de cerezo, el espejo ovalado. Las horquillas sobre la mesilla como hormigas bulliciosas. Un vaso de agua con las burbujas que se acumulan en la noche. La falda negra, caída, como si quisiera salir corriendo. Todo estaba envuelto en aquella viscosidad de sacristía.

El niño se acercó. Le daba miedo verla dormida, el rostro surcado de grumos y arrugas, con espuma blanca en la comisura de los labios, áspera de tanta vida. Vio las manchas amarillas y las venas abultadas del rostro, los pelillos de la nariz, duros como púas de erizo. Le llegó el calor de su carne añosa. Su respiración jadeante. Su olor a vieja. Pero no se atrevió a abrir la boca y se dispuso a salir.

—Está muerto, ya lo sabes.

La voz de la tía brotó de un lugar impreciso de la habitación.

El niño salió sin contestar. No. No era verdad. Aquello no podía ser cierto porque la chaqueta seguía colgada en el gancho de la entrada. Cuando murió su madre, tres años atrás, desaparecieron con ella sus vestidos, sus chales, sus joyas, sus cosas. Todo se fue y solo quedó su olor.

Permaneció en estado de aturdimiento, sentado en la cocina toda la tarde, la vista fija en la chaqueta del padre. Cuando cayó la noche, se dispuso a subir a su habitación. Iba a salir cuando se volvió y miró al cordero. Erguido en su blancura, levantaba el cuello, como si sus ojos se quisieran llenar de lejanía.

Caminó lentamente hacia él, se arrodilló y le acarició la frente. El animal, creyendo que era el biberón, abrió las fauces y le pegó un mordisco en un dedo. El niño se asustó y cayó de espaldas.

Una ira repentina hacia aquel ser al que solo había querido dar un poco de cariño se apoderó de él. Se echó hacia delante y le propinó un puñetazo en la frente. El cordero torció la cabeza sin apenas inmutarse, pero a él el dolor le hizo encogerse. Un regusto a hiel le subió desde la boca del estómago hasta el paladar. Gritó y continuó gritando más allá del odio, de la bilis y del dolor, llegando hasta su padre y deteniéndose en el olor de la madre muerta, metida en un cajón. Exhausto, cayó de rodillas sobre las baldosas heladas.

Siguieron días en que nadie le habló ni le explicó nada. Días en los que el cordero aprendió a caminar. Avanzaba a trompicones con sus patillas como estacas y zigzagueaba balanceándose por la casa y meneando la cola detrás del niño. Decía «Bee, beeeee», y le parecía que decía: «Ven, ven.» De su lomo nacía una pelusa abundante de lana mullida, muy limpia.

El cordero dormía en la cocina. Los balidos subían por la escalera y, por la mañana, mientras el niño yacía en la cama, se le llenaban los oídos de leche y de pezuñas.

El niño seguía notando esa avidez en las tripas; un ronroneo, como si dentro de su cuerpo habitara un vacío que lo impulsaba a devorar todo lo que caía en sus manos. El recuerdo de la comida que hacía su madre le provocaba el llanto: croquetas, patatitas fritas y de postre arroz con leche. Entonces se lanzaba sobre lo que encontraba en la cocina: yogures, fruta, las magdalenas que la tía escondía en lo más alto de la alacena para su egoísta deleite, pan, leche, huevos crudos, sardinas enlatadas. Una vez saciada el hambre, sacaba al cordero de la cesta y lo dejaba corretear y comer las hierbas del jardín.

Jugaba con él. Le ponía la palma abierta delante de la cara y el cordero lo embestía como si fuera un toro. Repetía el juego una y otra vez. Feliz, feroz. La ferocidad de la alegría del que no quiere saber. A veces venían niños, se asomaban a la verja del jardín y le pedían jugar. Pero él no los dejaba entrar; el cordero era suyo: nadie se lo iba a quitar. Metía la nariz y la lana exhalaba un olor caliente y seco, como la almohada del padre cuando el miedo lo llevaba a dormir con él. Como el olor del cajón de la cómoda en donde habitaba la madre.

Dos veces al día subía una bandeja con comida para la tía y la volvía a retirar. A veces ella comía; otras, no probaba bocado. Existía. *Resistía*. Pero nunca tuvo una palabra ni una sonrisa de agradecimiento. Por la noche la oía llorar. Pequeños sollozos que nacían en la penumbra rancia de aquella habitación, que se tornaban en risotadas procaces y que por fin morían en ronquidos.

Al cuarto día oyó por primera vez ruidos en la habitación. Sillas o mesas desplazadas y barullo de papeles y ropa. La puerta se abrió de golpe y de la penumbra, emergió la tía.

Feroz y dinámica. Los cabellos sueltos sobre los hombros. Bajó. El niño jugaba con el cordero. Ella lo recorrió de pies a cabeza; luego al animal. Dijo:

—Todo está bien. Ahora cámbiate de ropa y lávate. Cuando hayas acabado, puedes rastrillar las hojas del jardín como hacías antes de la desgracia.

Desde entonces todo fue antes y después de la desgracia. Antes de la desgracia tenía una rutina, un orden, las comidas hechas, el colegio, los amigos. Antes de la desgracia tenía un padre y

ahora no tenía nada. Nada más que el recuerdo en los hombros caídos de la chaqueta colgada, el olor de su madre en el cajón de la cómoda y el cordero.

Al principio a la tía no le importó que el animal anduviera por allí. Con tal de que el niño rastrillara las hojas. Con tal de que la ayudara con el huerto. Con tal de que recogiera la cocina. Con tal de que la dejara sollozar en el silencio de su habitación sin preguntarle nada.

Una noche, después de darle el biberón al cordero, el niño se acercó a él y lo abrazó. Hundió la nariz entre su lana mullida. Aspiró su oscuro calor. Una especie de comunión. Un intercambio de humores y sustancias. Una opulencia carnívora del niño hacia el animal, y del animal hacia el niño.

Y desde entonces el hambre del niño se apaciguó.

El cordero era cada vez más grande, hacía un ruido infernal con sus balidos y olía mal. Cuando el niño lo abrazaba y se quedaba con la nariz pegada a la lana, la tía los miraba torvo. Algo había en ese contubernio que le resultaba turbio. Nudo y también superficialidad, piel. El niño empezaba a descuidar sus pequeños trabajos. Un día, la tía se fijó en que el arriate de la entrada había sido destrozado. Encontró las margaritas arrancadas y esparcidas por el suelo de la casa. Un reguero de flores decapitadas como reinas muertas y felices.

Le preguntó al niño que quién había hecho eso.

—Nadie. No lo sé —dijo él.

—Mientes.

—Es verdad.

Otro día encontró al niño con el rostro hundido en la lana del cordero, sorbiendo febrilmente su olor como si se tratase de vino. Cada vez más, sentía que algo viscoso se entretejía entre el niño y el animal, como si existiera un oscuro secreto que solo los dos compartían. La semilla del rencor quedó plantada.

Lo que vino a continuación no fue enemistad. Acaso, indiferencia. Y eso fue todo. Estaba, y ya no estaba.

Una mañana el niño abrió los ojos y no oyó los balidos. Y su corazón, ya golpeado otras dos veces, supo antes que él.

Bajó a toda velocidad y buscó. En la cocina no estaba. En el comedor tampoco. Nunca subía solo pero también miró en el piso de arriba. En el jardín no había ni rastro de él. Notó una presencia y se volvió.

—¿Ocurre algo? —le preguntó la tía.

—No está... —dijo el niño—. El cordero.

La tía se encogió de hombros.

—Se habrá ido. Los animales también se cansan.

Y eso fue todo.

La tía pensó que eran las polillas. Porque no solo la chaqueta del padre que seguía colgada del gancho de la cocina tenía agujeros sino también las mantas, sus chales, sus largas faldas negras y hasta los manteles. Agujeros perfectos. Redondos como la luna llena y cruel que ya no movía sus ciclos de fertilidad y que la inundaba de desasosiego.

Intentó evitar que la destrucción prosiguiera con todo tipo de remedios: cáscaras de naranja y de limón que dejaba en los armarios, clavos de olor en los bolsillos de los abrigos y las

chaquetas, cortezas de cedro, alcanfor y lavanda.

Nada.

La destrucción seguía su camino. Imparable.

Y lo que hasta entonces fue blanda sospecha, se volvió certeza en la tía. Una lenta astucia se instaló en su pecho. Empezó a observar y por fin, un día, el pensamiento se detuvo.

Duró solo un instante. Un ruido procedente de las tripas del niño y luego una suerte de bufido, como el que sueltan los gatos cuando están contrariados. El vientre se le contrajo, y el niño, con la boca muy apretada, elevó el abdomen dos o tres veces para recibir la arcada. Por fin echó la cabeza hacia delante y vomitó.

Una bola de lana resbaló sobre la camilla hasta caer al suelo. Estaba envuelta en un líquido amarillo y viscoso, como el amor.

## LA LIBERTAD DEL ESCARABAJO

Al oír los tres toques, el abuelo, que había estado espiando a través del visillo, se apartó de la ventana. En la puerta esperaba el señor marqués, el semblante torcido en una mueca torva, la boca abierta y el bastón en alto, a punto de volver a llamar. Unos pasos por detrás, el Hispano-Suiza negro con el chófer. Con un gesto de espantar gallinas, el abuelo nos hizo desaparecer, «¡fuera, largo de aquí!», y buscamos cobijo detrás del arcón.

A continuación colocó las sillas cojas, escondió la botella de aguardiente, apartó unas peladuras de patata con el pie y limpió las manchas de grasa de la mesa con unos periódicos viejos. Deslizó el cerrojo y levantó el pestillo. Al abrir la puerta, el señor marqués casi se cae al suelo. En la penumbra del umbral, los dos viejos se miraron intensamente, como perros que se encuentran en medio del camino.

Vestía el marqués de Alcántara del Cuervo un abrigo con cuello de zorros sobre un traje de chaqueta y chaleco, corbata y camisa de raso. De uno de los bolsillos del traje asomaba un pañuelo rojo, y, aunque no se veía, nosotros sabíamos que escondía una pistola bajo la chaqueta. Entró avanzando torpemente, como si llevara un cesto de huevos en la cabeza. Desde nuestro escondite vislumbramos el color amarillento de su piel, la cortinilla de pelo atravesando la calva de un extremo a otro, el arrecife de caspa que se le había formado sobre las solapas del abrigo, las manchas de huevo en la corbata, los pelos duros y canos que despuntaban de las orejas, así como el cúmulo de escamillas en torno a la nariz.

Dijo con la voz pastosa:

—Andando, viejo, no tengo todo el tiempo del mundo. A ver qué me tienes hoy.

Los pulgares del marqués se posaron en las sisas del chaleco y lanzó una mirada hacia el interior de la casa. La bola de cristal quedó inmóvil, mientras el ojo vivo, azul y transparente, recorría lentamente la estancia: una mesa y varias sillas, una estantería y el arcón. Al fondo estaba la *lareira*.

—Y date prisa. Llevo semanas comiendo como los niños de teta.

La mezcla de elegancia con desaliño, de guarrería con nobleza, no era lo peor. Ni siquiera el ojo de mentira. Lo peor de todo era el olor, que incluso llegaba a donde estábamos nosotros. Olor a sucio, a agua de fregar. Olor de carne añosa, olor a charca de rana. El marqués olía como los caracoles cuando los aplastas contra el suelo en los días de lluvia.

—Cierto, señor marqués —dijo el abuelo haciendo una reverencia—. Por eso le tengo todo preparado.

Mientras el marqués recorría la estancia observándolo todo con cara de repugnancia, el abuelo se adentró en la oscuridad de la casa y desapareció durante unos minutos. Se oyeron unas

toses procedentes de la cocina. El marqués se llevó la mano a la oreja, como para escuchar mejor.

Reapareció el abuelo con una bandeja y una bacinilla de porcelana llena de agua.

—Séntese y póngase cómodo, señor marqués de Alcántara del Cuervo —dijo indicándole una silla con la barbilla—. Con esto que le traigo, podrá usted comerse hoy mismo un caballo asado.

—He oído toses —dijo el marqués.

El abuelo no quiso mirarlo. Con ochenta y cinco años, la vida le seguía resultando un verdadero fastidio. Se había casado, había tenido hijos y luego nietos, tenía sus gallinas y su huerto de berzas, pero nada de eso le tocaba el corazón. Estaba encerrado en sí mismo, aburrido. Solo tenía una pasión: el dinero. O mejor dicho, dos: el dinero y el aguardiente.

—¿Toses, dice? —preguntó.

Sin dejar de mirar a un lado y a otro, la mano posada detrás de la oreja, el marqués tomó asiento y el abuelo dejó la bandeja sobre la mesa. En cuanto el marqués clavó la mirada en el contenido de la bacinilla, su gesto crispado se relajó. Una especie de gorjeo le subió del bajo vientre hasta la garganta, y el surco tenso de sus labios se distendió, brotando de ellos una sonrisa rígida, como arrancada de una estatua.

Una mano como una garra de águila se desprendió entonces del cuerpo, se introdujo en la bacinilla y sacó una dentadura. Ante la mirada vidriosa del abuelo, el marqués de Alcántara del Cuervo la inspeccionó en el aire durante unos segundos. En realidad, era una inspección inútil: sabíamos que a través del otro ojo, el que no estaba muerto, no veía más que sombras. Muy lentamente, abrió la boca: aquella boca que tanto miedo nos daba. Un desagradable olor a tripas, a secretos y a complicados procesos digestivos se propagó por la estancia; mi hermano y yo tuvimos que taparnos la nariz.

Se colocó la dentadura. Con los ojos cerrados, hacía muecas para encajarla entre sus encías, masticando como si papara moscas. Después de un rato, se la arrancó de cuajo (sonaba como cuando arrancas las raíces del tojo). Un hilillo de saliva ensangrentada colgó de su boca. El abuelo se la quitó de la mano y la lanzó a la bacinilla. Cogió otra y se la extendió:

—Pruebe con esta, señor marqués —dijo—, es de primera calidad. Y no tiene ni un solo desconchado.

El marqués se llevó la segunda dentadura a la boca. Esta vez, como tampoco encajaba, el abuelo se inclinó sobre la mesa, le metió el puño dentro y forcejeó para colocársela.

—¡Coño! ¡Si serás maricón! —exclamó el marqués sacando la mano del viejo y llevándose las suyas a los carrillos. La dentadura salió volando y cayó al suelo. El abuelo la recogió, la restregó contra la manga y la puso a flotar en el agua de la bacinilla—. ¿Es que quieres dejarme sin encías?

Desde nuestro escondite, no pudimos evitar soltar unas risitas que se mezclaron con el sonido de un nuevo ataque de tos procedente de la cocina.

—¡La tos! —exclamó el marqués, girando el pescuezo a un lado y a otro—. ¡Otra vez! Te digo que alguien tose. ¿A quién tienes escondido, viejo de mierda?

El abuelo humilló la cabeza. Cogió la tercera dentadura y se la extendió.

—No fue nada, señor marqués. Las gallinas, o los gatos, que a veces reproducen sonidos humanos. Pruébese esta. Ya verá como esta sí le sirve.

Volvieron a oírse las toses, esta vez más insistentes. El abuelo se puso en pie.

—Son los chicos —se excusó nervioso—. ¡Acudid, gandules!

—¿Los chicos? —refunfuñó el marqués volviéndose a sentar—. Te tengo dicho que no quiero que ande nadie por la casa cuando me pruebo los dientes.

Abrió la boca y, con la mano temblorosa, se introdujo la tercera dentadura.

—Tráeme un espejo, viejo —dijo—, y diles a los haraganes de tus nietos que ni se les ocurra aparecer por aquí.

El abuelo volvió a adentrarse en la penumbra de la casa y salió con un trozo de espejo en forma de triángulo, oxidado por los bordes. Lo puso delante del marqués y este sonrió.

—Se ve usted muy bien —le dijo.

Durante un rato, frente al espejo, el marqués boqueó como pez en tierra, hizo todo tipo de muecas, se levantó el labio superior, le dio golpecitos a uno de los colmillos. El abuelo lo observaba con expectación, girando la cabeza a un lado y a otro para verlo mejor. El marqués dijo:

—Me aprieta, viejo. No sirve. ¿Tienes más? —Se arrancó la dentadura y la lanzó a la bacinilla.

En el semblante del abuelo se dibujó un gesto de desilusión.

—Al principio tiene que apretar un poco, señor marqués. Tiene usted que aguantar. Luego enseguida se hace uno...

El marqués le dirigió una mirada feroz.

—Todo lo que tú quieras menos levantarme la voz —sentenció. El abuelo volvió a humillar la cabeza.

—De momento no tengo otras —dijo—. Pero si espera... Si vuelve en un par de días, seguro que le tengo más preparadas. —Bajó el tono—. Tengo entendido que en una de las batidas localizaron a un grupo peligroso, señor marqués, que lleva escondido en el molino desde hace meses. Dicen que los tienen acorralados, señor marqués, y que solo...

El marqués se rascó una oreja con saña. Miles de escamitas se desprendieron de su piel y quedaron posadas en las solapas.

—Te tengo dicho que no quiero saber de dónde vienen los dientes —le dijo el marqués al abuelo—. Tú me los enseñas, yo me los pruebo y, si me sirven, te los pago y se acabó. Ahí empieza y acaba nuestro trato, ¿entendido?

El viejo hizo una genuflexión.

—Perfectamente, señor marqués.

Apoyando una mano contra la rodilla, el marqués se puso en pie. El chasquido de los huesos se confundió con nuevas toses procedentes de la cocina.

—¿Cuándo dices que tendrás más? —dijo dirigiéndose a la puerta, pero sin dejar de mirar hacia la cocina.

—Calculo que pasado mañana. Si viene usted a esta hora, las tendrá sin falta.

El marqués deslizó el cerrojo y abrió la puerta. Se giró.

—Mira, viejo —dijo—. Te voy a explicar una cosa: se avecinan nuevos y gloriosos tiempos para España, y yo voy a ocupar un puesto importante en la capital, ¿comprendes? Y para eso, tengo que tener buena presencia. Pasado mañana a esta hora estoy aquí. Como me falles, te mando a la guardia civil y les digo de dónde sacas las dentaduras.

Se quedó un rato inmóvil. Su mirada, que caía oblicua, tenía al abuelo atrapado.

—Por cierto, viejo, tus nietos, ¿no estarán un poco tísicos?

Tras estas palabras, mientras soltaba una carcajada feroz, emprendió unos pasitos y se introdujo en el automóvil, cuya portezuela abierta sostenía el chófer.

Aún tardamos un rato en salir de nuestro escondite. La carcajada nos había puesto la piel de gallina.

A las seis de la mañana todavía era de noche. Como todos los días a esa hora, el abuelo comenzó a berrear:

—¡Arriba, gandules! ¡Mamarrachos! ¡Hijos de perra!

En diez minutos, estábamos vestidos y listos en la puerta con el morral. El abuelo nos extendió los alicates.

—¿Y padre? —le dijimos—. ¿Quién le dará de desayunar?

—Ese es vuestro problema —contestó, empujándonos hacia el exterior.

Despertaban los aromas del campo y ladraban los perros en la lejanía. Guiados por nuestros pies (los pies recordaban y nosotros los dejábamos caminar), recorrimos veredas y atajos. Nos metimos en los maizales, los atravesamos en diagonal y llegamos al regato.

Las aguas estaban tranquilas; en el fondo, manojos de hierbas que se deslizaban como culebras. Justo enfrente estaba la fábrica de gaseosas. Del otro lado del río, el molino abandonado. El canal del molino, que también hacía de riego de los prados cercanos, pasaba por encima del regato do Corvo. Allí lavaban la ropa las mujeres. Pero era muy temprano y no había nadie. En la oscuridad, la silueta con las aspas nos daba escalofríos. Entramos.

Atravesamos estancias vacías, cuajadas de murciélagos que pendían en racimos de las vigas de madera. Al caminar, los candiles dibujaban sombras en la pared. Por las uñas y los ojos nos entraba la carcoma y el moho.

—Ahí están —dijo mi hermano apuntando al suelo.

Estaban todos en fila, bocarriba, cubiertos de hormigas. Junto a ellos, unos colchones y restos de comida: pan seco, trozos de pera mordisqueados y latas de sardina. Se oían gemidos apagados pero, por suerte, no había ninguno de bruces ni hubo que moverlos. Las caras hinchadas, deformadas por las palizas, les conferían un extraño aspecto de animales. Nos hablaban con su sonrisa.

Revisamos los bolsillos de las chaquetas y los pantalones. Sacamos las carteras y los objetos. Miramos dentro de las bocas. «Aquí», dije sujetando una de las cabezas; mi hermano introdujo los alicates, movió un poco de izquierda a derecha y tiró.

Amanecía mientras volvíamos: los muertos del molino despertaban en nosotros murciélagos y renacuajos.

—¡Hoy sí que llevamos un buen botín! —le dije a mi hermano. Pero él no me contestó.

Por el camino hicimos un alto para desayunar. Justo donde nos sentamos, había una trampa de conejo vacía.

—¡Mira! —le dije a mi hermano.

Pero él seguía pensativo, cabizbajo. Con los ojos fijos en la trampa, dijo:

—¿A cuántos crees que habrá matado padre?

Me encogí de hombros.

—A muchísimos —dije.

—Sí —dijo él animándose un poco—, es muy valiente.

Cuando terminamos de comer, saqué de los bolsillos la pepita de oro y la medalla, y me las escondí en los carrillos. Al girarme, vi que mi hermano seguía mirando la trampa.

—Parece una dentadura —dijo.

Metí la trampa en el morral y le dije que teníamos que marcharnos, que padre tenía que desayunar. Mi hermano se entretuvo cogiendo moras; los arbustos pinchaban y salió lleno de rasguños, pero a él no le importó: a nuestro padre le gustaban mucho las moras.

Sentado sobre la piedra de la *lareira* esperaba el abuelo. Acababa de encender el fuego y el humo de las retamas mojadas subía lento y ondulante hacia el techo. Nada más vernos, se puso en pie.

—¿Cuántas? —dijo con expectación.

Uno de nosotros abrió el morral y sacó una dentadura, que puso sobre la mesa.

—¿Solo una? —dijo él.

Del morral también sacamos la trampa de conejo, dos pares de gafas, unas botas en buen estado, un mechero, varios macillos de papel de fumar y una hoja escrita a lápiz.

—¿Cuántos eran? —dijo nuestro abuelo echando un vistazo al botín.

—Ocho. Dos moribundos.

—Pobres de mierda. ¿Los rematasteis?

—Los rematamos.

—¿Qué carajo los ibais a rematar!

Lanzó la hoja escrita al fuego y metió todo lo demás en el arcón. Se guardó la dentadura en el bolsillo y nos pegó un pescozón a cada uno.

—¡Miedicas! ¡Seguro que salisteis corriendo antes de mirar bien! ¡A ver qué le digo yo ahora al marqués!

El abuelo se sentó, desinflado. Se sirvió un vaso de aguardiente, lo bebió de un trago y sacó la dentadura del bolsillo. La miró durante un rato, la volvió a guardar y clavó la mirada en el fuego. Al rato se giró y volvió a mirarnos con interés, como si hubiera recordado algo.

—¿Tenían oro? —preguntó.

Sacudimos las cabezas. Se sirvió otro vaso que bebió de un trago.

—No os creo. A ver, los bolsillos.

Sacamos las cosas de los bolsillos: los alicates, un tirachinas, un nido de pájaro, un escarabajo seco.

Cuando el abuelo se fue a dar de comer a las gallinas, pasamos a la cocina. Hicimos café con leche y desmenuzamos dentro un pedazo de pan con manteca. Lo pusimos todo sobre una bandeja, junto a las moras. Mientras uno vigilaba la ventana, el otro dio tres golpes en la pared con un bastón, corrió la alacena y sacó la piedra que tapaba el agujero. Introdujo la cabeza y gritó que tenía moras.

—Moras, padre, le hemos traído moras.

El agujero lo hicimos nosotros con nuestro padre, aprovechando el hueco del horno que ya no utilizábamos. Durante días nuestras manos escarbaron en la oscuridad, con mucho cuidado de que los vecinos no nos vieran sacar la tierra. El primer día, el abuelo también estaba en la cocina. Sentado a la mesa, bebía aguardiente en silencio, mientras sus ojos desconfiados seguían nuestros movimientos. Luego se levantó y se fue.

Mientras sacábamos la tierra, nuestro padre nos explicó que en adelante debíamos desconfiar de todos, incluso de los amigos. El vecino saludador y confidente, la mujer que siempre nos cuidó, el panadero, el maestro, todos podían haberse convertido en delatores ávidos de ponerse a bien con las autoridades. Cuando el pasadizo a lo largo de la pared estuvo listo, padre nos abrazó. Notamos sus costillas y respiramos su olor a lana húmeda. Entonces se separó lentamente, se subió a una silla y se introdujo en el agujero. Se recostó a lo largo de la pared. A partir de ese momento, ya solo vimos sus manos.

Desde entonces padre fue eso: unas manos que nos hablaban. Unas manos que nos consolaban, que nos mimaban. Unas manos que nos daban esperanzas.

Fue por entonces cuando el abuelo empezó a obligarnos a salir en busca del botín de los muertos. Al principio eran botas, relojes, gafas, cigarrillos, mecheros y cosas así las que nos hacía buscar para vender. Se corrió la voz de que el abuelo vendía de todo y venía gente a casa a comprar gafas y zapatos usados. Hasta que un día apareció el marqués de Alcántara del Cuervo con una extraña petición. Cuando el abuelo nos dijo que también teníamos que traer las dentaduras de los muertos, nos negamos en redondo. Entonces dijo que si no lo hacíamos, nuestro padre no duraría en su escondite ni el canto de un gallo.

Volvíamos a dar tres golpes en la pared y a repetir que teníamos moras, y también que el desayuno estaba listo. Se oyó un nuevo ataque de tos, y luego un hilo de voz, «¿qué hora es, hijos? Gracias, muchas gracias. ¿Qué hora es?».

Por fin asomaron las manos.

Nos turnamos para cogerlas. Al tacto estaban frías como el pescado pero nos gustaba. Nos preguntaban cómo estábamos, si pasábamos hambre, si habíamos ido a la escuela. Nos decían que no nos preocupáramos, que pronto se acabaría todo y que podría salir de ahí. «Iremos juntos al monte, a merendar y a bañarnos al regato do Corvo. ¿Os acordáis de aquella nutria que encontramos un verano? ¿Os acordáis?»

Pero esta vez las manos no terminaron de hablar. Un nuevo ataque de tos las estremeció. Era una tos blanda, esponjosa. Como si nadara en alquitrán.

—Padre, tenemos que llamar al médico.

Las manos arrastraron la taza de café con leche a lo largo del pasadizo de la pared. Al rato la devolvieron casi llena. Se abrieron y depositamos las moras.

—No llaméis a ningún médico.

Con voz apagada, volvió a repetir aquello de que debíamos desconfiar de todos, incluso de los amigos y familiares. Por fin las manos se detuvieron; no sabría decir si estaban manchadas de sangre o de jugo de moras.

Al día siguiente, mientras buscábamos huevos en el corral, se oyó el runruno del automóvil del señor marqués. El abuelo lo estaba esperando y enseguida salió a recibirlo. Horas antes, había estado aplastando con los alicates los extremos de la dentadura que le habíamos traído, murmurando que era demasiado grande y que no le iba a servir, que el marqués tenía la boca muy pequeña, como todos los señoritos de ciudad.

Mientras la secaba y la abrillantaba, nos llamaba maricones, miedicas, hijos de perra, mamarrachos y cosas así. También decía que si esa dentadura no le servía al marqués, le iba a contar todo, todo sobre quién era nuestro padre, y que el marqués sabría muy bien a quién dirigirse para dar cuentas de un elemento como él. Decía que en lugar de vender dentaduras por un patacón, más le valdría delatarlo y pedir una buena recompensa. Una buena recompensa es lo que

le darían por un asesino como nuestro padre, que además había viajado a Rusia.

El marqués no aceptó ni un vaso de vino, y enseguida quiso probarse la dentadura. El abuelo desapareció y volvió a salir con la bandeja y la bacinilla.

Abrió la boca y se introdujo la dentadura. Aunque chirriaba como una puerta mal engrasada, le iba como anillo al dedo.

Se sintió tan reconfortado que aceptó tomar el vino y comer algo. «Para probar los dientes», cacareó. Mi abuelo le sacó el último chorizo que nos quedaba con un poco de pan y dijo:

—Pruebe a ver, don Onesíforo, pruebe.

Ante su mirada atenta, el marqués masticó el chorizo y escupió el pellejo al suelo. Luego se puso en pie y sacó un fajo de billetes del bolsillo. Estaba muy ufano y comenzó a decir que tenía un banquete en Noia con las autoridades para hablar sobre su puesto en la capital y que por fin iba a poder comer como Dios manda. El abuelo le dijo que era mejor esperar, que los dientes tenían que *aficciónarse*, pero el marqués pareció no oírle. Lanzó a la mesa la mitad del fajo, levantó el brazo para hacer un brindis, bebió el último trago, abrió la puerta, se metió en su Hispano-Suiza y se largó.

A las dos horas volvió a aparecer con la mandíbula caída, hecho una furia. Traía la dentadura rota en la mano.

Según explicó, en el banquete de Noia le había saltado al plato de otro comensal, y se había armado la de Dios es Cristo.

—Le dije que tenía que esperar un poco, don Onesíforo, que los dientes tienen que *aficciónarse* —murmuró el abuelo.

El marqués lo miró atónito.

—¿Qué has dicho, viejo, y cómo me has llamado? ¡Nadie te dio permiso para que me llames por mi nombre de pila!

El abuelo dirigió la mirada al suelo.

—Nada, no he dicho nada.

—Repíte eso que has dicho. ¿*Aficcio* qué?

—Le digo que no he dicho nada.

El marqués se acercó tanto a mi abuelo que este, sin duda espantado por el pútrido olor, tuvo que recular.

—¿O mis oídos han oído mal o has dicho que los dientes tienen que *aficciónarse*?

Metió la mano por dentro de la chaqueta y sacó la Webley semiautomática. Se la puso al viejo en la sien y le dijo que si no le buscaba una dentadura para dentro de tres horas, lo iba a denunciar porque, aparte de rojos y comunistas, las autoridades también buscaban a los asaltamortos. *Aficciónarse*, decía. Y gritaba: «¡Yo sí que te voy a *aficionar*!» Por fin se volvió a meter la pistola, se marchó y la casa quedó en silencio.

Al rato apareció el abuelo en nuestra habitación, los ojos vidriosos y la nariz colorada, apestando a aguardiente. La ira le fermentaba por dentro.

—Tenéis que salir.

—¿Adónde?

Se agarró a una silla para no caer.

—A buscar.

Le explicamos que no había muertos todos los días y que, aunque los hubiera, no todos tenían

lo que él buscaba. Contestó que nos dejáramos de mariconadas, que teníamos que salir ahora mismo porque el marqués le había dado tres horas de plazo, y que si no había muertos, que nos los inventáramos.

Mi hermano se puso lentamente en pie.

—No iremos —dijo. Quedó callado. Luego añadió—: A no ser que nos consiga un médico.

—¿Un médico?

—Para padre.

El abuelo quedó pensativo. Dijo:

—Hecho.

—¿Lo irá a buscar ahora?

El abuelo se sorbió los mocos con un ruido gutural. Cimbreado un poco.

—Ahora mismo.

—¿Lo jura?

—Por mi madre que en paz descansa.

Embargados por un júbilo sordo, salimos a buscar. Durante más de una hora, el viento silbando en los oídos, corrimos como locos por los caminos, parándonos junto a los ríos, apartando las ramas de los árboles, inspeccionando las cunetas. Corrimos hasta que empezó a doler. Dolía. Dolía.

Hacía frío y nos sentamos sobre una peña. Le dije a mi hermano que ojalá hubiera pasado ya el médico porque padre no tenía pinta de resistir muchas horas más. Se quedó callado. Por fin dijo:

—Padre no morirá.

—¿Cómo lo sabes?

Mi hermano me miró; tenía esa mirada que se le ponía a veces, y que tanto me asustaba.

—Porque nos lo ha prometido —dijo.

Por fin nos levantamos y ya caminábamos lentamente hacia casa (¿qué íbamos a decirle al abuelo?), cuando oímos un disparo. Después de esperar un buen rato tras un árbol, salimos a mirar. Un hombre yacía en el camino. Junto a él, todavía en la mano y apuntando a la sien, una pistola. Mi hermano se acercó y le sacudió el hombro. Le quitó la pistola y se la guardó en el bolsillo. A continuación, le abrió la boca. Dijo: «¡Tiene! Sacó los alicates del morral y tiró de la dentadura. ¡Vámonos!»

En casa encontramos al abuelo de bruces en el suelo. Al darle la vuelta, su pecho emitió un bramido atronador. Mi hermano le pegó un puntapié en el estómago.

—¿Fue usted a avisar al médico? ¿eh? —le gritó histérico.

—No hizo falta —farfulló el abuelo desde el suelo. De su pecho aún brotó una carcajada atroz.

Luego todo calló. No se oía el búho, ni el susurro de los insectos. Solo el silencio vibrante de la sangre en las sienas al avanzar hacia la cocina, nuestra respiración. Una vez dentro, dimos tres golpes en la pared, movimos la alacena y descorrimos la piedra.

—¡Padre! —grité—. ¡Padre!

Pero no hubo respuesta.

Mi hermano se había quedado callado y quieto, junto a la puerta. En sus ojos asomaba una luz

como la de la fiebre y parecía que iba a llorar, pero no lo hizo. De repente, emprendió unos pasos, se subió a una silla, se metió en el agujero y tiró con fuerza del cuerpo hasta que los brazos flacos, rígidos, quedaron colgando de la pared. Un aroma a lana mojada invadió la estancia. Aquel aroma brotaba de nosotros mismos, nublando nuestro cerebro y el interior de los párpados.

—Está muerto —dijo, y me sorprendió el tinte neutro de su voz.

Cuando por fin, después de tirar del cuerpo por ambos brazos, conseguimos tumbarle en el suelo, mi hermano se giró bruscamente hacia la pared. Estaba a punto de decirle que no se avergonzara, que no me importaba verlo llorar, porque yo también quería hacerlo. Entonces oí:

—Tápale la cara. No soporto ver esa sonrisa de asesino.

Un regodeo mezquino le iluminaba los ojos. Salió y caminó lentamente hacia la *lareira*.

Desde la cocina, oí el seco escupir del disparo. Corrí hacia allí. El abuelo yacía con un tiro en la cabeza.

Comencé a sollozar.

—Era malo —dije.

—Era como todo el mundo —contestó él.

A las tres horas exactas, el Hispano-Suiza se detuvo ante nuestra casa. Esta vez, el marqués venía sin el chófer. Al vernos en la puerta, se quedó inmóvil. Preguntó por nuestro abuelo.

—No está —le dijimos—. Se lo llevó hace un rato la guardia civil.

Quiso saber por qué. Le contestamos que por tener escondido a un rojo en la casa.

—¡Lo sabía! —dijo—. ¡Las toses! En la cocina, ¿verdad? —Quedó callado. Miró hacia el interior y luego hacia nosotros. Añadió—: ¿Dejó algo vuestro abuelo para mí?

En silencio le hicimos entrar y tomar asiento. Mi hermano dijo:

—Lo tenemos todo preparado, señor marqués. Ahora somos nosotros los que nos ocupamos de usted.

Se adentró en la penumbra y reapareció con la bandeja. Sobre esta, la bacinilla y el espejo.

—Le hemos buscado una dentadura que le encajará a la perfección.

Mi hermano tomó la dentadura y se la extendió.

—Es de primera calidad —le explicó—. Pero le dejamos un rato solo y usted se la prueba con calma. No queremos intimidarle.

El marqués nos miró con recelo.

—¿Cuánto os han dado por delatar a vuestro abuelo? —preguntó.

Le dijimos que a nuestro abuelo se lo habían llevado sin darnos nada, y le dejamos con la dentadura.

Salimos por la puerta de la cocina, arrastrando al abuelo por los hombros. El maletero del Hispano-Suiza no estaba cerrado con llave, y no nos resultó difícil meterlo dentro.

Cuando volvimos el marqués tenía la dentadura puesta.

—No está mal —dijo haciendo muecas frente al espejo.

Quedó un rato en silencio y luego nos clavó una mirada feroz:

—El tísico que tenía ahí escondido vuestro abuelo era vuestro padre, ¿verdad?

No contestamos.

—Yo también pude haberle delatado —prosiguió— y llevarme una buena recompensa. Incluso

muerto, algo me darían.

El pecho de mi hermano emitió un rumor estremecido y suave, como el de las alas de un pájaro que se posa.

—¿Por los muertos también dan recompensa? —preguntó.

El marqués no le oyó.

—Pero entonces me quedaba sin dientes —prosiguió—. Y mis dientes son lo principal.

Comenzó a reír y la dentadura le saltó al suelo. Yo estaba a punto de abalanzarme sobre él cuando mi hermano se interpuso.

—Mi padre era un traidor —dijo—. Y los traidores deben morir. Señor marqués, quiero serle sincero. Me cae usted bien. Tengo otra dentadura mucho mejor. Íbamos a reservarla para otro cliente, pero ¿quién mejor que usted?

Se adentró en la penumbra y volvió a salir. Le entregó al marqués la dentadura y este se la puso. Le quedó tan encajada que no podía ni hablar. Mi hermano le extendió el espejo para que se viera.

Un viejo con una sonrisa de hierro y sangre. Un viejo con una trampa de conejo en la boca. Cuando el marqués se vio, se puso inmediatamente en pie. Nos miró con ojos de terror.

—Se ve usted perfecto —le tranquilizó mi hermano.

Salió con la trampa en la boca, la sonrisa inmóvil. Se metió en el automóvil y arrancó.

A la hora de cenar, mi hermano jugaba con un escarabajo que había encontrado en la huerta. Lo dejaba correr muy rápido para, de repente, cubrirlo con un bote de cristal, que al rato volvía a levantar para que el bicho saliera a la carrera. A veces lo ponía bocarriba y dejaba que menease las patitas durante un rato, para luego ponerlo derecho y dejarlo escapar brevemente. Tenía esa expresión obstinada que me daba miedo, y estaba tan absorto en el juego que no me oyó decirle que teníamos que enterrar a padre.

Me miró distraído. Dijo:

—Mejor mañana. Hoy ya es tarde.

Nos dormimos abrazados, diciéndonos que nos teníamos el uno al otro y que ya no tendríamos que volver a salir al amanecer. Que al día siguiente, iríamos a bañarnos al regato y a comer moras.

Que haríamos lo que nos diera la gana.

Pero al día siguiente me desperté muy temprano, invadido por una comezón que me resultaba familiar: la de salir a buscar.

Pensé en levantarme sin hacer ruido para que mi hermano no se enterase, así que cogí las botas y me dirigí de puntillas a la puerta. La luz del alba se entretejía entre los árboles y se oía el ulular del búho. A punto de salir, tuve un pálpito extraño. Cuando me volví, no había nadie al otro lado de la cama.

## LAS AMÍGDALAS DE PEPÍN

¿Que por qué hiciste aquello? ¡Sabe Dios! Por ayudar, por lástima, por ser buena vecina.

Un día, cuando todavía estás con la herida abierta por lo tuyo, asoma Casimira su jeta oscura por tu puerta y dice: Manuela, mujer, ¿puedo pasar? Entonces tú, que estás cosiendo los ojos de una muñeca, la miras y dices: Depende. Y ella: Depende, ¿de qué? Y tú: De si traes fuegos artificiales o no. Porque Casimira es, por encima de todas las cosas, propensa a tirarse pedos, sobre todo cuando está nerviosa. En ocasiones, cuando está en su casa y, pongamos por caso, acaba de discutir con su marido y siente que le invade uno (o varios), corre hasta la tuya y, como si no tuviera otra cosa que hacer, abre la puerta, saluda, se vuelve, se levanta la falda y grita: ¡Ahí va un regalo perfumado, Manuela! Y se va con viento fresco.

—Ojalá trajera fuegos artificiales —dice. Se pone muy seria y añade—: Mira, me dijeron que a mi Lino le tienen que sacar las amígdalas.

Te encoges de hombros y le dices que bueno y qué, que a muchos niños les tienen que sacar las amígdalas, y ella te contesta que es que no le dejan ir solo. Tú le dices que para eso está ella, que es la madre, y ella te contesta que esa es la «cuestión». La cuestión, ¿qué cuestión?, dices tú, aunque la experiencia te ha enseñado que el máximo entretenimiento de Casimira es ir por la vida sacando a la gente de sus casillas con acertijos. ¿No entiendes?, dice con aire misterioso. En ese momento detienes la aguja y, aunque ya conoces la respuesta a lo que vas a preguntar, dices con cara de sorpresa: ¿No eres la madre? Entonces ella, ya al borde del llanto: ¡Jesús!, mira que eres mal pensada. Lo que pasa es que... En ese momento se pone a llorar y no te queda más remedio que levantarte a consolarla. Tú, con lo que te acaba de pasar (¡y ella sabe perfectamente cómo te sientes!), que en realidad estás para que te consuelen, vas, te levantas y le pasas un brazo por la espalda. No puedo ir sola con mi Lino, dice entre hipos, no puedo ir porque me da miedo.

Le explicas que no tiene que tener miedo, que los médicos son gente de estudios, y que, por si fuera poco, el que le va a sacar las amígdalas es un especialista. ¿Especialista en qué?, dice ella. Pues en gargantas, amígdalas y esas cosas, contestas tú. Pero a ella le da igual si los médicos son gentes de estudios y menos si son especialistas en gargantas, amígdalas o en culos.

Entonces es cuando le dices que la acompañas, ¿qué vas a decirle? Lo único que está intentando es ponerte a prueba. Demostrarte que «lo suyo» es más importante que «lo tuyo», pero tú siempre has sido más inteligente y no caes en la trampa. No es que te apetezca ir, y además, tienes muchas cosas que hacer, porque lo que te acaba de pasar, aparte de romperte el corazón en pedazos, que es lo peor, da mucho trabajo de papeleos y cosas así, pero ahí estás hablando con tu suegra para que se quede con los niños y ahí estás, al día siguiente, sentada en el coche de línea junto a Casimira y su hijo Tranquilino. Ella lleva una sábana plegada bajo el sobaco y él un cajón

de madera lleno de hielo picado y helado de mantecado.

Tranquilino. No conoces niño más rabudo que Tranquilino. Está tan gordo que parece que le han inflado con una bomba de bicicleta. Pelo color calabaza, pecas en la cara y los brazos, con un moco en la nariz que asoma y se esconde, asoma y se esconde, asoma y se esconde como un gusano verde.

Su madre le ha comprado un cucurucho de garbanzos tostados para que no proteste, aunque el niño de vez en cuando abre el cajón, mete la cabeza dentro y mira con fascinación el helado que tiene prohibido comerse hasta después de la operación. Cuando saca la cabeza tiene las cejas pelirrojas cubiertas de escarcha y el moco verde congelado.

No para de comer garbanzos y Casimira no para de hablar. Los nervios le sueltan la tripa y la lengua a partes iguales, y va hablando de todo lo que se le cruza por la cabeza, un mundo de muertos y aparecidos y chismes escandalosos en donde siempre hay putas que se acuestan con los señores; todo un batiburrillo de escenarios tenebrosos como el matadero y la cárcel, o personas y animales a punto de parir; enfermedades como el sarampión, la varicela o el mal azul.

El coche de línea avanza a trompicones, es temprano. Una mañana luminosa, próxima al verano. Humo sobre los tejados. Tañer de campanas. Vais dejando las últimas casas del pueblo atrás, y cada vez oyes la voz de Casimira más distante, como un zumbido de abejas lejano. Puede que parezca que estás algo asustada por lo que cuenta, pero no, y si lo estás, no es por eso sino porque tú acabas de vivir tu propia tragedia en carne propia y no puedes evitar que afloren cosas. Porque en el entretanto, ¿Dios dónde se ha metido?

Cuando todo va bien y no hay desgracias, Dios nos recibe con los brazos abiertos. Pero... ¿y cuando hay desgracias? ¿Eh? ¿Dónde está Dios cuando hay desgracias? Dios no está. Al otro lado, una puerta. Una puerta que se te cierra en las narices. Cerrojo de doble vuelta y *¡pum!*: silencio. Pero en fin; ahora no es el momento de hablar de esto. La experiencia también te ha enseñado que, cuando Casimira no para de hablar de truculencias, es porque esconde un secreto que te va a soltar de un momento a otro.

—¿Tú sabes quién es Olinda la de Trebes? —te dice, y se queda callada, la mirada de imbécil fija en ti, la barbilla temblorosa.

—No tengo ni idea —dices, aunque sabes perfectamente quién es Olinda. Como si hubiera alguien en el mundo que no supiera quién es Olinda la de Trebes.

—¿No sabes? —Baja la voz, se acerca mucho a ti y se palpa los pechos—: La morenita de las tetas.

Sin importarle lo más mínimo que Tranquilino (que es gordo pero no tonto) esté ahí, escuchando mientras hace crujir garbanzos secos con las muelas de detrás, por fin te suelta el secreto. Te cuenta que el otro día se plantó en su casa Olinda diciendo que venía a por lo suyo. ¿A por lo tuyo?, dice Casimira que le preguntó, y luego, ¿qué se te perdió por aquí? Y aquí viene lo mejor: por lo visto Lois, el marido de Casimira, le prometió a Olinda una olla exprés. Dice Casimira que Olinda dijo que Lois dijo que, a cambio de pingar con él tras los arbustos, le regalaría la olla exprés.

—¿No entiendes? ¡Le prometió mi olla exprés! —grita Casimira—. ¡Con lo que me costó!

A pesar de que todo el mundo en el autobús se ha girado para mirar, y a pesar de que sabes que Casimira te vuelve a poner a prueba queriéndote hacer ver que sus problemas son más importantes que los tuyos, dejas que grite y que se desahogue y después la abrazas y ella llora y llora al son del crujido de los garbanzos de Tranquilino, que, a pesar de lo que acaba de oír, no

para de comer y de abrir y cerrar la tapa del cajón, y tú también sollozas un poco, vete tú a saber por qué.

A ambos lados del camino las acequias y el croar de las ranas, y ya estáis los tres subiendo por la calle Real en dirección a la consulta del médico, y ya estás oyendo cómo Casimira le dice a su hijo por enésima vez que lo que le van a hacer no duele, Liniño, no duele NADA.

Batas blancas, salas con olor a lejía, sonrisas amables y el sabor de las lágrimas en los labios. Aunque a tu Pepín ni siquiera tuviste la suerte de verlo en un Instituto de Higiene, sabes perfectamente a lo que te recuerda eso. Aun así, rechazas el pensamiento porque ya han pasado unos meses y eres sólida como un tronco, capaz de resistir el viento y permanecer erguida en la tormenta. Ya en la sala de espera, lo primero que hace la enfermera es arrancarle a Tranquilino el cucurucho de garbanzos y regañar a Casimira por dejarle comer antes de la operación, que es muy peligroso, le explica, porque puede que le entren ganas de vomitar, que vomite, que le suba un garbanzo hasta la nariz y que se asfixie. Y tú te dices —aunque inmediatamente te arrepientes de pensar semejante cosa porque si algo *no* eres, es mala— que ojalá se muera Tranquilino en la mesa de operaciones, porque así, al menos, comprendería Casimira lo que se siente de verdad cuando se te muere un hijo y Dios te da con la puerta en las narices. Caray.

Antes de entrar en la consulta, el silencio de la sala de espera se rompe con los alaridos de otro niño que está dentro, y Tranquilino expande a su alrededor una mirada de desconfianza, con las cejas fruncidas y las manos quietas sobre el cajón de los helados. No pregunta nada, pero ya está su madre, cada vez más lívida y sudorosa (y, lo que es peor, ha empezado a descargar la ansiedad por abajo), explicándole que lo que le van a hacer no duele, no duele NADIÑA, y te dices a ti misma que vale, que Dios te acaba de lanzar una desgracia, la mayor que se puede infringir a una madre, es cierto, y todavía no sabes si serás capaz de perdonárselo, pero que al menos tienes la suerte de que no te hizo imbécil.

Entonces sale el niño de los alaridos que no deja de proferir alaridos, sujetándose la garganta con ambas manos. Detrás su madre con una bolsa llena de hielo picado, mete y saca, y el niño que no tiene ánimo para nada más que para gritar, y ves cómo Tranquilino, con los ojos inmovilizados y un terror profundo retratado en ellos, se lleva lentamente la mano a la garganta y traga saliva.

Al entrar los tres en la consulta, el médico te pregunta quién eres y tú dices que la vecina y él dice que si no eres la madre, entonces tienes que salir. Y sales con el cajón del hielo.

Te sientas, lo abres, miras dentro y sacas un helado. Y como no tienes nada que hacer, te lo comes. Se oye a Tranquilino detrás de la puerta: una serie irregular de gemidos muy débiles, de hipos quejosos seguidos de un lloriqueo tembloroso que va en aumento. También se oye a Casimira decir aquello de que no duele, no duele NADA.

Al rato se abre la puerta: la enfermera trae del brazo a Casimira, muda y rígida, y te hace entrar a ti. En la consulta ya no huele a alcohol ni a lejía sino a huevo podrido, y el médico, que tiene puesta la mascarilla, con la jeringa en la mano, te pregunta, entre guasa y enfado, si tú eres más tranquila porque por poco se asfixian con mi vecina. Claro que eres más tranquila. Después de lo que le pasó a tu Pepín y, sobre todo, de cómo lo estás sobrellevando, te has dado cuenta de que eres una mujer digna de admiración. ¡Si ese de la bata blanca supiera lo que llevas a las espaldas! Y aunque te hubiera gustado, no le dices nada más que sí, que sí eres más tranquila, porque no es el momento.

Sentado y envuelto como una momia en la sábana que ha traído Casimira de casa, Tranquilino, que tiene la vista puesta en la jeringa que sostiene el médico frente a él, está lívido, estremecido.

La enfermera te indica que le tomes del hombro para tranquilizarlo y tú obedeces. Fuera se oye hablar a Casimira con alguien. Al principio es un puro balbuceo y no se la entiende, pero de pronto rompe a llorar. Lloro y grito que ella no se merece eso, que ella siempre ha sido una mujer buena, cumplidora, buena ama de casa, que no ha tenido ojos para otro hombre.

—Pero ¿qué dice esa mujer? —pregunta el médico con la jeringa en alto.

Y tú, que estás en todo, le contestas que no le haga caso, que es que su marido se ha tirado a otra. Ah, contesta él dando unos golpecitos a la jeringa con el índice, pensaba que era por algo de esto..., y en ese momento hunde la aguja en el paladar de Tranquilino. Suena ¡*cruag!*, y Tranquilino grita. Grita durante un rato, y luego empieza a llamar a su madre, que, desde el otro lado, lo oye y acude, aporrea la puerta porque quiere entrar y no la dejan. Entonces la enfermera le abre la boca a Tranquilino con ambas manos para que el médico meta dentro las tijeras y, como se resiste y no puede, tú le ayudas, todos los músculos de su cuerpo se tensan y metes el puño entero en la boca de ese niño estúpido, gordo y rabudo que por fin se queda quieto. Quieto y callado. El médico actúa.

Y entonces viene otro grito.

Esta vez es un grito salvaje, un alarido de animal recién atravesado, y luego, otra vez el silencio.

Hay mucha sangre pero tú siempre has sido muy valiente y no te asustas. Liniño, dices, ¿cómo estás, cariño?, ¿duele? Pero Tranquilino no contesta, tiene los ojos cegados por el dolor y solo gime. Frasco, oyes entonces que le dice el médico a la enfermera, dame el frasco con formol. Y mientras hace bailar en el aire unas piltrafas de sangre con hilos de pus amarillo, que se parecen a los testículos del cerdo, la enfermera le da un frasco.

—Ya está, hijo —dice el médico metiendo las piltrafas en el frasco—. Ya pasó todo.

Y en ese momento, sin saber por qué, cuando ya ha pasado todo y Casimira ha dejado de gritar al otro lado de la puerta, y está todo en silencio, sientes como si algo se cascara dentro de tu cabeza, te tapas la cara con las manos y, moviendo los hombros convulsamente, comienzas a llorar.

Lloras con un sonido gutural, espasmódicamente, como hacen los niños o las máquinas de coser, pues no es algo que hagas a menudo (¿hace cuánto que no lloras?, ¡pero si ni siquiera lloraste cuando murió tu hijo Pepín! ¡Ni siquiera lloraste cuando te dijeron que no lo podías ver porque no estaba! ¡Ni siquiera lloraste cuando te dijeron que no lo podías enterrar porque el mar se había tragado el cuerpo y no había cuerpo, ni siquiera un brazo, un pedazo, una piltrafa de Pepín!) y no has aprendido. El cuerpo puede que sí, pero la cabeza no acepta la pérdida.

Están todos perplejos, el médico, la enfermera, Casimira, a la que ya han dejado pasar, hasta Tranquilino, que sigue rígido y con los ojos llenos de terror. Te miran y, entonces, tú callas. Nunca te has sentido mejor, más serena, más ligera. Es como si te hubieran sacado el agua que llevabas dentro. Es como si te hubieran vaciado a ti también de fluidos y sangre.

La enfermera le desenrolla la sábana a Tranquilino. Este se pone en pie y, con señas, lo primero que hace es pedir a su madre los helados que le ha prometido. El médico se lava las manos, le da unas instrucciones a Casimira y se despide. Entonces la enfermera, sosteniendo el frasco con las amígdalas de Tranquilino, le pregunta si se las quiere llevar.

—Uy, no —dice ella negando con la cabeza—, ¿y qué hago yo con *eso*?

Salen lentamente y tú te quedas ahí, parada en medio de la sala, fascinada, sabiendo lo que quieres decir pero sin poder decirlo. Tranquilino se ha detenido en la puerta, se gira y te mira,

entre asustado y sorprendido. Entonces, venciendo el ahogo que te estrangula, le dices a la enfermera:

—Si nadie las quiere... yo me las llevo.

El sol tiene ese fulgor que muestra después del temporal, cuando está el aire limpio y fresco. La tierra, impregnada de lluvia reciente, está húmeda y se hunde bajo los pies. En la calle camináis los tres despacio, cuesta abajo, con dirección a la parada del autobús, Tranquilino sorbiendo un polo de mantecado y Casimira contemplándole con deleite. Rozando con el hombro la piedra del muro, sonríes satisfecha, respirando mejor y más tranquila. Es la hora en que los renacuajos sueñan con ser ranas y las nubes no se atreven a reprochárselo.

En la mano llevas el frasco con las amígdalas de tu Pepín.

# PURIÑA

El cuello erecto y la cabeza levantada, la niña se arrastra como un reptil apoyándose sobre las rodillas, los codos y la manita con seis dedos. Sus piernas son dos cañas secas y amarillas; sus codos, los nudos del tallo de un clavel.

A veces se asoma gente por las ventanas de la choza solo para verla.

«¡Culebra!», «¡seis dedos!», le gritan. Y le lanzan castañas.

Un día pasa por delante el señor del pazo. Detiene su caballo para coger algo de la alforja y se dispone a retomar la marcha cuando nota una presencia. Alza los ojos y mira hacia la choza. Es la niña, que está sentada contra la pared con las piernas extendidas como una marioneta, descalza.

La mirada del señor se detiene unos segundos en la mano con seis dedos. Luego trepa hasta el rostro de la niña; al toparse con los ojos muy vivos y azules, del color de las hortensias, pega un respingo. Arrea al animal y sigue su camino.

Al día siguiente vuelve a pasar por delante de la casa. Y desmonta.

Pulcramente afeitado, vestido con traje de paño negro, camisa blanca y corbata de lazo, llama a la puerta con los nudillos y entra. Dice que viene a ver a la niña. Dice «la niña que no sabe caminar» y no «la niña con seis dedos», aunque por entonces ya sabe que así es como la llama todo el mundo.

La madre se limpia las manos en el mandil. Es alta y delgada, con la cara triste y un poco hundida por la parte en la que le faltan algunos dientes. Al reconocer al señor del pazo, lo mira durante un instante. Luego baja los ojos y señala un bulto oscuro en el suelo. Él observa a la niña, adentrándose en un misterio que es incapaz de comprender. Cierra los ojos, niega con la cabeza y se marcha.

No pasan ni veinticuatro horas y llama a la puerta la señora del pazo. Es una mujer pálida, de aires tristes. Trae huevos, un pedazo de mantequilla envuelta en una hoja de higuera, pan, higos y una cesta con rosquillas. Lo deja todo sobre la mesa y dice que viene a ver a la niña que no sabe caminar. La madre hace una genuflexión en señal de agradecimiento. Ante la visión de las rosquillas, los niños acuden como moscas, pero ella los ahuyenta con un gesto, el mismo que utiliza para espantar a las gallinas.

Se oye entonces un susurro de hojas secas y a la señora del pazo apenas le da tiempo a distinguir la sombra de una figura que se desliza tras un mueble como el rabo de un ratón.

La madre le señala la mitad del bulto inmóvil que queda a la vista y ella se acerca; se inclina. Unos ojos refulgen en la oscuridad.

—¿Cómo te llamas? —pregunta. No hay respuesta.

Se agacha, se pone de rodillas. Con un movimiento suave del brazo, aparta una gallina.

—¿Cuántos años tienes? —dice entonces. Nada.

En la oscuridad la niña alza la cabeza y fija los ojos helados en los de su madre.

—Se llama Puriña y tiene ocho años —dice esta.

—Puriña, estas rosquillas son para ti —contesta la mujer.

—Sal —le dice su madre tomándola de los hombros y arrastrándola por el suelo, hasta dejar el cuerpo completamente a la vista. Bajo la luz cenital, la señora del pazo la mira con estupefacción.

Es como penetrar en un sueño. Está ahí, la niña que tiene seis dedos, los pelos como estopa, vestida con harapos. Desde el instante en que la ve, entiende que lo que la mantiene viva no es esa choza decrepita, esos hermanos como bultos que se agitan en la oscuridad, esa luz mortecina, esa madre sumisa y los magros alimentos, sino *ella*. La mujer del pazo. Estás ahí, por fin volviste: ese es el descubrimiento instantáneo y aterrador que se lee en los ojos de la mujer.

Azorada, la señora del pazo lanza una ojeada a su alrededor. Pregunta si Puriña sale de ahí alguna vez, y la madre contesta que solo una vez al año, por la Virgen. La mujer suspira, mira fijamente a la niña otra vez, camina hacia la puerta aturdida y por fin se va.

Dos días después vuelve a venir. Esta vez encuentra a Puriña bordando en la entrada de la casa. Junto a ella hay una cesta con hilos, una tijerita, retales y un acerico plagado de agujas y alfileres.

La mujer saluda a la niña con una sonrisa. Le pregunta si está sola y la niña asiente. Se queda mirando su labor. El paño inmaculado y el colorido de los hilos contrastan con la suciedad de la casa.

—Qué bien coses —le dice—, ¿es una rosa?

—Un clavel —responde la niña sin levantar la mirada del paño. La mujer se sienta junto a ella.

—Yo no sé bordar —prosigue—. Las monjitas intentaron enseñarme pero era incapaz. El hilo siempre lo tenía sucio y todo me salía mal, las puntadas enormes y desiguales, muy sueltas y...

—Aquí doy otro pellizquito para que el hilo no quede suelto —dice la niña. Al alzar la cabeza, sus ojos se encuentran con los de la mujer. Esta desvía la mirada hacia abajo.

Entonces se fija en el dedo. El sexto dedo le recuerda a los tallitos que despuntan del rosal que trepa por la fachada del pazo. Se queda observando la labor otro rato y luego introduce la mano en su bolso, revuelve y saca algo envuelto.

—Esto es para ti —le dice, desenvolviéndolo.

Es un bollo de pan blanco y una onza de chocolate. La niña alza la mirada y dilata las pupilas; sabe lo que es el chocolate, aunque jamás lo ha probado.

Le dice que no. Explica que su madre le ha prohibido aceptar más regalos de ella. También dice que su madre dice que ningún regalo es gratis.

—Pero lo traje para ti.

—No.

La mujer mira el pan y el chocolate y vuelve a guardarlos.

—Como quieras —dice sin enfadarse.

Durante un rato sigue observando cómo borda. No se oye ni un ruido. Solo el piar lejano de unos gorriones y el susurro de las hojas de los castaños agitadas por el viento. A Puriña le gusta

que la miren coser. Su madre la enseñó de pequeña y cada vez lo hace mejor; es la única que sabe hacerlo de todos sus hermanos. De pronto se acuerda de algo. Cruza las manos sobre la labor y levanta la cabeza. Dice:

—Pasado mañana es mi santo.

La señora la mira sorprendida. Junta las palmas en señal de alegría.

—¿Pasado mañana? ¡Eso hay que celebrarlo!

La niña explica que en su casa no se celebran los santos.

—Entonces celebraréis los cumpleaños.

La niña sacude la cabeza.

—Pues eso no puede ser —dice la mujer—. Todos los niños celebran o su santo o su cumpleaños, uno de los dos. —Entorna los ojos—: Y reciben regalos. —Permanece un rato en silencio—: Mañana te traeré un regalo.

La niña vuelve a negar con la cabeza. Repite que su madre no le deja recibir regalos de ella.

A la misma hora del día siguiente, pasa la señora en el coche por delante de la choza. De nuevo Puriña está sentada a la puerta, esta vez pelando castañas que arroja en un cubo para el guiso. Al ver a la señora, sonrío tímidamente.

Desde el coche, la señora le pregunta si quiere ir a dar un paseo con ella. La niña sacude la cabeza. Dice que no la dejan salir.

—Pues debe de ser muy aburrido estar todo el día metida en la casa —contesta la otra—. ¿Por qué no te dejan salir? Yo te ayudo a subir al coche.

En el rostro de la niña aparece una expresión que la señora no sabe identificar. Es una mezcla de temor, de respeto y de algo más, algo parecido a la crueldad.

—A mi madre le chupó una bruja cuando yo estaba en su barriga —dice.

Un cuervo pasa casi a ras de suelo, batiendo las alas. La niña aparta el cuenco con las castañas, levanta la mano diminuta con seis dedos y la deja suspendida en el aire, frente a la señora.

—Por eso nací así —añade.

La mujer mira la mano durante unos segundos.

—A mí me gusta mucho como eres.

Un aire de insolencia recorre el rostro de la niña. Alza lentamente la mirada para fijar los ojos en los de la mujer.

—Una vez mis padres quisieron abandonarme en la fraga.

No sabe por qué lo ha dicho. Es que todos sus hermanos se han ido a trabajar y ella debe permanecer ahí quieta. La mujer del pazo sigue mirándola desde el coche pero no contesta. Quizá se ha ofendido y la niña entiende que ha dicho algo que no debería haber dicho. Así que cambia de tema. Explica que una vez, en la verbena de la Virgen, su padre le compró un molinillo de colores. Lo puso en la ventana de la casa y el viento se lo llevó.

Dos días después de este último encuentro, al amanecer, la niña tiene un sueño. Un pájaro entra por el cristal roto de la ventana y se posa en su frente. Al despertar, todavía siente el frío tacto de las garras arañando sus párpados.

Por la noche aparece la señora con otro hombre que no es su marido. Preguntan por la niña. Esta vez también está el padre de Puriña. Es un hombre rudo y fuerte; sus ojos negros están llenos de la silenciosa mansedumbre que se encuentra en la mirada de los campesinos. Sus callosas

manos están surcadas de grietas. La barbilla pegada al pecho y la sucia gorra entre las manos, él y la madre callan durante unos segundos.

—¿Qué quieren de ella? —dice la madre por fin, mirando de reojo al otro tipo—. No hace mal a nadie.

—Ayuda a su madre con la costura —añade el padre—. Borda que es un primor.

—Este señor es médico —contesta la mujer del pazo—. Solo venimos a interesarnos por la salud de la niña. No se preocupe. Solo queremos averiguar qué le ocurre.

El médico pregunta por qué no camina. La madre, ahora un poco nerviosa, rascándose un costado, como si le hubiera picado un bicho, contesta que eso no le importó a nadie en ocho años.

—Pues a mí ahora me importa —dice la mujer. Los ojos de la madre se endurecen súbitamente.

—Pasó «aquello, que yo digo» —dice. Y añade—: Pero no hace mal a nadie. Es dulce. Es muy buena y lista.

—Es muy hábil con la aguja —añade el padre.

El médico se agacha y extiende una mano para acariciar los cabellos de Puriña. A la luz de una vela, observa su rostro: «Es... es casi idéntica a...», susurra perplejo, volviéndose hacia la mujer.

Le toma la mano derecha y la examina: el sexto dedo es un muñón pequeño, sin apenas uña, que despunta junto al meñique. Le destapa un poco la falda para mirarle las piernas. Le palpa las rodillas y los codos como nudos. También el voluminoso abdomen y las fontanelas. Observa las prominencias en las muñecas y el tobillo. No para de preguntar si sufrió alguna enfermedad cuando era más pequeña, si alguna vez anduvo. Si han intentado ponerla en pie. Qué es lo que come, si toma suficiente leche, si le da el sol. Si alguna vez la ha visto un médico. La madre contesta a todo con sumisión y con recelo: no sufrió más enfermedad que «aquello», nunca anduvo, de pie no se sostiene, come lo mismo que sus hermanos. Leche poca. El sol no le da casi nunca. Nunca la ha visto ningún médico.

—Pero tendrían que ver cómo cose —añade el padre—. Es la única de sus hermanos que heredó el don.

—Por favor, no se la lleven —dice la madre—, no está mal de la cabeza. No está loca.

La señora del pazo se acerca y la toma afectuosamente de una mano.

—Tranquila, mujer —le dice en voz muy baja—. Claro que no está loca. ¡Es una niña muy lista y hermosa! Nadie se la llevará a ningún sitio. ¿Por qué piensa usted eso? Y por supuesto, jamás haremos nada que usted no desee. La niña es suya.

Justo antes de marcharse, mientras los padres hablan con el médico, la señora se acerca a Puriña. A escondidas, le mete una cajita de cartón en el bolsillo de la falda. «Luego, cuando estés sola, la abres —le susurra—. Se cayó del nido de mi rosál y pensé que te podrá hacer compañía. —Y añade guiñándole un ojo—: Feliz santo.»

Cuando se marchan, la madre se sienta y llora. Sabe que todo aquello no acabará bien. Arrastrándose sobre los codos y las rodillas, Puriña se acerca y la consuela. Del bolsillo de su falda, saca la caja de cartón que le ha regalado la señora del pazo y que no se ha atrevido a abrir.

—Me regaló esto —dice muy seria, extendiéndoselo a la madre—, pero no lo quiero.

Al oír que es un regalo, los hermanos abandonan la penumbra y se agolpan para ver. La madre se limpia los ojos con el delantal, toma la caja y la abre. Dentro hay un jilguero. La madre lo mira

perpleja. Vuelve a cerrar la caja. Decepcionados, los hermanos reptan hacia sus rincones.

—Puedes quedártelo —dice la madre alargándole la caja—. Nadie compra a nadie con un pájaro.

Por la noche, cuando los hijos están acostados, se eleva una discusión entre los cónyuges. Ella dice que algo oscuro y malo ha entrado en la casa y que la mujer del pazo y el médico no traen buenas intenciones; el padre, molesto por su desconfianza, contesta que solo quieren ayudar, que la niña les da pena y que deben dar gracias a Dios por su bondad. Ella contesta que se la llevarán a una institución, eso es lo que quieren, como hicieron con su tío, porque no quieren a lisiados vagando por sus tierras. El padre le dice que no es lo mismo. Le dice que su tío estaba loco, que era un retrasado mental y que el señor médico ha dicho que la niña es muy lista y que se puede curar.

—A mi tío también le pasó «lo del *tangariño*» —dice ella sin atreverse a levantar la vista del suelo.

Cuando por fin todos duermen, Puriña saca la caja de cartón del bolsillo y la abre. El jilguero sale volando. A la luz de la luna, aletea rojo y verde sobre los bultos grises y dormidos de sus hermanos.

Pasan unos días y vuelve a aparecer el médico con el señor y la señora del pazo. El doctor explica que trae aceite de hígado de bacalao y una botella de leche para la niña. También dice que va a intentar ponerla en pie.

El padre asiente; la madre calla. Se siente débil, asustada y a la vez algo curiosa.

El médico y la señora del pazo sujetan a Puriña por las axilas y la ponen en pie. Las piernas cimbrean como cañas sacudidas por el viento. Le duelen pero aguanta y quiere seguir. El médico y la señora insisten en que camine. «¡Camina!», le dicen. Por fin, presa de la excitación, la niña tropieza, casi se cae, rompe a llorar y se arroja al suelo. La madre la coge. «Déjenla ya —implora meciéndola entre sus brazos—. Déjenla.»

—Discúlpenos —dice la señora—. Discúlpenos, nos hemos precipitado. —Calla unos segundos—. Pero que al menos tome el aceite de hígado de bacalao y la leche que trajimos. Solo le pido eso.

—Y que le dé el sol —recomienda el médico a punto de salir.

Al día siguiente no vienen. Tampoco al otro, ni al otro. Desde que se marchó la señora, a cada rato Puriña se arrastra hasta la entrada, empuja la puerta con una mano y asoma la cabeza. Piensa que no debería de haber llorado y se jura a sí misma que nunca más llorará. Cuando todos se van a trabajar, abre la caja y deja volar el jilguero por la casa. Antes de que los demás regresen, lo vuelve a guardar.

Los hermanos se ríen de ella. «Tu señora no volverá —le dicen—, quién va a querer volver a ver a una pobre niña lisiada y deforme como tú.»

La niña no contesta. Se tumba sobre las hojas secas, se gira hacia un lado y saca su pajarito. Le da semillas o pan mojado que ha guardado de la cena. Mientras lo ve comer, un gozo inexplicable y caliente le recorre las venas. Durante un buen rato, repitiéndose las palabras que acaba de escuchar («lisiada», «deforme»), se regodea en el dolor; se entrega a él con fruición, del mismo modo que el jilguero se entrega a la comida. Evocando una y otra vez los insultos, por fin entra en un sueño placentero.

Al día siguiente saca su labor a la puerta. Mirando de vez en cuando hacia el camino por el

que se fue la señora, sigue bordando. Llega el mediodía y luego la tarde. Ha bordado ya tres claveles enteros y no hay ni rastro de la señora. Cuando por fin está a punto de meterse, divisa dos diminutos puntos en el horizonte. Son la señora y el médico y traen consigo un andador.

Puriña se alegra y se muestra dispuesta a colaborar. Entre la señora y el médico la levantan y le hacen sujetarse al andador. Los hermanos se apiñan para mirar. En posición vertical, la niña siente vértigo pero consigue arrastrar un poco los pies y esto la llena de orgullo: nunca se ha desplazado sola si no es en posición horizontal. La madre pela ajos en una esquina y observa con recelo.

El médico pregunta si ha tomado el aceite de hígado de bacalao y la madre responde que sí. «Bien —dice él—. Siga dándoselo. Su hija caminará.»

Todos los días, mientras la familia sale a trabajar, viene la mujer para ayudar a la niña con el andador. Casi siempre viene sola, aunque a veces la acompaña su marido y otras el médico. Ha pasado un mes y aunque las piernas de la niña siguen siendo dos cañas finas, se desplaza con el andador por la casa. Lo hace cuando la señora y el médico están delante o cuando sus hermanos la miran. Cuando por fin se queda sola con el jilguero, suelta el andador, se arroja al suelo y se arrastra apoyando codos y rodillas: en la soledad de su choza, elige ser la que siempre fue.

Un día, mientras la niña cose en la puerta de la casa, la señora le dice que le va a traer una muñeca y telas bonitas para que les haga vestiditos.

La niña sacude la cabeza. Su madre no le deja aceptar regalos.

—Eso no es verdad —replica la mujer dulcemente—, porque ya aceptó varios. Aceptó el aceite de hígado de bacalao, la leche y también el andador.

La niña se queda pensativa.

—Y el jilguero —añade.

—Y el jilguero —repite la mujer.

Puriña sigue bordando. Dos urracas pasan frente a ellas internándose entre las copas de un castaño.

—¿A ellos también les traerá regalos? —pregunta de pronto.

—¿A quiénes? —dice la señora.

—A mis hermanos.

La señora niega con la cabeza.

—¿Por qué? —quiere saber Puriña. La mujer suspira.

—Porque tú eres especial —le contesta.

El rostro de la niña no trasluce emoción, pero por dentro arde. El corazón le bate en el pecho y una sangre caliente y buena le sube desde la garganta hasta los oídos.

—¿Porque tengo seis dedos? —dice. La señora suelta una carcajada.

—No —responde.

—¿Porque soy una lisiada?

La mirada de la mujer vaga sin rumbo hasta detenerse en las manos de la niña:

—Porque... porque bordas muy bien —le dice—. Jamás he visto a una niña que borde tan bien con tan solo ocho años, sin apretar, sin ensuciar la labor... —Sacude la cabeza una y otra vez —: No, jamás. ¿Cómo lo consigues?

Los ojos de Puriña se iluminan con súbito interés.

—Mi madre dice que solo es cuestión de tener manos de costurera. Manos que trabajen solas.

El año pasado la ayudé a bordar las iniciales de los babis de todas las niñas de un colegio.

Puriña para de coser; parece confusa. Las urracas graznan sobre sus cabezas. Es un sonido que taladra los oídos.

—Por las mañanas... —dice la niña de pronto—, a veces sangro pero cosiendo me olvido. Y todo está en la punta de los dedos. Y miras cómo trabajan los dedos. Lo hacen solos. No sabes cómo pero sientes que sucede. La aguja atraviesa la tela una y otra vez. Nunca se equivoca. A veces... a veces sangro, pero los dedos están con la aguja. Caliente y afilada. ¿Ve usted? Los dedos y la tela. Nunca se equivocan.

El pecho agitado, alza los ojos lentamente hacia ella. Los de la señora brillan. Se desvían hacia un lado:

—Creo que sé a qué te refieres —dice.

Aturdida, la señora se pone en pie y se sacude la tierra de las manos. Luego se recoloca un par de horquillas que sobresalen del moño.

—La muñeca es muy bonita —dice—. Y creo que tienes derecho a tenerla porque no tienes muchos juguetes. Además, no tienes por qué decírselo a tu madre, será nuestro secreto.

Mira el reloj y ve que es hora de volver.

—A la feria de la Virgen... —dice entonces la niña—, mi padre solo me lleva a pedir por mí. Nunca me compró ningún molinillo.

Puriña observa la reacción de la mujer, que apenas ha movido un músculo de la cara.

—¿A pedir por ti? —dice mirando al frente.

—Me mete en un cajón, me tapa el cuerpo entero con una manta y a quien quiera verme, le cobra veinte pesetas. Les dice que nací reptil y que por eso tengo seis dedos y no sé caminar. La gente hace cola para verme.

La niña espera que la mujer se espante o que al menos siga preguntándole sobre ese tema. Nada dice. Durante un rato permanece muy pensativa y callada. Luego se despide y se va.

Al día siguiente, la mujer llega con una muñeca de porcelana. Tiene cabellos humanos muy rubios y brillantes, un traje de muselina y ojos que se cierran cuando se la pone en posición horizontal. También trae telas de todos los colores y texturas, organzas, linos y sedas que Puriña jamás ha visto.

La niña toma la muñeca y pregunta si era de cuando la mujer era pequeña. La señora del pazo congela la sonrisa. Dice:

—No.

Una sombra acaba de pasar por sus ojos. Añade:

—Era de otra niña.

Cada día la señora trae un pequeño regalo nuevo: juguetes, ropa, comida que a Puriña le resulta cada vez más difícil de esconder. Le cuenta cosas sobre el pazo, charlan animadamente y se ríen juntas. Incluso ha empezado a enseñarle a escribir las primeras letras. Esto llena de orgullo pero también de una sorda inquietud a la madre.

—Tengo un regalo para usted —dice un día la niña.

Los ojos de la señora del pazo se iluminan.

—¿Un regalo?, ¿para mí?

Con manos temblorosas, Puriña saca un paño. Alrededor del mismo, alternando el punto cadeneta con el punto de tallo, ha bordado meticulosas rosas y claveles rojos decorados con

ramas y hojas verdes de acacia.

—Es pequeño —dice extendiéndolo—, pero yo creo que le servirá de mantel en el pazo.

La mujer lo mira, la abraza y le da las gracias. Le dice que jamás nadie le hizo un regalo tan bonito.

La mujer pide permiso para sacar a pasear a Puriña por los alrededores con el andador. El médico acaba de pasar a examinarla. Ha comprobado que su vientre ya no es tan voluminoso y que la fontanela está prácticamente sellada. Palpando las muñecas y los tobillos también ha visto que las prominencias han desaparecido. Todos están contentos, y la madre accede a que salga a pasear.

Es un día luminoso de finales de abril. Las hileras de manzanos y ciruelos parecen cubiertas de un halo blanco, y los sembrados de ajo, cebolla y trigo empiezan a secarse. Todo el maíz ha sido plantado y los campos solo aguardan la lluvia que los fecunde. Las vacas que se divisan a lo lejos tienen el mismo aspecto arrugado y reseco que la tierra.

Caminan juntas y despacio unos veinte minutos. La mujer dice entonces que quiere sentarse un poco para contemplar el paisaje.

—Lástima que tú no puedas subir aquí *conmigo* —le dice señalándole la parte superior de una tapia de piedra—. Desde ahí seguro que se divisa el pazo.

La niña pestañea.

—¿Por qué no? —pregunta.

La mujer la mira de arriba abajo.

—Porque no tienes fuerzas en las piernas.

La niña le lanza una mirada retadora, suelta el andador y se apoya contra la tapia. Entonces, haciendo una fuerza descomunal con ambos brazos, se eleva quedando en suspensión y consigue sentarse.

La mujer sonrío. «Vaya, vaya», dice. Entonces se sube ella. Mira a su alrededor haciendo visera con la mano, apunta con el dedo y le señala: «Es ese grande de ahí de piedra con torreón».

Puriña observa maravillada. Entre la arboleda, emerge una casona de piedra. Nunca ha visto una casa tan grande y le parece un castillo. Ambas permanecen mirándolo durante un rato en silencio. Luego la mujer baja, extiende los brazos y ayuda a la niña.

Mientras regresan, la mujer le habla entusiasmada del jardín del pazo, del paseo de los tilos y del estanque. También de una habitación preciosa que tiene para ella, para cuando pueda andar mejor y sus padres la dejen ir a visitarla. La habitación, dice, tiene las paredes forradas de un papel con flores y está llena de juguetes: muñecas y vestiditos, un balancín, un armario lleno de juegos. También tiene chimenea, un espejo de cuerpo entero, una cama con dosel y sábanas de lino, muy finas y limpias. Allí dentro nunca hace frío y siempre huele a rosas.

Cerca ya de la casa, a un lado del camino, sobre un matorral, Puriña divisa una mancha de colores. Procura no mirar al pasar, pero sus ojos no la obedecen.

Conoce aquellos colores y conoce las rosas y los claveles. Los conoce demasiado bien.

Pero de momento, no se permite pensar.

Cuando por fin se queda sola y todos duermen, se entrega a la visión del mantel tirado sobre el matorral. A la luz de la luna, mientras escucha los suspiros de sus hermanos, abre la caja del jilguero. Con las tijeritas de costura, sujetando al pajarito contra el suelo, le rasga un ala. Los cartílagos al ser tronchados suenan igual que cuando su madre deshuesa los conejos. El pájaro aletea y, en su frenesí, deja un reguero de plumas ensangrentadas.

Mientras observa al pájaro con el ala colgando, vuelve a pensar en el mantel tirado sobre el matorral. El pájaro hace *pi, pi*, pero apenas tiene fuerzas para moverse. «Tonto lisiado —le dice—. Te crees que eres bonito y me haces compañía.» Muy lentamente, comienza a clavar en su buche palpitante agujas y alfileres del acerico de su caja de costura, hasta que el pájaro deja de piar y cae muerto. Entonces la niña lo coge y lo arroja con fuerza por la ventana.

La siguiente vez que la señora aparece por la choza llega con su marido y el médico. Se sientan fuera, debajo de la parra, porque dentro de la casa apenas hay sitio. Primero habla el médico. Explica que la niña, en muy poco tiempo, ha hecho muchos progresos, que es extraordinario y que, si sigue tomando el aceite, la leche y unos suplementos de calcio y vitamina D que ha pedido para ella, tiene la certeza de que volverá a caminar sin ningún apoyo. Al oír esto, las lágrimas afloran a los ojos de la madre. Abraza a su marido. Ambos dicen: «Gracias.»

En ese momento habla el marido de la mujer del pazo: todo tiene un proceso y deben de seguir insistiendo. Los padres asienten. Prometen. Es entonces cuando interviene la mujer.

—Creemos... —dice—. Creemos que lo mejor es que Carlota... —Calla súbitamente. Titubea, se azora un poco—: Puriña, quise decir, salga de aquí y que viva en un ambiente mejor, más higiénico, con más luz...

Al oír esto, la madre suelta la mano de su marido. Por primera vez desde que la conoce, sus ojos arden con odio hacia esa mujer.

—Por favor, no —musita—. A una institución no. La niña no está loca... Ya vio usted cómo aprendió las letras y...

—Nadie la va a llevar a una institución —la interrumpe la mujer. Los padres de Puriña callan. No entienden.

—Queremos que venga a vivir a nuestra casa.

La señora del pazo mira fijamente a la madre. Le repite con dulzura que esté tranquila, que no van a hacer nada que ella no quiera, pero que si la niña sigue ahí, en esa casa, con esas condiciones insalubres, jamás podrá caminar sola. Le explica entre susurros que con ellos, además, aprenderá a leer y a escribir, y que tendrá todo lo que necesite, ropa, comida, medicinas, médico. Que llegará a mucho más que sus hermanos. Que será feliz y que podrá venir a visitarla cuando quiera.

La madre de Puriña lanza una mirada torva y sacude la cabeza. Rotundamente no. Jamás, nadie, se la llevará de allí. Ni ellos ni nadie tienen derecho a arrancarle a su hija y sabe, porque se lo ha dicho una señora para la que cose, que si lo hacen, puede denunciarlos *porque eso es robar*. Robar a una hija. Que la señora le ha dicho que le ayudará a denunciarlos.

La mujer del pazo sonrío.

—Por supuesto, señora. Tiene usted toda la razón. Eso es denunciabile. Pero nosotros pretendemos robarle a su hija. Nosotros solo hablamos de que usted dé su permiso para que pase una temporada en casa. De que esté un tiempo con nosotros, rodeada de comodidades, hasta que la niña mejore. —La mira a los ojos—: ¿Le va a negar usted eso a su hija? Porque eso sería peor que abandonarla. —Mira unos segundos hacia la ventana con los cristales rotos de la casa, segundos que a la madre se le hacen eternos—. Y usted jamás la abandonaría, ¿verdad?

La madre niega tres o cuatro veces con la cabeza. Luego se pone en pie. Tira la silla en la que estaba sentada. Se lleva las manos a la boca y ahoga un grito. El espanto ha penetrado en su mirada. Comienza a sollozar.

Puriña y sus hermanos aguzan los oídos para escuchar. Las palabras suben, flotan por el aire y caracolean, se meten a través del cristal roto. El corazón de la niña brinca en su pequeño pecho.

—Lagarto —la llama uno de sus hermanos.

—Seis dedos —le dice otro.

La madre deja de sollozar. Se sienta y dice que no. Que ella jamás la abandonaría. El padre le da la mano y le pide que escuche.

—Usted piénselo —dice la mujer del pazo—. Ya le dije que no haremos nada sin su consentimiento.

Pasan los días y la madre no cede. Tres veces han venido preguntando si pueden llevársela y tres veces ha dicho que no.

Pero una tarde, un coche con chófer se detiene frente a la puerta de la casa. De él sale la señora del pazo con el gesto grave. Le sigue un guardia civil. Ninguno de los dos dice nada; tampoco los padres de Puriña. La madre se mete en la casa y se dirige bruscamente a su hija.

—Te vas —le dice.

La niña la mira y no contesta. La madre la peina, le limpia la boca con un trapo húmedo y le prepara un hatillo con las tres o cuatro cosas que tiene. Sus movimientos son rápidos y bruscos. Le da un beso en la frente y desaparece adentrándose en la penumbra de la casa. Entonces Puriña se aproxima a un hueco que hay en la pared, saca la muñeca escondida y sale por la puerta con el andador. Los hermanos y el padre acuden a despedirla. Cuando está a punto de entrar en el coche, se gira y dice:

—¡La caja de costura!

Su padre se mete en la casa, se la trae y entonces el coche arranca. La niña no mira hacia atrás ni una sola vez. Por el camino, sentada junto a la señora, sonrío con la muñeca y la caja de costura en el regazo. Se agarra al asiento, porque es la primera vez que viaja en coche y siente mariposas en el estómago. Desearía que alguien pasara por delante y que la viera con aquella señora rica. Desearía que pensarán que es su madre.

Pregunta a la mujer del pazo si va a dormir en la habitación con el papel de flores. También le pregunta si va a merendar pan con chocolate. Si va a dormir en la cama con dosel y sábanas de lino. Si va a jugar con las otras muñecas. Hasta que la mujer, que todo ese rato ha permanecido en silencio, súbitamente se gira hacia ella.

—No te pongas afanosa, nena —le dice.

Como la señora ya no quiere hablar más, la niña mira por la ventana. Prados cuajados de flores, pero las niñas no lloran ni preguntan, un carro tirado de bueyes. Las flores que crecen entre la fatiga de las piedras, y la fatiga de las madres. Las vacas avanzan, pastan, moles con las ubres cuarteadas. Una mujer lleva una gallina viva, boca abajo. Nunca había visto desfilar tantas cosas frente a sus ojos. Está borracha de vida, llena de sangre y vida, como la gallina.

Por fin llegan al pazo. El jardín es enorme, con mucha sombra, cruzado por caminos de boj, buganvillas y eucaliptus, castaños, nogales. Estatuas y puentes recubiertos de musgo.

Sale a recibirlos una criada. Al ver a la niña se la queda mirando y se lleva un puño a la boca, asustada. La señora le ordena que llame al casero para que suba a la niña a su habitación. No dice la niña ni Puriña. Dice: Carlota.

Para que suba a Carlota a su habitación.

El casero coge a la niña; la señora intercambia con él saludos. Le pregunta por la cosecha. El

hombre mira al cielo y dice que confía en que vendrá más lluvia. Comienza a caminar en dirección a la casa.

—Mamá —dice Puriña ya en la puerta, en brazos del hombre, con la muñeca en un brazo y la cesta de costura en el otro.

Al oír esa palabra, la mano en la manilla del coche, a punto de cerrar, la señora se estremece. Lentamente se vuelve.

—¿Sí? —dice.

—Ellos nunca me quisieron abandonar.

La señora calla.

—¿Ellos... tus...? —dice.

—Sí, ellos... —le interrumpe la niña.

—Bueno... —dice la mujer. Titubea, saca unas bolsas, cierra la puerta del coche—: Mejor, no importa.

Avanza sobre el empedrado. Camina unos pasos y se detiene. El casero comienza a subir lentamente los primeros peldaños de la escalera.

—¿Y lo otro? —grita la señora con voz temblorosa. El guardés se detiene. Se gira con la niña en brazos.

—¿También es mentira que tu padre pedía dinero por ti en la feria?

Del rosál de la fachada, sale un alboroto de jilgueros. Una niebla gris comienza a descender envolviendo la casa.

—Me metía en un cajón y me tapaba con una manta —dice la niña, tal y como quiere oír la señora.

En brazos del guardés, vuelve a sonreír.

## MELOCOTONES EN ALMÍBAR

Comen en silencio. A las dos y media en punto. Ella cocina y también recoge la mesa. Filete a la plancha con patatas fritas, los lunes, miércoles y viernes. Los martes y los jueves, que baja a la compra, lenguado *menier* al horno con ensalada de lechuga y tomate. De postre, fruta. En el centro de la mesa, la cesta con los colines. Junto al vaso de agua, en fila, las tres pastillas de él: a la izquierda, la del colesterol; en medio, el anticoagulante; a la derecha, la de la hipertensión. Si él hace ademán de levantarse, ella pregunta si quiere vino. Sí, siempre quiere vino.

Ella lo mira comer y le dice que corte los pedazos de filete más pequeños, que se va a atragantar. A veces le arrebató el plato y simplemente se los corta. Antes de acabar, le limpia con la servilleta las pequeñas costras de pan pegadas por la baba. Luego él se levanta, arrastra los pies embutidos en las zapatillas de felpa de cuadritos hasta la televisión y pone el telediario. La voz de la presentadora lo arrulla y se queda instantáneamente dormido. Poco a poco, después de una respiración profunda, empieza a roncar. Cuando termina de recoger, ella se sienta junto a él (para entonces ya están los deportes) y le chista.

Ella es pequeña y delicada, rubia, con los ojos verdosos y expectantes (se ve que fue guapa), un poco encorvada. Tiene siempre la cabeza ladeada en una actitud de atención, como si mirara o quisiera escuchar algo que está lejos y que se le escapa. Sus manos son nerviosas y ágiles. Siempre fue ama de casa.

Los ojos de él no son de viejo; son de un azul intenso y tienen un brillo fresco y escarchado. Tiene pecas en la cara y en los brazos; de niño fue pelirrojo. Emigrado de joven desde Galicia, al principio trabajó en lo que pudo. Por las noches, con mucho ahínco y esfuerzo, estudió la carrera de Derecho. Acabó montando una empresa de refrigeración, en especial de neveras portátiles para transportar polos y helados, que pronto amplió con fábricas por todo el país que le hicieron amasar una fortuna considerable, aunque, como dice ella, nunca sirvió ni para freír un huevo. Hace mucho que perdió los últimos dientes que le quedaban.

Cipriana y Tranquilino, se llaman. No tienen hijos.

Cuando Tranquilino cumple noventa años, ya en una silla de ruedas, Cipriana (ochenta y cinco) sigue subiendo y bajando la compra, cocinando y limpiando la casa, a pesar de la insistencia de los sobrinos en que busquen a una chica para ayudar con el tío y las labores domésticas. ¡Ni hablar!, ¡son todas unas frescas!, es siempre su respuesta. Mientras que Dios me dé fuerzas, de mi marido me ocupo yo (se lleva la palma abierta al pecho), ¡faltaría más!

Los días se suceden y ambos cada vez están más torpes. Una noche, en la cama, a Tranquilino los ojos se le tornan vacíos; un poco ásperos: comienza a farfullar. Habla del pueblo gallego de su infancia, de su madre. Se acuerda de la silueta de unas bragas enormes que colgaban del tendedero

en una tarde de verano. Se acuerda también del bramido del mar y le pica la nariz por el pimentón del pulpo *a feira* que preparaba su tía. Oye a su madre diciéndole que no duele, que no duele nada y que luego podrá comerse un helado de mantecado. Los labios le arden y un dolor agudo empieza a trepar por la garganta. Da vueltas y más vueltas. El helado de mantecado se derrite y las sábanas se empapan. ¡Si serás cochino!, le dice su mujer sentándose sobre la cama. ¡Te has hecho pis!

Pero Cipriana acto seguido comprende que le está dando un ictus. Lo ingresan en el hospital. A pesar de que se recupera bastante bien, ahí empieza su declive.

Para más inri, poco después ella se cae en la calle con las bolsas de la compra. Se queda espatarrada en la puerta del Día, rodeada de naranjas, un pimiento rojo, una lata de aceitunas, unas mermeladas *diet* de melocotón y unos filetes de oferta. Entonces los sobrinos se reúnen y deciden ingresar a la pareja en una residencia. No hay otra solución. Tranquilino ha hecho mucho dinero con las neveras portátiles y la tía Cipriana acaba de vender unas tierras de la familia, allá por Logroño, por lo que el dinero no es problema. Y además, para eso está el dinero, para las urgencias, dicen. Tienen suficiente como para vivir en la residencia más de treinta años, cosa que, como es lógico, no va a ocurrir.

Tranquilino accede al ingreso sin poner pegas. Pero ella... ¡ay, ella! En el último momento, cuando uno de los sobrinos, el que más se ocupa de ellos (en realidad, el único que se ocupa de ellos), ya tiene todas las maletas y al tío metido en el coche, la tía Cipriana desaparece. El sobrino sabe que no ha podido salir, así que la busca por toda la casa. Por fin la descubre en el armario de las escobas, entre cubos y fregonas. Al abrir la puerta se encuentra con dos ojos muy abiertos y redondos que lo miran y unos puños que lo amenazan. Cipriana comienza a sollozar. Que si esa es su casa, que si no le parece que ha atendido bien al tío durante toda su vida, que sin ella, ¿qué sería de él? Poco a poco, ante las dulces palabras del sobrino, que le dan toda la razón, se va tranquilizando. Se escurre hasta el suelo y se queda en cuclillas, desmadejada. Un hilo de baba cristalina le cuelga de la boca. Entonces la toma de la mano como a una niña y se la lleva al coche, en donde el tío espera sonriente con una nevera portátil en el regazo.

Los primeros meses en la residencia son difíciles, todo es nuevo y ni al más viejo le gusta estar entre viejos. Nada más franquear el *hall*, una estancia luminosa, decorada con plantas y muchos espejos, que es lo mejor y más aparente de la misma, uno se adentra en un mundo oscuro y mísero de viejos, en donde siente como un puñetazo en la nariz el olor de la carne añosa, mezclado con el olor a sopa de fideos. Pero acaban adaptándose. Al principio Cipriana y Tranquilino salen al jardín, van a misa o se toman unas Fantas de naranja en el salón principal, observando de reojo a los otros residentes, que se sientan en hilera junto al ventanal, casi siempre solos y ensimismados, tapados con una manta de cuadros o, en el caso de las mujeres, envueltas en un chal de lana gruesa que solo deja entrever las manos surcadas de abultadas venas azules.

Pero, últimamente, Cipriana y Tranquilino se mueven poco de la habitación. Es más cómodo, dicen, ¡y para lo que hay que ver!... Los días son todos iguales; discurren más o menos así: a las ocho en punto entran dos cuidadoras en tropel, gritando ¡arriba, don Tranqui, es hora de levantarse! Mientras la mujer se asea, observa de reojo lo que hacen con su marido. Lo ponen a hacer pis con una grúa, lo duchan con movimientos expertos y rápidos, lo visten zarandeándolo como si fuera un muñeco hasta que por fin lo dejan, repeinado y oloroso a colonia de bebé, frente a la bandeja del desayuno (café descafeinado de sobre con leche, un sobao o una tostada de pan de molde con mantequilla y mermelada y una pieza de fruta), ¡que aproveche, don Tranquilino!

De diez a once lee el *ABC* (o «hace que lee», como dice Cipriana). A las once le recita a ella

en voz alta las esquelas. Si hay alguien que conocen o que creen conocer, le rezan un avemaría. A las doce pone la radio y escucha *A vivir que son tres días*, hasta la una. A la una ella dice: ¡Jesús, cómo se ha pasado la mañana! Con un chasquido de rodillas, se pone en pie, empuña la silla de ruedas y se dirigen al comedor. Por la tarde dormitan, reciben con alborozo las bandejas con la merienda, leen (o hacen que leen), ven la tele, critican a la presentadora de turno, van a misa si toca, cenan y a dormir.

Cuando el sobrino viene a verlos, se muestran muy contentos. Dejan lo que están haciendo y conversan con él. Siempre les trae merengues de fresa, a su tío le encantan. Ante la mirada de desconsuelo de Tranquilino, Cipriana se los arrebata de las manos y los mete en el armario, junto a los sobaos del desayuno que no come, y que no quiere tirar, envueltos en un clínex, y los paquetitos de galletas María de la merienda que le quita a su marido para que no engorde. Dice que luego se los comerán, aunque lo cierto es que Tranquilino jamás los vuelve a ver.

Con el sobrino hablan fundamentalmente de tres cosas: de las cuidadoras («la lapos», «la búho» y «la chupada»), del trabajo de él y de las enfermedades de Tranquilino. A veces, esos temas tienen ramificaciones. Tranquilino siempre dice que se encuentra muy bien, aunque muchas noches, en la cama, llora. Cipriana lo oye gimotear en silencio y no se atreve a preguntar qué es lo que le ocurre.

Por la mañana revive, está de buen humor. A pesar de que ya no se levanta de la silla de ruedas y de que empieza a ponerse obeso (y más inútil que teta de monja, como dice Cipriana), le dice a todo el mundo que estar en esa residencia es exactamente igual a estar de vacaciones en un hotel de cinco estrellas. Y de eso sigue convencido aquel día en que, sentado a la mesa del comedor con otros residentes, se le suelta la lengua. De primero hay sopa de cocido y Tranquilino levanta la mirada y se queda mirando a otro viejo. ¿Tu madre te quiso?, le pregunta. El viejo, que tiene un fideo pegado en la barbilla, lo mira estupefacto durante un segundo y dice que sí, sí, sí con la cabeza. Luego la baja y sigue sorbiendo la sopa. Los demás, incluida Cipriana, también siguen comiendo. Les retiran los platos soperos y les sirven el segundo: merluza rebozada, ensalada y patatas fritas. Pinchando un trozo de merluza Tranquilino dice que somos nuestra infancia. Nuestra *puta infancia*. Una vieja parpadea ligeramente y coge más pan; un viejo alza el vaso y se lo lleva a la boca con la mano temblorosa. También Cipriana hace oídos sordos. Se limita a esconderle a su marido el pan bajo la servilleta para que no engorde. Señalando con la punta del cuchillo, le indica que todavía no se ha tomado la pastilla para la hipertensión. Y es muy posible, prosigue Tranquilino recorriendo a los viejos con la mirada, que nuestra madre haya sido una bruja. Se mete la pastilla en la boca y se la traga haciendo un ruido de cañería: Sí, dice. Una auténtica bruja.

Llega el postre y los viejos siguen comiendo sin osar levantar la mirada. Cipriana le pela la pera a su marido, se la parte en trocitos y se la acerca. Tranquilino contempla el plato con displicencia. Nos da miedo, dice sacudiendo la cabeza. Pensar en que hemos pasado los primeros años de nuestra vida conviviendo con una bruja nos produce terror y nos pone la piel de gallina. Tranquilino alza los ojos y clava la mirada en una de las viejas, que de inmediato baja la suya: ¡Tú!, le dice señalándola con el índice. ¿A que tu madre intentó apuñalarte en la bañera? La vieja se encoge, de su pecho sale un gemido pero no dice nada, hace ya tiempo que a los viejos de esa residencia se les acabaron las ganas de hablar. No tienes por qué esconder nada, le dice entonces Tranquilino, tu madre ya está criando gusanos. Gusanos gordos como falos. Puedes hablar. Tranquilino gira la cabeza hacia la comensal que tiene a la derecha, una mujer que siempre baja a

comer vestida como si fuera a un cóctel: ¿Y tú?, le dice. ¡Adefesio! ¿Acaso...? Pero Cipriana golpea el tenedor contra la mesa y no le deja acabar; los demás viejos se estremecen.

—¡Quieres hacer el favor de callarte! —le grita. Se apoya sobre los nudillos y se pone en pie —: ¡Me has quitado el apetito, me voy!

Y se va.

Los viejos siguen comiendo sin levantar la cabeza.

A partir de ahí, los días se suceden todos iguales: Tranquilino llora en silencio por la noche, Cipriana se hace la dormida, y, por la mañana, como si nada hubiera ocurrido, su marido se entrega a su rutina de hotel de cinco estrellas con la mejor de las disposiciones. Pero últimamente hay una novedad: Cipriana y Tranquilino ya no pueden comer en el comedor. La dirección de la residencia les ha explicado que, a ciertas edades, es mejor que sean servidos en la habitación. Cuando Cipriana argumenta que todos allí tienen «ciertas edades», no saben qué contestarle.

«La búho» viene una mañana para tomarle la tensión a Tranquilino. Mientras él contempla sus pechos con ojos golositos, «la búho» le coloca la banda en el antebrazo. La enfermera mira el tensiómetro, se queda un rato perpleja, con los ojos muy abiertos, y dice que se la va a tomar otra vez. Como casi todos los días, Tranquilino ha estado llorando por la noche, pero la tía no comenta nada.

Nada más apretar la perilla que infla el tensiómetro, Tranquilino arranca a hablar. Dice casi llorando que la puta de la Manuela le robó a su madre sus amígdalas y se las llevó en un frasco. Mientras espera que la banda pierda presión, «la búho» se sonríe y mira de reojo a Cipriana, que está enfrascada en el *Hola*. Entonces Tranquilino dice, o más bien farfulla, y mi madre no hizo nada por evitarlo.

En ese momento, Cipriana levanta la cabeza: ¡Tranquilino!, dice, ¡no empieces a decir bobadas!, y vuelve a zambullirse en el reportaje de la revista. «La búho» mira el tensiómetro, ¿está usted bien, don Tranquilino?, pregunta. Sin esperar la respuesta, se dirige al teléfono de la mesilla. Descuelga. Mientras aguarda a que dé la señal, Tranquilino la mira contrariado: No me llamo Pepín, dice. Se acelera. Su rostro muda. Hay un destello próximo a la locura en sus ojos azules y escarchados: quiero-chupar-tu-coño, añade. Tirando lo que tiene a su alrededor, Cipriana se levanta bruscamente y va hacia él. Que suba la doctora Martínez a la 401 lo antes posible, tengo una urgencia, dice la enfermera.

Cuando la doctora Martínez entra en la habitación, se encuentra a la enfermera forcejeando con Cipriana, que hace todo lo posible por abofetear a su marido. Entre las dos consiguen apartarla de ahí y sentarla. Tranquilino sigue como borracho. Dice que su mujer es una ladrona porque le quita los muslos de pollo y los sanjacobos para comérselos ella. Mientras tanto, extiende los brazos e intenta tocarle los pechos a la doctora. La cabeza le da vueltas. Siente agitarse dentro de sí cosas y gente del pasado que han estado muertas desde la infancia. Oye sonidos, percibe olores largo tiempo atrás desaparecidos. Solo es consciente de sentir una cosquilla en el bajo vientre y luego un asombro enorme antes de encontrarse en las alturas, aunque su estómago y su vejiga siguen en la habitación. Entrecierra los ojos y por fin da rienda suelta al pensamiento.

Como si flotara en el aire, ve puñados de mariposas elevarse de golpe desde el estiércol y recuerda el olor a humo en el aire. Caras, una secuencia borrosa y fluctuante de imágenes que todavía no tienen nombre. Ve a su madre arrastrándole cuesta arriba en una ciudad extraña, entre una niebla gris que sube de los árboles y de la tierra mojada, casas. Una puerta. Una estancia

blanca que en su cabeza se funde con un dolor agudo con sabor a vísceras y a sangre. Un helado de mantecado le quema ahora en los labios.

Cipriana comienza a gritar, se pone aún más histérica y tienen que venir otras dos cuidadoras a ponerle una inyección.

Dos horas después, cuando el sobrino entra en la habitación (lo han llamado para que acuda corriendo desde el trabajo, ha tenido que acompañar al tío al hospital, dejarle instalado y volver corriendo para ver cómo está la tía), se la encuentra tumbada. Yace como una estatua, con las manos a los lados y la sábana hasta las orejas, los ojos llenos de espanto. Tiene la mirada fija en el techo. Al oírlo, se incorpora sobre los codos. Yo no le quité los muslos de pollo ni los sanjacobos, solloza.

Tranquilino ha sufrido otro ictus. Pero una vez más, como el fénix que resurge de las cenizas, se recupera. A los dos días, Cipriana (que no ha querido ir a verlo al hospital) oye el familiar chillido de la silla de ruedas por el pasillo. Levanta la cabeza, se queda escuchando unos segundos y se pone en pie. A continuación se precipita hacia la puerta y la abre. Fuera está Tranquilino, sonriente; detrás de él, empuñando la silla, el sobrino. Cipriana les cierra la puerta en las narices.

Durante el mes siguiente, todo sigue igual. Tranquilino recuerda con agrado los dos días que ha pasado en el hospital y a menudo habla de ello. Le gusta la grandiosidad que tienen las cosas allí, el olor a asepsia y a muerte, la sensación de estar muerto y resucitar. Dice que todo el mundo es capaz de resucitar cuando quiere, solo es cuestión de querer. Cada vez está más encantado con su «rutina en el hotel de cinco estrellas», como lo llama él, aunque, por primera vez, tiene un motivo de queja. Como «la lapos» y «la búho» se niegan a asearle por las mañanas, le han puesto a otras más viejas. ¡Carcamales!, refunfuña. A pesar de ese pequeño inconveniente, está más contento que nunca.

Sin embargo, sigue llorando. Una noche a Cipriana le sorprenden las mejillas tensas de Tranquilino, los ojos duros como el vidrio, la brusquedad de sus ademanes. Al principio piensa que está soñando, o que le está dando otro ictus, porque la llama «mamá» y farfulla parrafadas inconexas, palabras y nombres mezclados, entre ellos alguno que ya ha escuchado antes como «Manuela», «Pepín» o «amígdalas». Poco a poco, acariciándole la mejilla para tranquilizarle, Cipriana consigue unir una palabra con otra y el discurso acaba cobrando sentido. Cuando Cipriana le pregunta quién es Pepín, él contesta que un niño muerto.

En una de sus visitas, el sobrino, al abrir el armario para coger una chaqueta para su tío, se da cuenta de que dentro huele mal. Mira y solo ve ropa. Introduce la mano para ver si hay algo más, rebusca y saca los paquetitos de galletas María, que vuelve a meter. ¿No os huele raro?, les pregunta a ambos. Tranquilino frunce la nariz y asiente: a cadáver putrefacto, dice. Cipriana ha oído pero se hace la loca, ni levanta la cabeza. ¿Eh, tía? ¿Qué hay aquí dentro? La tía se pone repentinamente en pie, va hasta el armario, pone los brazos en cruz para cubrir la puerta y dice que no hay nada. Nada, nada. Cuando el sobrino se aproxima, ella, de un salto, coge el cuchillo de la bandeja, se lo lleva a la muñeca y dice que si a alguien se le ocurre tocar el armario se cortará las venas. Ves, así, así... El sobrino no se inmuta y una ligera decepción reluce en los ojos de ella.

Desde la silla de ruedas el tío comenta la jugada. ¡Pégate un tiro mejor!, grita, ¡es más higiénico! Le entra tal ataque de risa que se le suelta la dentadura y se le queda atravesada en la garganta. Mientras el sobrino forcejea para arrancársela, la tía se encarama a la ventana. Con una pierna fuera y el cuerpo inclinado, le dice al sobrino que decida. Que decida de una vez a quién

quiere más de los dos.

El sobrino mira a uno, mira a otro y opta por llamar a la recepción para que suba alguien. Cuando la cuidadora entra, el tío está morado, en paro cardíaco. A la tía encaramada en la ventana nadie le hace ni caso.

De nuevo el tío es conducido al hospital y de nuevo devuelto a la residencia. Cuando entra en la habitación y lanza una mirada en derredor, las camas ortopédicas, la mesa con ruedas en donde le ponen la bandeja con la comida, los armarios empotrados, el baño con baldosines beis, a su mujer doblada sobre la revista, la grúa para hacer pis, se le saltan las lágrimas de alegría. Exclama: ¡Qué bien volver a casa, hola, mamá! Cipriana levanta la mirada de la revista y la fija en la pared. ¿Ha dicho «mamá»?

Una tarde, no mucho después, el sobrino acaba de volver de Logroño y les trae regalos: una lata de espárragos gordos y un frasco enorme de melocotones en almíbar (redondos, suaves y anaranjados como el culo de un bebé, dice entre risas) que Cipriana enseguida le arranca de las manos para que su marido no los vea. Tranquilino, que observa de reojo, ha visto pasar como una ráfaga algo en un frasco. Aunque no sabría decir por qué, aquello le ha interesado mucho y hasta le ha producido una pequeña taquicardia.

El sobrino tiene intención de pasar la tarde pero no aguanta ni veinte minutos. Huele mal ahí dentro y vuelve a pensar en el armario que la tía no le deja abrir. Y además, encuentra a Tranquilino despistado. Dos veces ha llamado «mamá» a Cipriana. Poco después de marcharse, pasa por la habitación la directora de la residencia acompañada de dos mujeres con esponjas, guantes, detergente y un cubo. La directora está muy seria y dice que viene a hablar con doña Cipriana. Dice que un pajarito acaba de decirle que hay «olor» en uno de los armarios y que viene a pedirle que estas señoras de la limpieza lo abran, saquen lo que hay dentro y limpien. Cipriana sacude la cabeza. La directora insiste y entonces Cipriana se enoja. Dice que eso va en contra del Convenio Europeo de Derechos Humanos y que si alguien abre ese armario, su marido, que es abogado, les meterá un puro que saldrá en todos los telediarios y que acabará con el cierre de la residencia. Tranquilino mira y escucha confuso la escena, sin saber muy bien qué pensar.

La directora hace un gesto y entonces una de las mujeres, la más fuerte, sujeta a Cipriana y la otra procede a abrir el armario. Nada más hacerlo, un tufo indescriptible, mezcla de suciedad y podredumbre, se propaga por toda la habitación. Es el olor de cosas putrefactas en el fondo de cubos de basura, el olor a desagües atascados, a huevos podridos y ropa meada. ¡Alabado sea el Señor!, exclama la directora tapándose la nariz. ¡Y nosotros sin saberlo! ¡Es una guarra que se tira pedos!, grita Tranquilino muy excitado, desde su silla de ruedas. ¡Todo el mundo en el pueblo dice que se tira pedos!

En grandes bolsas industriales se lo llevan todo. La ropa sucia y pringada de comida, los sobaos reventados, las galletas María, los muslos de pollo, dos tostadas untadas con mermelada que se han pegado a los abrigos, los abrigos, los merengues podridos y unos filetes rebozados en estado de putrefacción.

Solo les dejan sobre una mesa la lata de espárragos y los melocotones en almíbar.

Con la vista fija en estos, Tranquilino comienza a temblar. Aunque Cipriana no sabe exactamente qué le ocurre, solo por vengarse y para hacerle rabiar, se pone en pie y le acerca el tarro. Su marido tiembla de pies a cabeza. Comienza a sollozar.

Vuelve a estar en ese lugar de la infancia blanco que en su cabeza se funde con un dolor agudo y lacerante con sabor a vísceras y a sangre. Un médico se lava las manos, da unas instrucciones a

su madre y se despide. Una enfermera, sosteniendo el frasco con los melocotones (sí, son melocotones en almíbar), le pregunta si se los quiere llevar.

—Huy, no —dice ella negando con la cabeza—, ¿y qué hago yo con *eso*?

Salen lentamente y su vecina Manuela se queda ahí, parada en medio de la sala, fascinada, sabiendo lo que quiere decir pero sin poder decirlo. Tranquilino se ha detenido en la puerta, se gira y la mira, entre asustado y sorprendido.

—Si nadie las quiere... yo me las llevo —dice Manuela.

En la habitación de la residencia, Tranquilino se cubre la cabeza con los brazos y gimotea como un niño. Su mujer se asusta. Mira los melocotones, lo vuelve a mirar a él y de pronto, comprende.

—¡Mejor no! —dice Cipriana bien alto, para que su marido lo oiga—. Las amígdalas son de mi hijo Tranquilino y no se las lleva nadie más que yo, que soy su madre. ¡Faltaría!

Cipriana coge el frasco con los melocotones y se aferra a él. Lentamente, Tranquilino levanta la cabeza. Se limpia las lágrimas con la manga y mira a su mujer con ternura. Sonríe. Poco a poco, deja de temblar.

# HAMBRE

Pues fue que querían arrancarle la oreja a uno, pero no les dejamos porque somos gente humana. Íbamos dieciséis, siete mujeres y nueve hombres. Al principio todo iba bien, apenas soplaban el viento y el agua del mar se rizaba en olas de espuma a nuestro paso: teníamos chocolate, cacahuets y sardinas.

El problema fue cuando eso se acabó. Se acabó eso, se acabó el agua y empezó el hambre. El hambre, señor juez, saca lo peor y lo más oscuro de cada uno. El hambre produce ruidos, ¿sabía usted eso? Hace que rechinen los goznes de los huesos. ¡Cri, criii!, algo así. Como el crepitar del grillo al atardecer. En el bajo vientre se debaten las vísceras. Al principio bufan, pugnan entre sí por un poco de agua. Luego, poco a poco, el bufido se convierte en quejido, como el lento sollozar de un pedazo de carne que se deja secar al sol.

Ella era la única que no sentía hambre, ni sed; ella no sentía nada. Se dejaba llevar por el bamboleo del mar. Tiesa como un palo, las manos sobre el regazo, mirando a un punto indefinido del horizonte, sus cabellos movidos por la suave brisa exhalaban un perfume profundo, una especie de bruma con olor a puerro o a leche: el frío le había entrado en el corazón; yo vi que su corazón estaba frío.

Pero deje que le cuente, señor juez, desde el principio. Porque las cosas más importantes son las más difíciles de decir. Son las cosas de las que te avergüenzas, porque aún no han podido salir. Dentro de la cabeza son ilimitadas y producen el peor de los miedos; luego, cuando por fin salen, no son más grandes que las cosas normales.

Faustina, el frío. Me fijé en su rostro picado por la viruela antes de que subiéramos al vapor. Entre aquel hormiguero de gentes pobres que se afanan empujando los baúles de un lado a otro, entre las recomendaciones de los abuelos y los plañidos de los que se quedaban, llamaba la atención su serenidad. No era especialmente hermosa, pero de esos ojos color violeta brotaba una energía inusual. La maleta rebotaba contra las espinillas y pegado al pecho, arrebujado en un chal, llevaba un pequeño bulto. Al principio pensé que sería un conejo o una ardilla, aunque luego me di cuenta de que era un niño. Un niño de pocos días.

Al ver cómo se difuminaban las costas de nuestra tierra, algunas mujeres, asomadas por la borda, comenzaron a proferir alaridos. Yo mismo he de reconocer que, al pensar que jamás volvería a visitar la tumba de mi mujer, fallecida hacía tres años, sentí una punzada en el corazón. Durante dos o tres días, todo fue llorar por la tierra, por la vaca, por el prado y por la lejana casa bajo la lluvia. Poco a poco, empezamos a salir adelante. Por las noches, en los camarotes con olor a sudor, humedad y vómito, mientras las chinches nos trepaban por las piernas, jugábamos al dominó, desgranábamos guisantes, bebíamos aguardiente y nos contábamos historias

que nos hacían olvidar.

Los días se sucedían todos iguales. Viento. Olas encrespadas. Una mezcla de resignación, honda tristeza y las expectativas de una vida mejor. Por las mañanas, los hombres paseábamos fumando por la cubierta, observando con el rabillo del ojo a los de primera clase y charlando entre nosotros; los niños jugaban y las mujeres preparaban la comida. A veces, en medio de la noche, cesaba el murmullo de los motores, del viento y del agua, y no se oía nada más que los suspiros de la gente y el ruido de las ratas correteando sobre nuestras cabezas. Una vieja se pasaba la noche preguntando a gritos si Marita había comido. Marita era la hija que se le murió de difteria con dos meses, hacía ya cincuenta años.

Y hablando de ratas, un día, una de las mujeres que solía ayudar a preparar la sopa vino corriendo hasta nosotros. Por lo visto, esa misma vieja que gritaba por la noche se había comido un ratón vivo.

—¡Qué se va a comer un ratón, mujer! —le dijimos—. Si no tiene ni dientes para masticar.

Pero la mujer insistía en que sí. Decía que el ratón le había pasado por encima de la zapatilla, que ella lo había cazado al vuelo, por la cola, se lo había metido en la boca y se lo había tragado sin apenas masticar. Ay, Dios mío, ¡cómo nos hizo reír aquello! Tanto insistió la mujer que, con la excusa de ir a orinar, pasé por delante de la vieja para echarle un vistazo. Parecía contenta. Canturreaba para sí misma. Me hizo gancho con un dedo para que me acercara, y yo avancé un poco. Miró a un lado y a otro, y por fin susurró: Tengo una medalla de oro macizo colgando entre las tetas. Me reí, ella también, y me acerqué un poco más, hasta sentir su aliento podrido. Entonces me quedé helado: un hilo de sangre seca descendía por la comisura de su boca.

Con todo, lo cierto es que existía una gran camaradería. A todos nos interesaba llevarnos bien.

¡Si alguien nos hubiera dicho cómo íbamos a acabar apenas unos días después!

Solo ella, Faustina, permanecía ajena, altiva y poderosa, con su hijo en brazos... Y por su oficio sabrá usted, señor juez, que cuando más capaz de callar es alguien, más fuerte es su presencia.

—¿No vienes? —le decían las mujeres.

Y ella sacudía la cabeza y se apretaba el hijo contra el pecho.

Nadie la conocía. No era de la aldea de ninguno, y, sin embargo, todo el mundo tenía algo que opinar. ¡Pobre!, decían las mujeres, ¡si casi tendría que estar jugando con muñecas! ¿Qué le habría llevado a emprender aquel viaje, sola, con una criatura recién nacida? Todo el mundo especulaba y un halo de misterio, como una bruma espesa, comenzó a descender sobre ella: una mujer contó que había oído hablar de una muchacha que, sin duda, era ella. En una aldea próxima a la suya, una pobre recién parida, había perdido a su marido. Ya sabéis que muchas veces, cuando la muerte entra una vez en una casa, regresa a ella de inmediato. ¿A que no sabíamos lo que ocurrió?

—¿Que la muerte se llevó a sus padres? —preguntó una mujer sin apartar los ojos de la calceta.

—A sus padres y también a sus hermanos —dijo otra.

—¡Cuentos de aldea! —intervino una tercera.

Un día, una de las mujeres se empeñó en que se acercara al hornillo y que comiera con nosotros. Vente, mujer, le dijo. Destapó la olla, mientras subía hasta el techo el vapor de la sopa, cargado del olor de las berzas. ¿Qué haces tú ahí, siempre sola con la criatura? Aquí estarás caliente, te hacemos un sitio, te cuidamos al niño. Además, te estás quedando en los huesos.

Normalmente, Faustina no hablaba, ni siquiera se dignaba a mirarnos, pero, ante la insistencia de la mujer, por fin levantó lentamente la cabeza. Algo brilló en el fondo de sus ojos y sus facciones se endurecieron aún más. Se hizo un silencio, todos la mirábamos, a ella, y también a la mujer que esperaba la respuesta.

—No quiero vuestra comida —dijo al fin, alisando la falda de su vestido, un gastado vestido de punto color beis—. Huele a pobre. Huele a bosta de vaca y todo lo que sois vosotros.

Y se apretó al niño contra el pecho.

Mientras volvía a tapan la olla, a la mujer le mudó el rostro. Vi cómo le vibraba el cuello, como a los caballos cuando se espantan las moscas. Giró la cara bruscamente, como si la hubieran abofeteado, y quedó en silencio. Aunque le temblaban las manos, se dispuso a destapar de nuevo y revolver el puchero como si no hubiera oído nada. Pero sí había oído. Todos habíamos oído. Desde entonces, nadie volvió a dirigirle una palabra cariñosa. La miraban como si fuera una araña que se arrastra despacio por el camarote. Tenían miedo de ella; yo sentí que tenían miedo.

Ya habíamos visto cómo Faustina daba el pecho a su criatura en bastantes ocasiones, siempre en un rincón, discreta y separada de todos, muchas veces en cubierta, en donde le gustaba estar y pasaba la mayor parte del día. Hasta que presenciamos una escena que nos dejó perplejos.

De un ángulo en penumbra surgió de improviso entre nosotros —un grupo de hombres que jugábamos a las cartas—, se sentó en un banco próximo y nos dirigió una mirada desafiante. Entonces, con dedos ágiles, sin dejar por un minuto de mirarnos, se abrió el corpiño. A la vista de todos apareció un seno enorme y tenso, de una voluptuosidad maravillosa, con el pezón oscuro. Un olor a almendras y canela se propagó por el abarrotado camarote, un olor que inmediatamente nos devolvió a nuestra infancia, al regazo amoroso de nuestras madres. Las mujeres al fondo se agitaron; los hombres gruñimos. He de reconocer que un ligero cosquilleo me subió por la entrepierna. Habíamos dejado de jugar y se hizo un silencio de espera. Al coger el pecho entre sus manos para acercárselo al niño, apareció en la punta una gota de leche. Faustina seguía quieta, pero sus ojos, fijos en nosotros, estaban muy vivos, como panteras azules: el niño comenzó a mamar, a tragos, lentamente.

Desde entonces las mujeres empezaron a mascullar insultos. Que si era una furcia, que si hacía aquello para provocar a los hombres. Cuanto más decían, más parecía gozar Faustina dando el pecho a su hijo delante de todos. Ahora lo hacía a todas horas, por la mañana, al mediodía, por la noche. Los pechos brillaban incluso antes de que el hijo los chupara.

Íbamos hacia el invierno y, fuera, el tiempo empezó a cambiar. La primera señal fue la estela que dejaba ahora el vapor. Ya no era un leve vómito de nieve: era como un torrente furioso de leche exprimido del seno de la madre. Los días eran más cortos y por las noches se levantaba el viento. Lo oíamos ulular y nos sentíamos pequeños. Pequeños y a la vez afortunados por estar guarecidos, próximos los unos a los otros, carne contra carne, arrullados por los gritos de la vieja que preguntaba si su hija muerta hacía cincuenta años había comido.

Ya casi no se podía salir a la cubierta. El viento levantaba unas olas inmensas que arrastraban todo lo que encontraban a su paso. Una tarde, oímos cómo Faustina subía bamboleándose con su hijo. Alguien le gritó desde abajo que no lo hiciera, que era peligroso. Pero ella hizo oídos sordos. Subió seguida de una hilera de hombres y mujeres que, más que impedir que ocurriera algo, subían para ver si realmente ocurría algo. Yo, señor juez, estaba entre esos hombres y mujeres, y me avergüenzo profundamente de ello.

Faustina paseó por la cubierta con el niño. No parecía importarle en absoluto que el mar la

empapara. Tampoco al niño, que iba cobijado en un hatillo. Desde un lugar cubierto, la observábamos y comentábamos entre nosotros. Ya hacía un tiempo que pensábamos que estaba loca y nos deleitábamos observando sus extravagancias. Ya sabe usted, señor juez —y si no lo sabe se lo descubro ahora—, que no hay mayor placer para el ser humano que la desgracia ajena, y a la vista de aquella pobre mujer zarandeada por el viento, con un niño recién parido entre los brazos, nuestras propias miserias se desvanecían, o al menos perdían importancia. Buitres, señor juez: el ser humano se alimenta de miseria.

Faustina se había aproximado a la barandilla para contemplar el mar. Fue todo muy rápido, incluso ahora, a veces, tengo dudas de si una ola la zarandó y le arrancó a la criatura de los brazos. El bulto salió volando y cayó, con un golpe seco, cerca de nosotros, sobre un nudo de cuerdas. El niño empezó a berrear. Nos dispusimos a recogerlo. ¡Se lo tiene merecido!, oímos entonces. ¡Por furcia! ¡Por provocar a nuestros hombres!

Nos quedamos inmóviles y pensativos; y, a continuación, retrocedimos. El niño berreaba casi desnudo mientras las mujeres aullaban que la madre era una meiga que a todos nos tenía embrujados. Reían y blasfemaban entre la bruma y el viento, y Faustina estaba más hermosa que nunca, las greñas empapadas, la ropa pegada al cuerpo y los ojos vacíos; avanzaba hacia nosotros a toda velocidad.

¿Se ha encontrado, señor juez, alguna vez ante la tesitura de tener que elegir entre lo que le susurra el corazón y lo que le dicen los demás? ¿Se ha visto usted alguna vez atraído por el imán candente de la masa? Yo quería recoger a la criatura y, sin embargo, mis brazos y mis piernas no me llevaban hasta ella. Mis brazos y mis piernas me gritaban que me quedara quieto, riendo con los demás, criticando con los demás porque el rebaño calma y da consuelo, porque el rebaño protege del peor de todos los males: la soledad.

El barco pegó un bandazo y el hatillo se deslizó hasta el otro extremo de la cubierta. Faustina soltó un largo chiflido de disgusto, y por primera vez la vimos resollar agitada, mientras corría hacia donde estábamos. En su actitud, más que en la cara, vi algo que me turbó y que aún hoy me resulta difícil de definir: a pesar de que avanzaba hacia nosotros, entre las ráfagas de viento, estaba inmóvil. Nos pareció oír un «cogedlo, por el amor de Dios». Pero ya no hubo nada que hacer: otro golpe y el mar engulló a la criatura.

Sentí un vacío helado trepándome por los riñones. Faustina miraba hacia delante, como si ese mismo mar que acababa de arrebatarle al hijo se lo fuera a devolver en cualquier momento. Estaba allí parada, con la cabeza ligeramente inclinada, dejando que el agua se precipitara sobre su cuerpo y cayera al suelo, y ya nadie, salvo yo, la miraba. A las otras mujeres se les habían pasado los celos hace rato y estaban solo pendientes de que el mar no se las llevara a ellas. Un temblor empezó a agitar el cuerpo de Faustina, y una especie de hipido subió de lo más hondo de sus entrañas. Aún hoy, algunas noches, oigo ese lamento.

Ya apenas la vimos. Durante el día deambulaba por la cubierta, con los ojos fijos en el mar. Algo sucedía en su cabeza; se quedó muda. Incluso cuando las chinchas la enloquecían hasta volverla violenta, se revolvía, pateaba, se agitaba y se rascaba sin un gemido.

Pero espere, señor juez, que le siga contando, porque dos días después ocurrió otra desgracia aún mayor, la desgracia que usted y todo el mundo conoce. A la una y media de la madrugada, justo un poco después de que la vieja preguntara a gritos si su hija Marita había comido, el barco encalló en unas rocas. Sentimos un fuerte golpe que nos hizo saltar de nuestras literas y al rato empezamos a oír que se había fracturado el costado de babor, abriendo una rápida y gran vía de

agua. Lo que sucedió entonces me lo voy a saltar, señor juez, porque ya lo conoce usted.

Paso a contarle que, casi sin darnos cuenta, nos encontramos en una balsa salvavidas dieciséis personas: Faustina, los hombres y mujeres con los que compartía camarote, la vieja que gritaba por las noches y yo. Al principio la vieja se negó a subir a la balsa. Tuve que forcejear con ella para que lo hiciera; era incapaz de comprender el peligro que corríamos. Aunque anciana y pequeña, era fuerte, correosa. En un momento dado, se acercó mucho a mí y volvió a escupirme al oído aquello de que tenía una medalla de oro macizo colgando entre las tetas.

—Si me dejas en paz, tuya es —dijo.

Nunca supimos hasta qué punto era grave la situación en la que nos encontrábamos. Creo que cuando uno está en una circunstancia así, el cerebro analiza y, después de analizar, inmediatamente quita importancia al peligro. Cuestión de supervivencia. Casi hasta el final, a ninguno se nos ocurrió pensar que estábamos a la deriva en medio del océano Atlántico, a miles de millas de la costa.

La balsa estaba equipada con algo de comida y bebida, bengalas, tijeras, un cuchillo, un manual de supervivencia y un achicador. Salvo las raciones de emergencia y el agua, todo inútil. La vieja se hizo con las tijeras sin dar más explicaciones. Ya le digo que al principio todo iba bien. Estábamos convencidos de que en cualquier momento vendrían a por nosotros y que solo era cuestión de esperar.

Nos contentábamos con que al menos ahí no hubiera ni ratas ni chinches y le tomábamos el pelo a la vieja preguntándole si su hija había comido ya. ¡Qué íbamos a hacer si el humor era lo único que nos quedaba! Tres veces al día, la misma mujer (entonces supe que se llamaba Remedios) que se había ocupado de hacer la sopa cuando estábamos en el camarote, repartía un trozo de chocolate, un puñado de cacahuets y una sardina. Faustina miraba hacia delante, en silencio. A veces comía, otras no.

A los tres días, se acabó la comida. Al cuarto día, se acabó el agua. Por entonces muchos teníamos ya la piel ampollada por el sol. La vieja amenazaba con beber agua de mar si no le daban otra sardina, y algunos opinaban que era mejor arrojarla al agua. Para saciar el hambre, probamos de todo: masticar la suela del zapato, chupar la ropa mojada, roer los bordes de la balsa. Intentamos cazar las escasas aves que nos sobrevolaban, aunque sin éxito. En un momento dado, oí cómo la vieja le susurraba a otro hombre, inclinándose un poco hacia él de manera confidencial, que tenía una medalla de oro macizo colgada entre las tetas.

Nadie se había atrevido a llorar hasta que un tipo lo hizo por primera vez. Al amanecer del quinto día, sin nada que llevarnos al estómago y una sed que nos impedía tragar, escuché cómo aquel hombre decía que íbamos a morir. Primero lo dijo en bajo, creo que sin intención de que nadie más lo oyera. Luego, poco a poco, empezó a elevar el tono, y, entre palabra y palabra, comenzó a llorar. Emitía hipidos y sollozos desoladores. Nadie tenía ya fuerzas para consolarlo, ni siquiera para mandarle callar.

El hombre estuvo todo el día así. Hasta que por fin, al caer el sol, la mano de la vieja se despegó bruscamente del regazo y le clavó las tijeras en un costado. El hombre la miró atónito y dejó inmediatamente de llorar. La vieja aprovechó entonces para propinarle un nuevo golpe, y luego otro más. Entre tijeretazo y tijeretazo, el hombre mantuvo la mirada de asombro clavada en la de la vieja. Ella siguió asestando golpes y golpes —al subir y bajar, las manos eran blancas y pecosas— hasta que alguien le arrebató las tijeras. Nos quedamos mudos. El *¡chop chop!* de la balsa sobre el agua era lo único que se oía. Eso y la respiración cavernaria del hombre, honda y

áspera. Al sexto día murió.

En medio de una niebla lechosa, a eso de las dos o las tres de la madrugada, distinguí la figura de mi mujer sentada en el borde de la lancha. Sonreía y estaba bellísima, con el cabello suelto sobre los hombros y la lozanía de cuando la conocí. Tenía una cesta de mimbre colgando del brazo. Me preguntó si estaba bien, y yo le contesté que sí.

—Pues vamos de paseo —me dijo cogiéndome de la mano—. Te traje una tortilla de patata con mucha cebolla, como a ti te gusta, y una botella de vino.

Fuimos hasta un prado cercano a nuestra casa, plagado de dientes de león y amapolas, por donde pasaba un río, y nos tumbamos bajo un roble. Soplabla una brisa refrescante, las manchas de sol corrían sobre la hierba, yo acariciaba el cabello de mi mujer y ella se disponía a cortar la tortilla.

Me desperté con el sabor de la cebolla en la boca cuando escuché que alguien decía que teníamos que lanzar al muerto por la borda. Surgió entonces una violenta discusión entre los que no queríamos tirar al hombre al mar porque teníamos la esperanza de que pronto nos rescatarían, y podríamos darle cristiana sepultura, y aquellos a los que les producía terror tener un muerto junto a ellos. Unos tiraban del cuerpo hacia un lado; otros hacia otro. En medio de esa pelea, Faustina seguía inmóvil, esquivando con un leve movimiento de hombros las figuras que forcejeaban, como si todo aquello no fuera con ella. La cabeza y el tronco del muerto estaban ya prácticamente en el agua, cuando los que lo empujaban se detuvieron. Entonces me giré, lentamente.

La vieja, que había cazado un polluelo de gaviota sin decir nada, se lo metía en la boca a escondidas, como una niña que se come un caramelo y no quiere que sus padres la pillen. Primero sonrió, tal vez por el asco, luego arrugó la cara en un gesto de dolor. Sin apenas masticar —se oyó un leve crujido de cartílagos y huesos— vimos como el animal descendía lentamente por su gaznate, mientras toda ella se echaba hacia atrás, para hacer sitio en el estómago. Su boca, contraída en una mueca, emitió entonces un eructo estremecedor. Unos cuantos plumones le quedaron pegados al labio, bajo la nariz afilada y los ojos de mirada bobalicona y ahíta. Al ver aquello pensé que ya no podía ocurrir nada peor; una vez más, me equivoqué.

Aunque estaba muy cansado, apenas sí podía conciliar el sueño. Tenía en la cabeza el crujido de los huesos de la gaviota (¿o era el sonido del hambre?), la visión de las plumas asomando entre los dientes amarillos de la vieja, el silencio del resto de los naufragos. Tan solo día y medio después, observé que un hombre y una mujer cuchilleaban sobre el muerto. Ella tenía el cuchillo del equipo de salvamento en la mano y él separaba el lóbulo de la oreja para que el corte fuera más fácil. Miré a mi alrededor. Todos, salvo Faustina, que también observaba con los ojos muy abiertos, dormían. Pegué un brinco. Me puse en pie. ¿Qué hacéis?

La mujer me indicó con un gesto de la mano que bajara la voz. Luego dijo algo que no olvidaré en mi vida. Dijo:

—Es solo una oreja. Nos saciará el hambre.

Por primera vez en toda la travesía, me revolví. Comencé a gritar y el resto se despertó. El hombre y la mujer estaban empeñados en cortar la oreja pero se lo impedimos. Forcejeamos sobre el muerto tratando de hacernos con el cuchillo. Al final se lo arrebaté. Éramos gente humana y no íbamos a comernos al prójimo. Luego di orden de lanzar el muerto al agua.

Por la noche, la vieja reanudó su lamento. Estábamos exhaustos, desesperados y asqueados por lo que había ocurrido. Una mujer la golpeó con un puño en la cabeza para que callara, aunque aquello no hizo más que azuzarla. Lloraba y gritaba que su hija no había comido y que quería una

sardina para ella. ¡Haberla convidado a gaviota!, le gritó alguien. Por fin, le tomé una mano y le dije que, cuando saliera el sol, le daríamos una sardina para su hija. Se tranquilizó y me quedé dormido junto a ella.

Pero al día siguiente, no estaba junto a la vieja. Amanecí junto a Faustina, apoyado en su regazo. La lancha se mecía suavemente y al levantar los ojos y encontrarme con los suyos, me asusté. Quise incorporarme pero ella me apretó la cabeza contra su pecho. Su aliento olía a canela y almendras.

¿Sabe usted, señor juez? Hay un momento en que uno deja de tener miedo de morir y entonces, inmediatamente, empieza a tener miedo de *no* morir. Porque morir no es fácil. Morir es mucho más difícil que no morir. Nos dábamos cuenta de que incluso ahí, en medio del océano, la muerte requería un empeño superior a nuestras fuerzas.

Y la vieja nos volvía locos. El hambre, la sed y el miedo a la muerte no eran nada comparados con sus aullidos desoladores y los violentos arrebatos que al final siempre terminaban en llantina. Lo intentamos todo. A veces, si yo le hablaba de su hija Marita se calmaba un poco. Le decía que Marita había comido y que estaba dormida en su cuna. Pero al rato volvía con sus lamentos, que se prolongaban durante casi toda la noche, al tiempo que se mecía y sacudía la cabeza, hasta que se quedaba ronca o caía exhausta. Una mañana, dormimos más de lo habitual. Nos despertó el silencio, y al abrir los ojos nos dimos cuenta con estupor de que la vieja no estaba en la lancha.

Se habría lanzado al agua, sin duda era eso. Por primera vez en diez días, un murmullo débil se elevó entre nosotros. Sí, se habría lanzado ella sola al agua, al agua, al agua. Hasta que de pronto, las palabras de Faustina, *yo, vieja*, las palabras que jamás debieron salir, *por el bien*, las palabras que hicieron que ahora esté encerrada, *de todos*, privada de su libertad por haber cometido un asesinato, *al agua*, acallaron nuestro ronroneo:

—Yo arrojé a la vieja, por el bien de todos.

Remedios se puso en pie como un resorte. Creo que esperaba ese momento, el momento de la venganza. Bamboleándose entre nuestros cuerpos y poniendo la vida de todos en peligro, avanzó hasta donde estaba Faustina, la tomó por el cabello, la atrajo hacia sí y luego le rodeó el cuello con las dos manos: ¿Dónde está la medalla de oro?, ¿eh? ¡Tiraste a la vieja al mar para quedarte con su medalla de oro!, ¿o es que te crees que eras la única en saberlo? ¡Ladrona! ¡Asesina! Cayeron las dos sobre los demás, forcejeando. Remedios tiraba del corpiño con fuerza, en busca de la medalla y ella se defendía lanzando arañazos. Dos hombres más también buscaban la medalla de la vieja, que no apareció por ninguna parte. Hasta que, al final, quedaron exhaustos sobre el suelo de la lancha.

A la mañana siguiente, volví a aparecer con la cabeza en el regazo de Faustina: ya no me daba miedo estar ahí, en ese hueco cálido. Instintivamente, giré la cabeza y busqué uno de sus pechos. Sin dejar de mirar al mar muy azul, ella misma me abrió el corpiño. Durante un rato permanecí así, aspirando su olor, sintiendo los pausados latidos de las venas de su cuello, el erecto pezón rozándome los labios. Los otros náufragos tirados en el suelo, encogidos bajo las mantas o recostados contra la pared miraban con estupor.

Fue presionar el pezón con mi resquebrajada lengua y un hilo de leche comenzó a manar, violentamente. Succioné durante cinco o diez minutos, hundiendo las mejillas. En un momento dado, al levantar un poco la cabeza para tomar aire, el líquido, que seguía fluyendo, me inundó el ojo. Sentía la leche tibia aliviando mi garganta reseca y mi estómago vacío, y entonces dirigí la vista hacia Faustina. Por primera vez desde que había perdido a su hijo su gesto se relajaba y sus

facciones se tornaban más dulces: vi cómo sus ojos volvían a buscar en el mar. Luego ella me apartó la cabeza con suavidad.

Entonces, sin que nadie dijera nada, como si todo aquello ya estuviera hablado, o tal vez impreso en nuestros agotados corazones, se acercó otro hombre. Se arrodilló junto a Faustina, apoyó la cabeza contra su pecho y comenzó a mamar del mismo modo que había hecho yo, y del mismo modo que hicieron todos los restantes náufragos, hombres y mujeres, uno por uno, durante los dos días más que tardaron en rescatarnos.

El hambre, señor juez, es algo parecido a la culpa; el ratón que roe la conciencia o la termita que carcome la madera. Es una voz en la que resuenan mil voces y a la que se atribuyen muchas cosas: vergüenza, dolor y cólera. Pero lo más importante del hambre es su tenacidad. El hambre, como la culpa o como el mar, no duerme nunca.

¿Ha oído usted alguna vez cómo suena?

# MATILDE

El dolor no tiene voz pero cuando encuentra una, comienza a contar una historia.

ELIANE SCARRY

Una vez le pregunté a mi madre si había visto morir a alguien. Me contestó que había visto morir a un hombre: su abuelo. Su abuelo estaba subido en el techo de la casa, retejando, cuando resbaló y cayó al suelo.

—Le reventaron las tripas —dijo mi madre—, y quedó todo el suelo salpicado de un líquido verde. Todavía me acuerdo.

Unos días después, mientras limpiaba las fanecas que había traído mi padre, mi madre se quedó inmóvil, los bordes rojos de las manos apoyados sobre el cubo a rebosar de sangre y vísceras, la cabeza gacha; resollaba, como hacía últimamente. Le pregunté si estaba bien. Alzó la mirada y me dijo que sí, aunque estaba muy pálida. Poco después, cuando ya estaba enharinando el pescado, me dijo que también, una vez, había *oído* morir a una niña. Le pedí que me contara como era eso de *oír* morir, y entonces me dijo que la niña era muy pequeña, y que no me podía contar nada más porque el ruido no se puede explicar con palabras. La oí morir y ya está, me dijo girándose para que no le viera la cara.

Pero yo ya la había visto y me pareció que tenía los ojos húmedos y brillantes, como cuando pica la cebolla.

Ahora estoy aquí en los lavaderos del monte, con la gallina, pensando que aquel día, al pedirle que me contara un secreto, mi madre, sin darse cuenta, me estaba revelando otro que yo hubiera preferido no conocer jamás. También pienso que el ruido sí se puede explicar. El ruido es igual que un dolor. Un dolor de garganta, de esos que le entran a uno cuando tiene un nudo y no quiere llorar por vergüenza a que lo vean.

Me he traído muchas latas de sardinas vacías. Las lleno de ratones muertos, piedras, tierra, pis y otras cosas venenosas, las cierro con la tapa, las pongo en fila y juego a las tiendas. Mi padre no me deja jugar con las latas porque dice que son como ataúdes, pero a mí me gusta y creo que a la gallina también.

Ahora subo solo al monte con la gallina. Antes, cuando era muy pequeño, venía con mi madre. Al amanecer se colocaba el fardo en la cabeza y salíamos de la casa. Por entonces no tenía el corazón agotado y respiraba con mucha calma, como los árboles y las nubes. Al caminar muy erguida entre los pinos, le temblaba un poco la barbilla.

Los lavaderos están en un claro del monte. A mí me dejaba por ahí, y mientras abría el fardo, siempre decía lo mismo. A las otras lavanderas les contaba que en esas sábanas aún sentía palpitar la noche de los ricos: la noche que ella borraba cada día frotando con la pastilla de jabón. Yo corría de un lado a otro, escuchándola; no entendía aquello de las sábanas y la noche de los ricos, pero me gustaba estar allí.

Luego empecé a ir a la escuela y ya no subí más al monte.

El primer día que me llevó mi madre, con la mochila y el abrigo, fue un día extraño. Las aceras, teñidas de humedad, reflejaban las luces de los faroles encendidos que proyectaban alargadas sombras. Yo tendría cuatro o cinco años. ¿Y de qué me sirve ir a la escuela?, le pregunté a mi madre, inmóvil junto a la puerta, porque a mí lo que de verdad me apetecía era subir al monte. Ella se me quedó mirando fijamente, no con rabia, ni siquiera con enfado, simplemente asombrada de la pregunta: Para que no te engañen en la vida, me contestó. Y yo dije: ¿Y qué hago si no estás aquí por la tarde? Y ella dijo: Estaré. Luego entré en la escuela pisando fuerte, me detuve unos instantes y, antes de desaparecer por el pasillo, me di la vuelta. Adiós, dije. Y esa fue la primera vez que pensé, sin darme cuenta, que dolor y ruido son una misma cosa.

El pueblo es una espina de pescado. Una calle principal más ancha y callejuelas a ambos lados. Paralela a un mar muy encrespado con olas de ocho metros en invierno, serpentean la carretera provincial coronada por la fábrica de conservas y un puñado de casas revestidas de azulejos de colores. Al fondo está la escuela y también la iglesia.

El invierno siempre era duro, sobre todo en el monte. En los lavaderos la humedad y la sosa corroían los huesos y el frío entumecía las manos. Para que no salieran sabañones, por las noches mi madre las sumergía en zumo de limón.

Menos mal que luego llegaba el verano. Croar de ranas y días tibios. Las horas pasaban lentas, interminables. En julio y agosto bajábamos a la playa a merendar fruta y bocadillos. Las mujeres paseaban por la orilla con un pañuelo negro atado a la cabeza y las faldas remangadas sobre las pantorrillas, refrescándose el pecho y los brazos, gritándonos a los niños que no nos alejáramos mucho. El sol arrancaba destellos rojos del agua, y bajo la arena muy caliente bullían las pulgas grises. Yo coleccionaba conchas. Las tenía de todos los tamaños y colores, escaramujos, navajas. A veces, cuando mi madre se iba a acostar, le dejaba una nueva sobre la cama. Al principio le gustaba y siempre me buscaba para abrazarme y darme las gracias; luego, cuando empezó a respirar mal, ver la concha sobre la cama la hacía llorar, así que dejé de hacerlo.

A finales del verano venían las fiestas del pueblo. El pregón, la coronación de las reinas y las damas, la *sardiñada* del sábado, seguida de la misa. El domingo era el día más grande; dornas y barcos de todos los tamaños y colores salían al mar en procesión con la Virgen hasta la altura de A Meixida. Entre ellos estaba mi padre, con una sonrisa de oreja a oreja, haciendo sonar la bocina mientras mi madre y yo agitábamos los brazos desde la orilla. A la vuelta, esperaban los *gaiteiros*, y las mozas giraban al son de las muñeiras. Una vez hecha la ofrenda floral, volvíamos de nuevo al muelle del pueblo y tomábamos de todo: pulpo, pimientos de Padrón, tazas de vino, rosquillas. Al oscurecer, mis padres bailaban muy abrazados en la verbena, la cabeza de mi madre apoyada sobre el hombro de mi padre; al verlos, me entraban infinitas ganas de crecer.

Luego llegaba septiembre y los niños volvíamos a la escuela, a los cuadernos, a los lápices y a los libros. A mí me gustaba lo que hacíamos allí, aunque nunca comprendí que la escuela sirviera para que no te engañaran, como me había dicho mi madre. Enseguida aprendí a leer y, como el maestro veía que tenía facilidad, me prestaba libros. Muchos eran de aventuras, otros de

historia, pero los que me gustaban de verdad eran los de poesía, porque hablaban del amor y de la soledad, cosas así. Como dice el maestro, nunca se sabe muy bien qué dice el poeta porque el poeta siempre habla de sí mismo.

Pero ahora aquí solo, en el monte, todo eso me parece muy lejano y ya no me apetece leer. Prefiero rellenar las latas de tierra y de pis, y que la gallina me indique con su pico si quiere mantequilla, azúcar o berzas para un caldo. Me hace reír, la gallina.

Desde que mi madre cayó enferma, comenzó a lavar lo todo. Pero no era lavar como antes. Ya no subía al monte a charlar y a reír con las otras mujeres mientras frotaba la noche de los ricos, sino que se quedaba en casa. A veces tenía encargos y le traían ropa en cestones, sábanas grandes, manteles y servilletas de restaurantes, aunque cada vez menos, y casi siempre acababa lavando nuestra ropa. Una y otra vez, hasta que le sangraban las manos y mi padre se enfadaba.

Mi padre se enfadaba y le gritaba que no le lavara más la camisa, que ya estaba limpia y que se la iba a desgastar con tanto lavado, que lo que tenía que hacer, lo que tienes que hacer, Matilde, es meterte en la cama a descansar, ponerte buena y no pensar. Pero ella no quería meterse en la cama a descansar y menos dejar de lavar para no pensar.

Fue entonces cuando empezó a pedirme que fuera a recoger la ropa de don Carlos, el médico. Me decía muy agitada que era soltero y que ese criado suyo que tenía seguro que no se ocupaba de lavarle la ropa. ¡Qué atento fue con nosotros! Sí, ¡y qué detalle el de no querer coger nuestro dinero!... Mi padre la escuchaba en silencio, cabizbajo, y yo iba a la casa del médico con un cestón vacío y volvía con las camisas, los jerséis, los calzoncillos y los calcetines sucios del médico. Al ver toda esa ropa junta, mi madre decía que ahora se daba cuenta de que no le había agradecido lo bastante al médico su generosidad cuando sucedió aquello.

Mi madre frotaba cada vez con más ímpetu y las burbujas de jabón subían y flotaban por la cocina. Sucia. Lavar, blanca, jadeaba con los ojos extraviados. Retorcía una y otra vez las camisas, los calzoncillos, las sábanas del médico hasta dejarlos immaculados. Ahora me doy cuenta de que lavar era el trabajo del odio.

Mi padre la miraba, abría la boca como para hablar pero luego callaba.

Desde que mi madre cayó enferma, iba con la cabeza gacha a todas partes. Por la noche no podía dormir y deambulaba por la casa.

Entraba lentamente en la habitación y decía: Matilde, yo..., y luego se quedaba callado. Siempre lo mismo. Se acercaba temblando, abría la boca: Mati, yo debí de..., y luego callaba. Pero no importaba. Yo sí que hablaba con mi madre y podía cuidar bien de ella. Además, podía limpiar, hacer la compra y la comida. Cuando tenía que lavar la ropa salía fuera, pues el sonido que hacía al frotar contra la tabla de madera sonaba muy triste, como el sollozo de una niña.

Mi madre cada vez dormía más, mi padre estaba en la taberna y yo leía y leía. No pensaba que los poetas hablaran de sí mismos, como decía el maestro, sino que más bien pensaba que los poetas hablaban de mí. Me decían cosas y yo ascendía desde un pozo que tengo dentro, desde la oscuridad de esos días, a un mundo luminoso donde veía gente y cosas como si fueran árboles, pero caminando.

La cara de las personas dormidas habla de muchas cosas. Mi madre dormida hablaba de la fiesta de la Virgen, del pulpo y de las rosquillas, del baile de la verbena con mi padre, o tal vez hablara de viajes que no había podido hacer y que ya no haría. Soñar es otra cosa. Yo estaba convencido de que soñaba conmigo. Conmigo y con *nadie más*.

De vez en cuando venían vecinos a dejarnos comida. Una olla con cocido. Sopa. Arroz con leche. Pero nadie se atrevía a entrar en la habitación. Un día vino una de las lavanderas y gritó desde la puerta: Mira, Matilde, dejo esta gallina. Os hará un buen caldo. Y ahí se quedó la gallina.

Ninguno de los dos tenía intención de hacer un caldo, así que la gallina campó a sus anchas por la casa. Yo hubiera preferido que fuera un gato o un cachorro de perro, pero, en cierto modo, la gallina también hacía compañía. Iba de un lado a otro cloqueando y las fragancias a corral daban contra nuestras narices. Al principio mi padre no le hizo mucho caso. Pero, poco a poco, empezó a fijarse en ella. Se la ponía en el regazo y la gallina palpitaba quieta, mirándolo todo con esa mirada estúpida que tienen las de su especie. Mi padre la acariciaba, le metía maíz por el pico y, al verlo descender por el gástrico, se reía. Soltaba una carcajada que acababa en alarido. Era un alarido mitad de horror, mitad de triunfo, como solo puede brotar del silencio.

A punto de morir mi madre, mi padre quiso decirle muchas cosas. Lo que pasa es que, a veces, la pena es muda. Seguía acercándose a la orilla de la cama, abría la boca y «Mati, yo...», y entonces nada. Todas aquellas palabras se quedaban sin salir, como el pus que se queda dentro e infecta las heridas. Cuando por fin murió mi madre, él se encerró en la casa.

Se sentaba en una silla, junto a la cama en la que mi madre había pasado los últimos meses y decía que seguía viéndola. No solo la sigo viendo como la que era, me decía, sino como la que es: tumbada en el ataúd bajo tierra, el cuerpo aún intacto, con las uñas y el pelo creciéndole. La muerte, decía, no se marcharía de esa casa hasta que él pudiera decirle a mi madre todo lo que le tenía que decir.

Cada vez pasaba más tiempo con la gallina. Un día llegué del colegio y lo encontré parlotando con ella. Lo llamé, pero estaba tan metido en esa extraña conversación que no me oyó.

—Nos abrió el criado del médico, ¿te acuerdas? Ese bobo sumiso —decía y, por primera vez, en su cabeza, las palabras parecían ponerse en fila, una detrás de otra—. Un momento, contestó el criado después de que le explicáramos que nuestra hijita estaba muy enferma. La alcoba del médico estaba en la planta baja y, a través de la verja, lo vimos sentado sobre la cama, desayunando. Sobre sus piernas, una bandeja de plata con chocolate y bizcochos. Intercambió unas palabras con el criado. Y entonces este volvió a salir. Dice don Carlos que si tienen ustedes dinero para pagarle, dijo. Y tú rebuscaste en el delantal y le extendiste dos billetes manoseados. No es mucho, pero le pagaremos el resto. El criado volvió dentro. Salió al cabo de unos minutos. Tiró los billetes al suelo y dijo que lo sentía pero don Carlos había tenido que salir a atender a otro enfermo.

—¡Papá! —le grité para sacarle del ensimismamiento.

Pero él seguía acariciando a la gallina, los ojos fijos en su cogote:

—Y yo no hice nada. Fui un cobarde, perdóname. ¡Perdóname, Matilde!

Porque ahora la gallina tenía nombre, se llamaba Matilde, como mi madre. Como mi hermana muerta.

Con el tiempo mi padre perdió interés por la gallina. Volvió a trabajar y por las tardes iba a la taberna. Se le veía tranquilo, en paz consigo mismo, aunque en sus ojos parpadeaba una llama. El dolor refulgía en ellos. Era el mismo dolor con el que me había hablado mi madre de la muerte de esa niña y por el que él (y también yo) somos incapaces de llorar. Aunque dolor y ruido sean una misma cosa.

Ahora estoy aquí en el monte, con la gallina. A mi padre no le gusta que juegue con las latas

porque dice que son como ataúdes, pero a mí me da igual.  
Es muy silenciosa, la gallina.

## ENTERRADA

Al atardecer, cuando las sombras empezaban a caer, la abuela salió de la casa con el bolso, caminó arrastrando la pala hasta adentrarse en la fraga, buscó un claro, palpó el suelo, cavó un hoyo profundo y vertical, se desnudó de pies a cabeza y se enterró hasta las axilas. Quedó así durante más de una hora, gozando de la humedad de la tierra contra la piel y sintiendo en su mejilla la caricia áspera de las hojas que el viento barría a ras de suelo.

De pronto oyó:

—¡Aquí está!

—¿Dónde?

—Aquí.

Eran su yerno Federico y su hija, que habían salido en su busca.

—¡Salga de ahí, abuela! —dijo él al llegar a donde estaba, los brazos en jarros, mientras contemplaba la falda, la camisa, las bragas, el sostén y las medias esparcidas por el suelo—. ¿Se puede saber qué hace ahí? Ya sabía yo que iba a estar metida en un agujero.

Su mujer, que venía corriendo unos cuantos metros por detrás, se detuvo en seco. Recogió toda la ropa del suelo, la sacudió, se la colgó de un brazo y se puso en cuclillas junto a ella.

—¡Sal de ahí, mamá! —le dijo con tono dulce—. Llevamos casi una hora buscándote por todas partes.

—Salga, Faustina, salga —repitió Federico—. En buena hora se le ocurre a usted meterse en ese agujero, como si no tuviéramos ya bastante con el entierro del abuelo. Dentro de unas horas llegarán sus otras tres hijas. ¿Acaso se quiere ir con él? ¿No se acuerda usted de la última vez? ¡Casi se asfixia porque no la podíamos sacar!

—Déjala, Federico. Está afectada.

—¿Eh? —prosiguió él haciendo oídos sordos— ¿No recuerda que tuvo que venir una máquina excavadora a sacarla de otro de sus agujeros?

La abuela fijó la mirada en el tronco de un castaño:

—Hay recuerdos que mienten —contestó.

—No empieces, mamá —exclamó su hija—, sube, te digo que subas.

La anciana se acercó el bolso, lo abrió, sacó un rosario y lentamente lo enrolló entre sus dedos, nudosos y artríticos.

—Marchaos, ahora voy a rezar —dijo.

—A rezar. —Rió el yerno, dirigiéndose a su mujer—. ¡A rezar! ¡Pero si no ha rezado en su vida!

Desnuda ante el silencio oscuro de la tierra, Faustina apretó los labios y comenzó a murmurar.

—¿No rezan algunos al cielo? —preguntó cuando hubo concluido un avemaría.

—Pues claro —respondió la hija—, pues claro.

Faustina miró a su yerno de reojo.

—Pues yo rezo al infierno —añadió.

La hija se puso en pie.

—Está visto que no va a salir —le dijo a su marido—. Lo de mi padre le debe de haber afectado más de lo que pensábamos. Aunque no lo parezca, estaban muy unidos. Han sido más de cuarenta años juntos.

—Lo de tu padre no tiene nada que ver. ¿No te acuerdas del rollo ese que nos contó la última vez que se enterró? —Miró hacia su suegra—. ¿Qué pasa, que si no se entierra también esta vez se la llevará el mar? Yo no vuelvo a llamar a la excavadora, menudo bochorno.

—Nadie te ha pedido que llames a la excavadora. Y no seas tan cruel. Habría que ver cómo reaccionarías tú después de sobrevivir a un naufragio. Bastante tiene con haberlo vivido. —La hija volvió a inclinarse para hablar con su madre—. ¿Respiras bien, mamá? ¿No tienes frío?

Pero no hubo respuesta.

—Deberíamos dejarla ahí. Cuando sienta frío o hambre de verdad, ella misma pedirá que la saquen a gritos —le dijo el hombre a la mujer.

—No tienes corazón —contestó esta, que seguía atenta a los movimientos de su madre. Y volviéndose hacia él—: ¿No ves que está triste? ¡Papá murió hace solo veinticuatro horas! ¡Los hombres no tenéis ni un pelo de psicología, no sabéis nada de nosotras! ¡Nada! Mamá, ¿respiras bien?

Faustina abrió los ojos.

—Quiero que venga un cura —dijo.

La mujer y su marido se miraron entre sí, atónitos.

—¿Un cura? —A Federico le salió un gallito—. ¿Y desde cuando quiere usted tratos con los curas?

—Necesito quitarme este peso de encima —dijo la abuela—. Traedme un cura. Quiero confesar.

—¡La tierra es lo que tiene que quitarse de encima! ¡Salga de una vez y verá cómo se le quita el peso!

La hija le acarició una mejilla.

—Si te traemos un cura, ¿saldrás de ahí, mamá?

La abuela cerró los ojos y asintió.

—Federico, vete a buscar un cura.

—¡Ni lo sueñes! —contestó Federico—. Ya tuve bastante con ir a buscar la excavadora aquella vez, *ipuauff*, qué vergüenza! ¿Podría usted venir hasta el bosque? Es que mi suegra está enterrada. No... no está muerta. Se entierra ella, de vez en cuando, es que sobrevivió a un naufragio tremendo, ¿sabe usted? Sí, sí, solo sobrevivieron ella y unos cuantos más, pero cada vez más a menudo tiene pesadillas y visiones. Le da por decir que si no se entierra, la engullirá el mar. Y ahora un cura. ¿Qué van a pensar de nosotros? ¡Que somos idiotas! ¡Que la vieja nos tiene dominados! Mira, yo no voy a buscar a un cura ni aunque me ahorquen aquí mismo.

Tres cuartos de hora después, Federico estaba allí con el cura. Los dos tenían las mejillas

encendidas por la carrera.

—Señora —dijo este al ver a Faustina—. ¡Pero, señora!, ¿qué hace ahí?, ¿se ha vuelto loca? ¡Va a coger una pulmonía!

La hija, que seguía sentada junto a la cabeza de su madre, se puso en pie. Empezaba a anochecer, hacía frío y, al verlo llegar, se sintió aliviada.

—Dice que quiere confesar —explicó al cura—, dice que no sale del agujero hasta que no confiese. —Se retorció las manos sobre la falda manchada de tierra—. Mi padre murió ayer, repentinamente... Ha sido todo muy inesperado. Solo estaba un poco resfriado, con un poco de tos. De pronto se puso a temblar y al rato se murió.

—Con la gente mayor es lo que pasa —contestó el cura—. Cualquier tontería es lo que acaba llevándoles a la tumba.

—Nadie se lo esperaba —dijo la mujer, negando con la cabeza—, y menos ella. Está muy afectada.

Federico comenzó a reír.

—Pero ¿de verdad crees que tu padre le importaba una mierda?

Con un crujido de huesos, el cura se arrodilló junto a la anciana, que parecía dormida. Enterrada hasta las axilas, tenía los brazos extendidos sobre la tierra, las manos inertes, enredadas entre las raíces de los árboles que serpenteaban por la superficie como las venas rojas de unas manos viejas.

—¿Cómo se llama? —dijo el cura dirigiéndose a su hija.

—Faustina —contestó esta.

El cura tomó a la anciana de una mano. Esta no se inmutó.

—Tiene las manos heladas. Tenemos que sacarla de aquí enseguida o se va a congelar. ¡Faustina! —le gritó—. ¿Está usted ahí? ¿Me oye?

Era un cura gordo y bajo, con olor a ropa guardada y a cura. Cuando Federico fue a buscarlo, lo encontró sentado a la mesa, frente a un par de huevos fritos con chorizo, la servilleta atada al cuello y a punto de empezar a cenar. Tuvo que decirle que su suegra se estaba muriendo para que viniera con él. No le dijo que se había enterrado en medio del bosque.

—¿Me oye, Faustina?

Por fin la abuela abrió los ojos.

—¡No me grite! —dijo—. Ya lo oí. —Y mirándolo de arriba abajo y soltándose de la mano—: ¿Es usted el cura?

—Soy.

Dirigió la vista hacia su yerno:

—¿No había otro mejor?

—¡Mamá! —dijo su hija.

—Quiero confesar.

—¿Saldrá de ese agujero si la confieso? —dijo el cura.

—Saldré.

—Hable, pues.

La anciana miró a su hija de reojo. Chasqueó la lengua contra los dientes. De pronto dijo:

—Verá. No fui una buena mujer para mi esposo.

El cura, que seguía de rodillas, se dejó entonces caer contra el trasero. Suspiró un poco.

—Mujer, por lo que tengo entendido, le dio usted cuatro hijas... Eso solo ya es una bendición.

—Le fui infiel —le cortó Faustina.

—¡Lo que nos faltaba! —resopló Federico.

—¡Cállate! —le dijo su mujer—. Al menos quiere confesar. —Y mirando a su madre—: No pasa nada, mamá. Cuéntaselo al cura. Has tenido que vivir demasiadas cosas. Él te dará la absolución. —Y dirigiéndose al cura—: ¿Sabe que se le murió un bebé recién nacido en el naufragio?

—Hable, Faustina. No se preocupe. El Señor la perdonará. Dígame, ¿tuvo usted un amante?

Faustina se acercó el bolso. Lo abrió, metió el rosario y lo volvió a cerrar.

—Sí —contestó.

—Bueno, pues yo la absuelvo. No se preocupe, son cosas que pasan. No le digo que esté bien, pero un desliz lo tiene cualquiera, no es usted la primera ni la última, señora. Se lo digo yo que oigo muchas confesiones al cabo del día. Ahora, salga de ahí. Entre los tres vamos a tirar de usted, ¿le parece? —El cura miró la hora en su reloj de pulsera.

—No —respondió Faustina.

—¡Tiene que salir! —dijo Federico, cada vez más irritado—. Fui a por el cura, el cura la acaba de absolver y usted prometió que saldría del agujero. ¡Ahora tiene que salir! ¡No podemos estar aquí toda la puta tarde!

—Hay más —añadió entonces la abuela—. He sido una cerda.

La hija quedó inmóvil durante unos segundos. Tenía la frente fría y, sin embargo, sentía correr agua hirviendo a lo largo de su columna vertebral.

—Yo también te perdono, mamá —se le oyó decir con la voz cada vez más quebrada—. Venga, ahora tienes que salir.

—No fue un desliz sino muchos, pero yo solo quería que me hicieran caso —dijo la anciana. Y mirando a su hija—: Tu hermana María.

—¿Sí? —La hija estaba pálida, y ahora le temblaba un poco la barbilla.

—Es hija de otro.

El cura, aterrorizado, hizo la señal de la cruz.

—No pasa nada —dijo la hija. Un dolor agudo se apoderó de sus rodillas, como si se le hubiesen roto.

—¡Que no pasa nada! —chilló Federico—. Pobre María. Y usted, ¿toda la vida haciéndonos pensar que era una santa entregada a la casa y a su marido? ¡Toda la vida haciéndonos pensar que el malo de la película era él! ¿Por qué no se lo ha dicho antes a sus hijas?

—Yo te perdono, mamá. Te quedaron muchas secuelas de... aquello, y es comprensible. Ahora, sal de ahí.

Una ráfaga de viento despeinó a la anciana. Ella se sopló un mechón que le caía sobre los ojos. A lo lejos se oyó ladrar a un perro.

—No puedo. Aún hay más. Yo solo quería tener a un hombre que me entendiera, alguien con quien reír, con quien tomar una Fanta por las tardes. Estaba muy sola.

El cura se quedó mirando hacia un punto indefinido del paisaje. Federico movió la cabeza de izquierda a derecha. La hija dijo:

—¿Qué más hay?

—Tu hermana Magdalena.

—¿Tampoco es hija del difunto? —dijo Federico girándose para mirarla.

—No —dijo su suegra.

El cura renegó con la cabeza. A la hija se le inundaron los ojos de lágrimas.

—¡Te lo dije! —exclamó Federico dirigiéndose a su mujer—. ¿Te acuerdas que una vez te dije que Magdalena no se parecía nada a tu padre? ¡Te lo dije! ¡Te lo dije y me dijiste que dejara de decir gilipolleces! ¿Te acuerdas?

—¡Cállate, Federico! ¡Cállate ya! —contestó su mujer—. ¿Te crees que por haberte fijado en eso...? Nunca te enteraste de nada de lo que pasaba, ni en la casa de mis padres ni...

—Yo solo quería que me hicieran caso —interrumpió entonces Faustina—. Mi marido no me hacía caso. Yo solo quería a alguien con quien ir al cine y merendar en las tardes de lluvia. Alguien que me dijera qué guapa estás hoy. Alguien que me escuchara.

—Pues algo más que merendar, ir al cine y hablar haría usted...

—¡Cállate, Federico!

El cura volvió a hacer la señal de la cruz en el aire.

—Venga, señora Faustina. Se acabó. Salga usted de ahí o cogerá una pulmonía. ¿Quiere usted irse detrás de su marido?

La abuela frunció un poco la nariz. Luego miró a su hija:

—¿Te acuerdas de aquel señor que venía por casa? Aquel periodista de *La Voz de Galicia* que sacó el reportaje del naufragio...

—Me acuerdo —dijo la hija con la voz temblorosa. Una ola de tristeza atravesaba sus ojos.

—Es el padre de tu hermana Luisa.

—¡Toma ya! —gritó Federico, añadiendo con tono sarcástico—: ¿Así que con el periodista se tomaba usted las Fantas?

La anciana negó con la cabeza.

—El periodista me escuchaba. Bebíamos una botella entera de vino, me besaba el cuello y luego me empotraba contra la pared.

Se hizo un silencio general. Un relámpago de sangre y de rabia cruzó por los ojos de la hija.

—El de María y el de Magdalena es otro. Tú no te acordarás, claro, porque no habías nacido. Pero una temporada, yo no hacía más que llevarlas al dentista. Llevaba a las niñas con la excusa de que tenían caries tan solo para que pudieran ver a su padre, el dentista.

La hija salió de la pesada nube que envolvía su cabeza y, sin darse cuenta, se encontró doblando la ropa de su madre.

—Pero eso no es todo —oyó de pronto.

—No quiero oír más —dijo la hija.

—*Ego te absolvo in nomine patris, et...* —comenzó el cura.

—¡Pues yo sí! —dijo Federico dirigiéndose a su mujer—. Porque todavía no ha dicho de quién eres hija tú. Y eso me concierne a mí, sobre todo por nuestros hijos.

La mujer se tapó los oídos. Ahora tenía un zumbido dentro, como si miles de abejas hubieran anidado en su cabeza. La anciana levantó un brazo lentamente y señaló a su hija.

—Ella sí es hija de mi difunto esposo.

El cura suspiró. La hija, que en realidad había oído, se destapó los oídos. Temblaba de pies a

cabeza.

—Mi madre sufrió una desgracia muy fuerte cuando era joven —volvió a decir la hija, tal vez para que la oyera el cura—. Salió en todos los periódicos. Tal vez lo recuerde usted. Hubo hasta un juicio contra ella porque... una confusión. ¡Salvó la vida de varias personas después de haber perdido a su propio bebé!

—*Et filii, et spiritus...* —prosiguió el cura.

—Pero ayer... —La anciana volvió a mirar a la hija—. ¿Te acuerdas de que ayer me dijiste que le diera a papá un poco de jarabe para la tos?

La hija asintió.

—Bueno, pues le di la botella entera. Como no se la quería beber, se la metí con un embudo.

Federico se llevó las manos a la cabeza y se giró. Su mujer cayó al suelo de rodillas y comenzó a sollozar.

—¡Si será hija de puta! —exclamó Federico.

—Así es —reconoció Faustina—, lo maté. Aunque no era mi intención. Mi intención solo era que tuviera retortijones.

De pronto, la mujer levantó la cabeza. Se limpió los ojos y dejó de llorar. Dijo:

—Te perdono, mamá. Sal de ahí.

El rostro de la anciana, cubierto de profundas arrugas, se animó.

—¿Me perdonas, hija?

Su hija se sorbió los mocos.

—Sí.

El cura, con la esperanza de que aquello se acabara y de poder volver a casa para cenar, comenzó entonces a quitar frenéticamente la tierra alrededor de la anciana, como si fuera un perro. Federico y su mujer lo miraban en silencio.

—Hay que quitar toda la tierra que podamos y luego tiramos de ella —explicaba. Nadie contestó.

—Hay que despejar la tierra y luego la subimos entre los tres —volvió a decir el cura—. ¿Me oyen?

—Sí —respondió Federico.

La mujer tardó un rato en reaccionar.

—Sí, claro —dijo al fin.

Entre los tres apartaron la tierra en torno a la anciana hasta que empezó a verse el cuerpo desnudo y sucio. Entonces la hija extendió el brazo y le tendió la mano. Justo al tirar de la anciana, que subió como un resorte, cayó ella al hoyo con un ay, qué tonta, me caí. Se oyó un susurro de hojas y de ramitas secas.

—Dame una mano, Federico.

Mientras el cura envolvía el cuerpo helado de la anciana en su propia chaqueta, Federico extendió el brazo y tomó la mano de su mujer.

—Arriba —dijo—. Ya va siendo hora de acabar con esto.

Tiró de la mano de su mujer pero se encontró con una resistencia. La miró. Por sus ojos pasó una sombra.

—Espera —dijo ella.

El cura, que ya había empezado a caminar sujetando a la anciana por el hombro, se detuvo en seco y se volvió. También lo hizo Faustina, lentamente. Los tres vieron cómo la mujer agrupaba la tierra en torno a sí, cerrando de nuevo el hoyo. Cuando terminó, les miró sonriente. Pero la sonrisa enseguida se tornó en siniestra mueca.

—Yo también quiero confesar —dijo con la voz temblorosa.

Federico abrió la boca para contestar pero acto seguido la cerró. Desde el terror de su mirada perdida, ya llevaba tiempo contando con esa posibilidad.

# LA NIÑA DEL PALOMAR

Querido hijo:

Tu madre se imagina la cara de sorpresa que te habrás llevado al recibir esta carta, ella hubiera preferido contarte lo que te va a contar de tú a tú, mirándote a los ojos. (¿Cómo serán tus ojos?, a veces, cuando el cielo se pone como una brasa y las gallinas se encaraman a los palos, a tu madre le da por preguntarse si seguirán siendo del mismo color que cuando te conoció durante aquellos primeros días, los días más felices y a la vez más tristes de su vida. Las gallinas cubanas son rojas de arriba abajo, menos por la panza. Los gallos son negros. También tus ojos eran negros, aunque yo ya no podré mirarlos nunca más.)

Como te habrán contado, tu madre se marchó a Cuba a trabajar como ama de cría, y dejó a tu padre en el pueblo con seis criaturas, de las que tú, con cuatro meses, eras el más pequeño. Así mismo fue, tu madre no te quiere engañar: se llevó la leche que aún te pertenecía para dársela a otro niño. ¿Crees que alguna vez serás capaz de perdonarla?

Llegar a tierras cubanas fue todo un acontecimiento. El puerto bullía de hombres con traje y mujeres con volantes de organdí, animales y carretas cargadas con cajas de café, té y cacao; mezclado todo con el olor a brea y la dulzura embriagadora del mar. No quiere tu madre detenerse en muchos detalles, porque si me he decidido a escribirte es por otro motivo, que enseguida te cuento.

Lo que no había en Cuba era dinero colgando de los árboles, ni collares de perlas en lugar de peras o manzanas, como se decía en el pueblo. Tampoco se comía estofado de loro ni colibríes rellenos, ni las mujeres andaban en cueros por las calles. Decían también que los bebés aquí nacen con dientes, que las madres los repudian y que por eso las amas de cría españolas eran muy codiciadas. ¡Todo mentira!

La casa que tenía asignada por la Oficina de Contratación de Amas era de un indiano propietario de varios ingenios azucareros desperdigados por la isla. Me extrañó que el niño tuviera ya diez años, pero ¿quién era yo para decir nada? Al principio, el indiano, siempre solo entre palmeras y ventiladores, me seguía con la mirada por toda la casa, pero nunca me ordenaba nada. Hasta que una noche en que me iba a meter en mi cama, lo encontré esperándome dentro: ya no salió de allí. Decía que mi leche era dulce como la de la flor del pan y queso. Se quedaba dormido junto a mí, hasta la madrugada. A él le quitaba el frío y a mí el miedo. El miedo a morirme allí mismo y a arder en el infierno por la mucha maldad que me había traído conmigo.

Pero volviendo a lo que me corresponde contar, que no quiere tu madre ni irse por las ramas, ni mucho menos ponerse llorona. Te escribe, *m'hijo*, para hablarte de una niña, la niña del

palomar, y de paso para hacerte tres confesiones que tienen que ver con ella.

Cómo describirla. La niña del palomar es una sombra descolgándose en la noche, ágil y silenciosa, es la gallina a la que tu tía retorció el cuello una vez, es el olor a manzana podrida, es el vuelo de las moscas azules alrededor de los higos maduros y abiertos, es la oscuridad y el efluvio enloquecedor de los negros cimarrones, es el dolor escurridizo que desde hace un tiempo va y viene subiéndome desde el estómago o sorprendiéndome con una punzada instantánea en el corazón. La niña del palomar es todo eso; todo eso y más.

Se le apareció a tu madre por primera vez en tierras gallegas, en el palomar del camino de San Clás, dos segundos después de ser tú concebido. Sí, has leído bien, ahí fuiste concebido. Y dirás que qué hacía tu madre en aquel palomar abandonado y qué hacía allí esa criatura. Pues qué iba a hacer ahí tu madre; pues eso. Y si bien al principio yo misma no supe ni quién era ni qué hacía allí la niña, poco a poco lo he ido comprendiendo.

El palomar tenía paredes de tapial y adobe, nidales vacíos y un techo decorado con tejas árabes. Esto para que te sitúes un poco, Antonciño, si es que no has estado ya ahí dentro con alguna de las mozas del pueblo. Nada más empujar la puerta de madera, le llegaba a uno, como puñetazo en la nariz, la asfixiante humedad; dentro olía a intimidad, a ave de corral y un poco a sacristía: suficiente para encenderle a uno los bríos.

Al pie del muro, junto a las margaritas que crecían de manera espontánea, ese día, el día en que fuiste concebido, tu padre acorraló a tu madre contra la pared y metiendo los dedos en los nidales para no perder el equilibrio, la besó: los labios de tu madre se abrieron como una flor madura bajo los suyos, que eran húmedos, calientes y dulces (aunque su lengua tenía un resabio amargo a vino y a tabaco).

Al no lograr vencer el lío de medias, faldas, lazos y enaguas que cubrían el cuerpo de tu madre, tu padre cortó lo que pudo con un cuchillo y el resto lo rasgó con los dientes. Recuerda tu madre risas, escalofríos, gemidos, hasta que por fin tu padre, encorvado y jadeante como una vieja locomotora, la desfloró de un solo golpe. Esto arrancó un grito ahogado del pecho de tu madre, seguido de un largo estremecimiento. Enderezó la columna vertebral y abrió los ojos de golpe.

Entonces, la vio.

Vio a la niña mirándola con descaro: el reflejo de dos cuerpos acoplados en la pupila amarilla y descarada, llenándose los ojos de ese amor hecho de luz y leche.

Y dirás que qué más da. Que un hombre y una mujer casados hacen lo que quieren y en donde les viene en gana. Verás, hijo; además de querer hablarte de la niña del palomar, tu madre te dijo que te haría tres confesiones. Pues bien; aquí va la primera: tu padre no es el que tú conoces, es decir, el *toleirán* del dedo rebanado, sino ese otro, el que estaba en el palomar. Conque ya está dicho. Para no liarme, al inútil lo llamaré simplemente el *toleirán* y al hombre del palomar «tu padre». Tu madre espera que no te hayas impresionado con la noticia.

Te decía que al ver a aquella criatura frente a mí, se me puso aquí dentro una vergüenza muy grande. Ante su mirada descarada, me sentí como nunca antes, es decir, como una tortuga despojada del caparazón: carne *nada más*. Comencé a bracear para desembarazarme de tu padre, avancé unos pasos, tomé la ropa tirada y me cubrí.

Secándose la boca seca en el dorso de la mano, tu padre, sin embargo, se volvió lentamente. ¡Qué bravucón era! Recogió su camisa del suelo, se la abotonó sin dejar de mirar a la niña, se subió la bragueta, se abrochó el pantalón y se encendió un cigarrillo. Pasó por delante de la criatura echándole el humo en la cara.

Dos minutos después, desfilaba tu madre con la cabeza gacha.

Al pie del monte, estaba nuestra casita de azulejos, con su huerta y su pozo, con su lavadero. Pobre, pero muy digna. Un poco más allá, el prado en donde pastan las vacas del vecino y el cementerio en donde jamás pudo ser enterrado tu hermano Pepín, aunque sí tus abuelos y muchos de los nuestros. Caminando unos diez minutos, la plaza del pueblo y la iglesia.

La nuestra, ya antes de que tú vinieras al mundo, era una familia humilde. El que tú crees tu padre siempre ganó poco como carpintero y por aquel entonces ya había perdido el dedo de la mano derecha. Se lo cortó con un serrucho y el seguro lo declaró inútil (lo que el seguro ignoraba es que inútil ya era mucho antes de rebanarse el dedo). Eran tantos tus hermanos, todos varones, que a veces él los confundía entre sí o los llamaba por el nombre equivocado.

—¿Sabes lo que es la esterilización? —le dijo a tu madre don Rufino, el médico del pueblo, después del último parto (el séptimo, si contamos con el del pobre Pepín, que en la paz del inmenso mar descanse).

Tu madre le dijo que sí, claro, aunque no tenía ni idea de lo que era eso. ¡Me sonaba a tubo de cristal lleno de pis, a colador, a estropajo! En todo caso, a algo feo.

—Pues como vuelvas a quedarte en estado, hay que pensar en practicártela.

—Muy bien, don Rufino.

Unos días después del encuentro en el palomar, al salir de misa junto al *toleirán*, un hijo en brazos y otros cuatro o cinco detrás, noté que alguien me miraba. Levanté la vista y vi a la niña del palomar. Estaba sola, entre el gentío que se agolpaba en la puerta de la iglesia, sonriente y glacial, negra como mis pecados, los brazos lacios a lo largo del cuerpo. No le dije nada ni nadie pareció enterarse, pero me invadió una ola de sangre.

Otro día, la niña apareció delante de la casa. Salía yo hacia el mercado con la bolsa colgando del antebrazo cuando me la encontré de frente. Nos volvimos a escrutar en silencio, hasta que tu madre no pudo sostener más la mirada y bajé la cabeza. Pero esta vez, en lugar de irse, la niña me siguió.

Era una mañana radiante de primavera y en cada puesto en el que me detenía, ahí estaba la niña del palomar. En el puesto de los quesos me paré a conversar con la quesera. Estaba esta muy orgullosa porque su hija acababa de emigrar a América. Yo nunca había conocido a ninguna mujer que se hubiera ido sola a América, hombres sí. Aquello me dejó pasmada.

—¡Jesús, qué lejos! —dije—. ¿No pudo irse a servir a Madrid?

—No es lo mismo —dijo la quesera muy seria. Se inclinó y posó los pechos sobre los quesos para susurrarme al oído—: Dicen que en América hay tanta riqueza que los suelos están pavimentados con oro. Por cierto que la perra que tenía mi hija está a punto de parir, ¿no querrás un cachorrito para tus críos?

Ni muerta quería tu madre un cachorrito. Ya tenía bastante con todo lo que tenía en casa.

Pero a lo que íbamos; la niña del palomar seguía ahí, atenta a la conversación, aunque nadie parecía darse cuenta de su presencia. Ya a punto de entrar en casa, comprobando que no había nadie a mi alrededor, me giré para hablarle.

Tenía la cara muy pálida y alargada, de un color cetrino. Llevaba el cabello fino y húmedo pegado al cráneo y un anticuado traje de paño, a juego con unos zapatitos de charol. Sus ojos, con la pupila dilatada, no tenían profundidad, pero había en ellos un brillo que te cegaba. No eran ojos

de este mundo, pues no eran marrones, ni azules, ni negros: eran amarillos. Sí, como lo oyes, hijo, amarillos como los de los lobos. Sentí que me temblaba el estómago, pero seguí mirando y aún vino lo peor: en torno al cuello, tenía algo como un collar violáceo que de cerca solo resultó ser una marca en la piel. Y luego estaba el olor, el olor que emanaba su piel bajo el traje sudado, ¡el corrupto olor a vísceras de vaca, algo como los restos de un parto!

Le dije:

—¿Tú quién eres, niña?

Pero no hubo respuesta.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me sigues? Me das miedo.

Pero tampoco hubo respuesta. La niña empezó a deambular de un lado a otro por el porche, de un lado a otro por el jardín y con cada movimiento del cuerpo le salía del pecho un silbido, un quejido como de cachorro asustado. Hasta que por fin se giró y desapareció entre la espesura de los árboles.

Pero reapareció. Estaba tu madre cosiendo y el cura acababa de llegar. Nos estaba ayudando con lo de los trámites del seguro, y venía para comunicarnos que ya estaban los papeles presentados en el juzgado y que en breve habría una sentencia. Con un poco de suerte y si Dios quería, nos explicó, tendríamos una buena indemnización.

Lo primero que percibió tu madre fue el olor a carne cruda flotando por la estancia, y, aunque de todos era sabido que el cura era enemigo del agua y del jabón, me extrañó. Levanté la cabeza y olfateé el aire. Y vi a la niña sentada en una silla, en posición fetal, junto a la ventana, mirándome desde su sonrisa de desprecio. ¡*Nó, pa'* su madre! Era igual de correosa que un viejo, o tal vez un recién nacido. Tenía la frente roja y arrugada y el pelo lacio y pegado a las sienes. Fueron dos segundos eternos en los que volví a sentirme desnuda, y después, ¡*plas!*: desapareció. Dejé la aguja en la mesa y miré al cura con cara de espanto.

—¿La vio usted? —le pregunté.

Un fuerte dolor, el mismo que tengo ahora, me subió desde el estómago hasta el corazón.

—¿Qué cosa?

—A la niña fea esa.

El cura miró a un lado y a otro. Tres de tus hermanos jugaban a las tabas tirados por el suelo.

—Si no me equivoco, tú lo único que tienes son varones.

Estaba claro que el cura no la había visto.

—Nadie, nada. Tonterías mías. Gracias por venir, padre. A ver si el seguro nos hace ricos.

Tonterías no eran porque dos semanas después, una noche, volví a verla. Estaba friendo un huevo cuando levanté la vista y la divisé junto al corral. Apagué el fuego y salí. Fuera, la noche estaba quieta. La luna lucía fina y blanca sobre los castaños que rodeaban la verja y el cielo estaba cuajado de estrellas. Hacía calor, pero la niña seguía con su traje de paño y sus zapatitos de charol. Esa noche los murciélagos parecían borrachos, fluían a ras de suelo y se arrojaban contra las ventanas como trapos sucios. Chillaban como si se rieran de mí.

La niña del palomar miraba fijamente el lateral del corral en donde, entre gallinas y patos, tu hermano mayor solía guardar la bicicleta. Tu madre salió con sigilo y se acercó por detrás. La niña se giró, la miró y, sin decir nada, apuntó a la bicicleta. Tu madre comenzó a temblar de la cabeza a los pies.

—¿Qué quieres ahora? —le pregunté.

Sus ojos amarillos emitían destellos. La criatura no contestó, pero de pronto, y por primera vez, caí en la cuenta de por qué me perseguía. Y aunque no me creas, me sentí terriblemente aliviada. Miré a un lado y a otro para comprobar que ninguno de tus hermanos andaba por ahí. Dije en un susurro, con la voz un poco temblorosa:

—El que me hayas visto en cueros con un hombre que no es mi marido no te da derecho a exigirme nada. Esa bicicleta la compró mi hijo con sus ahorros y sería un pecado que yo se la quitara para dártela a ti. Me importa un carajo que vayas con el cuento por ahí.

Ni se giró ni se molestó en contestar. Siguió mirando la bicicleta y luego desvió la vista hacia una de las gallinas que picoteaba por ahí. La miró como había hecho con tu madre días atrás: la gallina comenzó a batir las alas, a dar saltos y a correr por el corral. Hubo un revuelo tremendo, plumas volando por los aires, cloqueos y cacareos. La gallina quedó floja y quieta, como cuando la gallea el macho. En ese momento, tu madre tomó la mano arrugada de la niña y la sacó de allí.

—No vuelvas a aparecer por mi casa —le dije abandonándola en medio del camino.

Cuando volví a entrar en casa, fui directa al pilón. Tanto vomité que me pareció que echaba las entrañas.

A la mañana siguiente, la gallina estaba muerta. Tu hermano el segundo la encontró en el corral boca arriba, con las patas tías y el buche desplumado. Según dijo, parecía una mujer desnuda. Yo estaba en el baño, de nuevo con la vomitona, y no quise salir.

Tras una tregua de tres semanas, cuando ya empezaba a pensar que podía haber sido un sueño, volvió a aparecer dentro del corral. Como todos los martes, tu padre acababa de detenerse delante de la casa. Se paraba frente a la ventana de la cocina y gritaba «el afilador, ya está aquí el afilador». Mentira porque no era afilador. Solo que, ante la llamada, tu madre acababa de coser el ojo en la cuenca vacía de la muñeca, cortaba el hilo con los dientes, se levantaba lentamente, cogía un cuchillo o unas tijeras, le decía a tu hermano el mayor que echara un ojo a los pequeños, ahora mismito vengo, que voy a ver si ese de ahí me afila un poco el cuchillo, y salía corriendo en dirección al palomar del camino de San Clás.

Pero ese martes no tenía gana de nada.

—Mira, tú, hoy es mejor que te vayas, no tengo cuerpo para nada.

Y allí estaba ella, dentro del corral, inmóvil sobre la bicicleta, los zapatitos de charol sobre los pedales quietos. Casi se cae del susto, tu madre.

—¿Que no tienes gana? —dijo tu padre soltando una carcajada—. ¡Será la primera vez en tu vida!

Tu madre seguía con la vista puesta en el corral.

—No es la primera vez en mi vida. Me pasa cuando la sangre se me reti... —Tu madre desvió la vista para mirar durante unos segundos a tu padre—: Tengo barruntos, Braís.

A tu padre le mudó el gesto. Dirigió la vista hacia la casa, tragó saliva y luego me volvió a mirar.

—¿Barruntos? —dijo.

—Barruntos. —Tu madre lo volvió a mirar durante unos segundos, esperanzada—. Cosas que pasan. ¿Me ayudarás?

Tu padre no contestó.

—Oye —dijo entonces tu madre, apuntando hacia el corral—. La niña esa que nos vio me persigue. Se presentó el otro día justo cuando estaba el cura, pensé que le iba a contar lo nuestro.

Mírala. Ahí está otra vez.

—¿Qué niña?

—La del palomar.

Le extendí el cuchillo.

—Pégale un buen susto, anda. Dile que no vuelva a venir por aquí. No me deja dormir —le pedí.

Pero tu padre seguía como ausente.

—Pero eso, esos barruntos que tienes... Serán por culpa de tu marido. —Hizo una pausa—. ¡Coño, Manuela! ¡No me cargues a mí con ningún muerto!

Un dolor inexplicable se apoderó de mis rodillas, como si alguien me las hubiera golpeado. El olor a vino y a tabaco de tu padre, que siempre me habían gustado, ahora me resultaban repugnantes.

—¡Vete! —le espeté.

Volví a mirar hacia el corral. La niña seguía en el mismo sitio, montada sobre la bici. Pero cuando tu madre volvió a girarse para hablar con tu padre, ¡el que se había esfumado era él! Abrí la puerta del corral y me metí dentro con el cuchillo. Al acercarme a la niña, por mi mente se cruzó lo peor. Suerte que enseguida bajé el brazo.

—Llévate la bici —le dije—, pero que no te vuelva a ver por aquí, ¿entiendes? Ya tengo bastantes problemas.

Por primera vez en todo el tiempo en que la había conocido, la niña sonrió. Tomó la bicicleta y, guiándola por el manillar, desapareció entre los pinos del bosque.

A la mañana siguiente salí con dirección a la casa de la quesera. Noté que la gente del pueblo, al verme pasar, se juntaba en corrillos y cuchicheaba a mi paso. Empecé a oír una palabra que desde entonces me perseguía por todos los sitios, como si el aire la silbase: «Putá, putá, putá.» La quesera me recibió con una mueca de ironía, y poco después volví a casa con uno de los cachorritos que me había ofrecido metido en una cesta. Era feo a rabiar, del tamaño de una rata, y el olor a pelo mojado que exhalaba me producía náuseas, pero qué remedio. ¡Qué contentos se pusieron tus hermanos!

—Es para Xurxo —dije al ver que se peleaban por cogerlo.

Explicué entonces que esa misma mañana, al amanecer, había salido al corral y me había dado cuenta de que la bicicleta de Xurxo no estaba. Como me temía que se la hubieran robado, le traía el perro. Tu hermano, que ya tenía al cachorro en brazos (este le lamía la nariz), me miró extrañado.

—Nadie me ha robado la bici, acabo de venir del pueblo con ella.

Tu madre salió al corral; santo Dios, iba a volverme loca: ¡la bicicleta estaba en su sitio!

Pasó un mes, la niña del palomar no volvió a aparecer y ya casi tu madre se olvidó de ella. Pero yo no dejaba de vomitar y decidí pasarme por la consulta de don Rufino.

—¡Ya estás aquí otra vez! —dijo este nada más verme—. ¿No estarás en estado?

Tu madre doblegó instintivamente la cabeza. Oí cómo le susurraba a la enfermera «esta es la mujer de la que te hablé, es como un animal».

—Estoy en estado, pero será la última vez —dije tragándome las palabras que acababa de escuchar al rojo vivo y pretendiendo no haberlas oído.

Sin duda por alguna susceptibilidad propia de los médicos, don Rufino se puso en pie.

Pensando que tu madre le estaba tomando el pelo, dijo:

—No te rías de mí, Manuela. Lo que haces con tu vida y con la vida de los demás no tiene ninguna gracia.

Se puso muy serio y le susurró algo a la enfermera. Después de un rato, esta, muy amablemente, me invitó a salir de la consulta.

Conque me fui en busca de la meiga. Violeta da Cuqueira era una mujer callada, alta y oscura, de mal carácter, con mucho colorete en las mejillas. Vivía agazapada en el monte y solo bajaba durante las romerías para sacarse un dinero adivinando el futuro de las gentes. Además de ser meiga y amañadora de huesos, de todos era sabido que también atendía los partos clandestinos. Decían que con solo mirarle a uno, por las marcas de la piel, por la sonrisa o la caída de los ojos, ya lo sabía todo de la persona, tanto por dentro como por fuera. Así fue conmigo, que, con solo mirarme, adivinó mi preñez.

Me hizo tumbar sobre un catre y posó su oreja enorme, que era como un animal arrugado, sobre mi ombligo.

—Es un varón —sentenció al rato, incorporándose. Se giró hacia un rincón en donde tenía un mortero.

Tu madre se puso repentinamente triste. Dijo:

—Ah. Otro...

La vieja sonrió. Me palpó el vientre, me dijo que me tiraría mes y medio más vomitando (tiempo que el crío tardaría en «agarrar»), y que no tenía que volver hasta que no sintiera los primeros dolores.

—Te presentas y ya está. Yo te ayudo. Pero no vengas demasiado pronto, esto no es un hospital.

Me quedé muy tranquila. La meiga podía ser brusca en sus ademanes, pero tenía las entrañas tiernas.

Me levanté y fui hasta la puerta. Allí me giré.

—Violeta, gracias.

Da Cuqueira no se inmutó. Siguió colocando unos frasquitos, pieles secas de conejo, huesos carbonizados de gato y otras porquerías de bruja sobre el alféizar de la ventana. De pronto dijo:

—Yo conocí bien a tu madre, no era mala gente.

—¿Mi madre?

—Se reían de ella, la llamaban puta y le hacían mofa, ya sabes... en los pueblos. —La meiga chasqueó la lengua y, de pronto, arrancó a reír a carcajadas. En ese momento, aproveché para salir de allí.

Lo que no predijo la meiga es que algo más que un niño estaba agarrado en mis entrañas.

Hijo, hasta el momento en que esa niña vio a tu madre en el palomar, yo había estado tranquila y satisfecha en casa, instalada en el puro borboteo del instante feliz, con mis seis criaturas, mi *toleirán* y mis excursiones del martes al palomar, cocinando, limpiando, cosiendo los ojos de cristal a las muñecas y recibiendo de vez en cuando las limosnas del cura. Pero era como si esa criatura infernal me hubiera metido el veneno en el cuerpo: cada vez con más frecuencia, permanecía largos ratos en silencio, escuchando los sonidos del monte, oscuro, compacto, recortado contra el cielo plagado de estrellas. Aquella voz nacida de buches de aves y de ramas

quebradizas me penetraba. Las raíces de esa oscuridad se extendían por todas partes bajo la tierra rompiendo la sólida roca sobre la que se asentaba nuestra casa.

Cómo explicarte: algunas tardes, cuando la niebla descendía sobre la ría, con un niño en el regazo y otro cubierto de mocos gateando a mis pies, las potas sucias y el trabajo de costura sin hacer, se despertaban en mí intensas nostalgias. No eran nostalgias de lujos ni de riquezas, pues jamás las había conocido. Tampoco era la nostalgia de mi niñez. Era más bien el anhelo de algo indefinible, una fuerza misteriosa y ciega parecida a la que lleva a las golondrinas a juntarse para emigrar a África o a los salmones a remontar los ríos. Según pasaba el tiempo y tú medrabas en mi vientre, yo me volvía más y más taciturna. A pesar de ser muchos en la casa, empecé con las manías propias de la gente solitaria. Surgió en mí un apego hacia ciertos objetos. Bajo la cama guardaba una caja de cartón en la que había un frasco con las amígdalas de tu hermano Pepín, conservadas en formol, varios dientes y muelas de los demás, envueltos en un trozo de tela, un rosario y una cajita con tierra del huerto. Los sacaba, los miraba y los volvía a esconder: todavía no sabía que con todo eso estaba preparando mi huida.

Un día llegó el cura corriendo a casa, la sotana al viento y blandiendo en el aire la sentencia del juzgado: la indemnización había sido concedida. Dinero, Antón. No era mucho, pero yo tendría que coser al menos mil ojos de muñeca para ganar aquella cantidad.

En la mente de tu madre surgió por primera vez la idea de comprar un pasaje para América y salir de allí.

Poco después, una mañana en que estaban los niños entretenidos con el cachorro, volví a echarme al monte en busca de la meiga Violeta. Me encontraba bien y, según mis cálculos, aún me quedaba un tiempo para parir. Pero notaba el vientre urgido de parto y que aquello que tenía dentro era grande: demasiado grande. Como si una gigante medusa de muchos brazos pujara por acomodarse en mi interior.

La meiga volvió a posar el oído en mi ombligo. Escuchó durante un rato, practicó tocamientos con las yemas de los dedos, una y otra vez, como buscando formas, y se incorporó bruscamente. Su rostro oscuro, normalmente impassible, estaba demudado.

—A veces pasa —cacareó.

Tu madre se apoyó sobre los codos y se incorporó para mirarla.

—¿El qué?

—Pues que el otro no da la cara.

—¿El otro?

(Prepárate, Antón, porque aquí va la segunda confesión.)

—Son dos —dijo la meiga.

Aquello sí fue un jarro de agua fría. Ya se había hecho tu madre a que viniera una criatura, ¡pero dos! Inmediatamente pensé en don Rufino, el médico, y en su enfermera. No le dije nada a nadie. Aparte de la meiga, tú eres ahora el único en saberlo.

Y como todo en esta vida, también llegó el día del parto. Estaba lavando en el pozo cuando sentí el primer latigazo en los riñones. No le hice mucho caso, porque la experiencia me decía que todavía vendrían otros detrás, y que Da Cuqueira no me tendría todo el día esperando en su casa. Así que seguí lavando y luego pelé un cubo lleno de patatas. Después de freírlas, me senté a coser. Cuando me quise dar cuenta y miré hacia abajo, ya tenía la cabecita de uno de mis hijos asomando entre las piernas.

Me eché al monte como pude, primero andando, luego a cuatro patas, pero al rato, derrengada y dolorida, tuve que hacer un alto en un claro. Todo estaba callado de pálida premonición de cosas: los árboles parecían vibrar con una rara vida dentro. Sentía el bulto pujando con fuerza, así que me remangué hasta la cintura la falda y, de cuclillas, las manos sobre las rodillas, esperé. Suerte que el camino ya estaba desbrozado, mi querido Antón: te deslizaste como un pescadito hasta caer en las manos de tu madre. Te inspeccionó esta de arriba abajo para comprobar que tenías todo: las dos orejas, la nariz y la boca, las manos y los pies con los diez deditos respectivos. Con el cuchillo de pelar patatas que aún tenía en el bolsillo del mandil, corté el cordón y luego te envolví en un paño limpio. Todavía resollante, te dejé sobre una peña y me senté bajo un pino.

Al rato sentí de nuevo aquel tumulto de carne viva revolviéndose en la entrepierna. Me asomé y ahí estaba. La lisa y húmeda pelusa de la cabeza formaba rizos diminutos. Por un momento, se me pasó por la cabeza que era una niña, y me sentí embargada por la ternura. ¿Cómo sería tener una mujer en casa? Una mujer que me ayudara con las labores, una mujer que fuera al mercado y cocinara conmigo, una mujer con la que hablar por las tardes, cuando me sintiera sola... Todo eso pensaba mientras jadeaba de dolor. Pero no quería hacerme ilusiones.

Tiré con cuidado de los hombros de la criatura. Noté que eran mucho más frágiles, como los huesitos de un pollo, y que el bebé venía más pequeño. Por fin, después de mucho pujar, emergió un bulto escarlata. Lo alcé para comprobar que tenía todo (las dos orejas, la nariz y la boca, las manos y los pies con los diez deditos respectivos) y casi me caí al suelo de la alegría: ¡era una niña! (Y aquí viene la tercera cosa que quería decirte.)

Como en una película, pasó por mis ojos todo lo que vendría a continuación: con cinco o seis años, la niña tendría que ayudar a lavar la ropa de su padre y de sus hermanos mayores y tendría que ir al monte a recoger leña menuda. Con ocho o nueve, cocinaría para ellos; con doce, aprendería a coser; con catorce, se revolvería con un mozo en algún palomar; con dieciséis, se quedaría preñada, con diecisiete se casaría y a partir de ahí, tendría un hijo por año. A los treinta y cinco, perdería la lozanía y la belleza de la juventud y a los cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco, su cuerpo dejaría de parir. Su pelo encanecería, su espalda se encorvaría y pronto parecería una anciana. Y todo ¿para qué?

Las venas se me llenaban de amargura. Lo que durante tanto tiempo me había atenazado el estómago, convirtiéndolo en un nudo de sufrimiento, estalló con violencia.

Al alzar a tu hermana para cortar el cordón, sentí cómo la sangre me hervía en los riñones. Lentamente, sin pensar mucho en lo que hacía, enrollé el cordón en torno al cuello de la niñita hasta hacer un nudo. Percibí a través de las manos los estremecimientos de aquel cuerpo que luchaba por vivir, pero tiré de ambos cabos hasta que la niña emitió un quejido sordo, se puso morada y dejó de respirar. Durante un rato, miré aquel pequeño pedazo de carne rosada y caliente, una especie de gusano sin piel, expuesto a un sopleo o a un pisotón.

Luego, allí mismo, me puse a escarbar con mis manos una sepultura.

Hijo, a ese claro del bosque quiero que vayas en cuanto termines de leer esta carta. No es difícil; bajo el pino, sobre el montículo de piedras, clavé una cruz de madera. Cuando des con los huesos de tu hermana, mételos en una caja y llévalos al cementerio que está junto al prado. Cava una fosa. Verás que a la primera palada, la tierra está mezclada con ramitas podridas, hojas secas, lombrices, piedras, babosas y todo tipo de cosas ocultas y secretas que temen la luz y que aman la oscuridad. Apártalas y sigue cavando. Que no te impidan seguir cavando. Cava hasta llegar muy

hondo, deja allí los huesos de tu hermana y vuelve a taparla.  
Los animales podrían desenterrarla.

## LA OLLA EXPRÉS

Al amanecer, antes de que las primeras beatas desfilaran en dirección a la iglesia, oyó los golpes de la aldaba sobre el portalón y luego los gritos de «¡Eh, eh!» que alguien pronunciaba a intervalos regulares. Doña Pura, marquesa de Alcántara del Cuervo, se puso un chal sobre los hombros y se dirigió a la puerta; antes de abrir, aplicó el ojo en la mirilla.

Al otro lado esperaba una chica robusta, con pechos abundantes; el cabello mal peinado era oscuro y rizado, los labios gruesos y carnosos. Tenía los ojos estúpidos.

—¡Eh, eh! —volvió a gritar.

Por fin abrió la marquesa.

—Deja de gritar —dijo midiendo a la chica en la penumbra del zaguán—. ¡Ya te oí!

La chica vestía falda roja y blusa azul satinada. El agua de violetas no apagaba el olor ácido de miseria que exhalaba su piel y su ropa.

—Vengo por lo de la olla exprés —dijo.

Doña Pura quedó pensativa.

—¿Vienes de parte de Chelo? —preguntó.

—Sí, de Chelo.

—¿Eres Olinda?

—Sí, Olinda la de Trebes. Vengo por lo de la olla exprés.

—No te esperaba tan pronto.

—Vengo por lo de la olla.

La marquesa la volvió a examinar detenidamente, con un distanciamiento frío, como si se tratase de una vaca o de un electrodoméstico.

—Sí. Ya me dijeron que te gustan las ollas exprés. Pasa —le ordenó.

Años atrás, doña Pura jamás hubiera abierto su puerta a una mujer así, mal vestida y con aquel tufo a miseria. Estaba acostumbrada a contratar los servicios de una agencia, que era la que se encargaba de enviar a las chicas siempre que necesitaban una, y, si bien las que les hacían llegar no solían ser muy cultas, al menos eran vistosas, sumisas y dispuestas para el trabajo. Últimamente ponía anuncios en el periódico. Las chicas llamaban por teléfono, acordaban una cita y venían directamente a casa. En realidad, la que tenía delante no venía ni por agencia ni por anuncio, porque por ninguno de esos métodos había conseguido encontrar una mulata, que era lo que buscaba en ese momento. Un día lo comentó por casualidad en la lechería y Chelo, la lechera, le habló de una tal Olinda, de un pueblo llamado Trebes, una chica que tenía la piel oscura y

rasgos *casi* mulatos, muy cariñosa con los ancianos, aunque «no tiene muchas luces», le dijo. Esto último gustó especialmente a la marquesa.

La chica retorció con fuerza un pliegue de la falda, lanzó una mirada desconfiada hacia el interior de la casa y obedeció. Precedida por la marquesa, avanzó arrastrando los pies por el pasillo, casi a tientas, sin dejar de mirar a un lado y a otro con la mandíbula colgante. Se trataba de una mansión de varios pisos situada en el centro histórico de la ciudad, de techos altos y vigas de madera carcomidas, que el marido de la marquesa, don Onesíforo, había heredado de su padre, quinto marqués de Alcántara del Cuervo, y en donde había vivido desde que nació. Cuando doña Pura, con apenas quince años, fue obligada a casarse por sus padres y se fue a vivir con él, todavía estaban sus suegros y la casa se hallaba en su máximo apogeo: suelos de mármol en varias de las estancias, cortinajes de terciopelo, espejos venecianos en los grandes salones en donde se celebraban bailes casi todas las semanas, bandejas y marcos de plata sobre las cómodas de madera con incrustaciones de nácar, camas con dosel en todas las alcobas.

Ahora poco quedaba de aquel esplendor. Durante la guerra, los republicanos requisaron los cuadros más valiosos, así como la plata, las alfombras y las porcelanas, de modo que las estancias, prácticamente vacías o atiborradas de colchones con los muelles sueltos, vajilla y muebles inútiles, tenían un aire fantasmal. Tras atravesar varias de ellas, todas cerradas a cal y canto, e ir a parar a un comedor inmenso, presidido por una claraboya que volcaba una luz escasa y turbia, la marquesa le indicó a la chica que esperara. A punto de desaparecer por la puerta, se giró:

—¿Tendrás experiencia, no? —dijo—. No sé si te han dicho que mi marido es mayor y se le va la cabeza. —Bajó el tono, como si alguien más pudiera oírles—: Hay que darle de comer, purés porque no tiene dientes. A veces se orina encima.

Olinda dijo que sí, que tenía experiencia y luego preguntó si le iba a traer la olla exprés ya.

—Siéntate y espera —le indicó doña Pura. Y desapareció.

La chica se sentó en una butaca que levantó una nube de polvo, y durante un rato se quedó observando las paredes forradas de raso, veladas por la pelusilla en suspensión. Al rato se oyó un chirrido y apareció la marquesa empujando una silla de ruedas, en la que iba sentado un vejstorio, seco como la mojama, las magras piernas envueltas en una manta de cuadros, que fue presentado como el señor marqués de Alcántara del Cuervo. Al verlo la chica se levantó y le extendió una mano, tal y como Chelo, la lechera, le había explicado que tenía que hacer para ser elegante. Entonces, como si se hubiera accionado un resorte, un bulto se rebulló por debajo de la manta. Por entre los pliegues, surgió una garra nervuda, nudosa y cubierta de un espeso vello que, con una rapidez y agilidad inusitadas, atrapó la mano de la chica y se la llevó a los labios desovando un sonoro beso que dejó a su paso una baba húmeda y cristalina, parecida a las que dejan los caracoles en los días de lluvia.

A continuación, apoyándose en los brazos de la silla de ruedas y dejando caer la manta al suelo, se puso en pie y comenzó a examinar a la chica. Casi en los huesos, vestía el marqués chaqueta y chaleco, corbata y camisa de raso que dejaba a la vista la escasa pelambre del pecho y una gruesa cadena de oro. De uno de los bolsillos del traje asomaba un pañuelo rojo, y las piernecitas temblorosas y finas estaban embutidas en un pijama de raso por el que se vislumbraba al trasluz el indeciso relieve del colgajo que en otros tiempos debió de ser el erecto bastión de su virilidad. Metida en una vaina de cuero y apoyada contra el fémur, llevaba una Webley semiautomática.

—¡Pero no es mulata! —cacareó dirigiéndose a su mujer, sin dejar de examinar las piernas, los muslos y los abundantes pechos de la chica, mientras ella se limpiaba en la falda la baba de la mano recién besada—. Te dije que tenía gana de mulata. Desde que volví de Cuba no tuve ninguna.

—Es que mulatas no hay por aquí, Onesíforo. Esta es lo más parecido que encontré. Sé que no vale mucho, pero...

El viejo se puso en pie con dificultad y emprendió dos o tres pasitos para volver a escudriñar a la chica. Le temblaban los agujeros de la nariz, como semental que olfatea a la yegua. Antes de que dijera nada, su mujer descubrió en sus ojos el brillo inconfundible del deseo.

—No importa —dijo al fin, la voz pastosa—, solo es cuestión de *aficcione*se. Además, huele bien, ¡a violetas! ¡No como tú, que hueles a bolitas de naftalina!

El ojo de cristal del marqués, el peluquín medio descolgado, la caspa sobre las solapas, las manchas de comida en la corbata, los pelos duros y canos que despuntaban de las orejas y el cúmulo de escamillas en torno a la nariz, además del olor que despedía su cuerpo, mezcla de fritanga, sudor y palomar, no espantaron demasiado a Olinda, acostumbrada a cosas peores.

—¿Y la olla exprés? —dijo esta—. Me dijeron que me la darían.

—Luego hablamos de eso —le cortó inmediatamente la marquesa.

Todavía de pie con las piernas temblequeantes, el viejo volvió a sonreír mostrando las encías desdentadas. Se inclinó hacia delante, sacó torpemente la pistola con una mano, con la otra atrapó a la chica y la atrajo hacia sí. Luego, posándole la Webley en la mejilla, le susurró algo al oído.

A lo que la chica respondió sin inmutarse:

—Cuando vea la olla exprés. Chelo me dijo que tenían ustedes una. Una olla para mí. Una de esas ollas que hacen los garbanzos en veinte minutos y el pollo en dieciséis.

—¡Cállate, molestas al marqués! —le gritó doña Pura.

Pero el viejo, que todavía tenía a la chica entre sus brazos, interpretó aquel discurso como una señal de aceptación. Enfundó la pistola y se inclinó sobre la chica buscándole la boca con la suya, jadeante y húmeda.

—¡Onesíforo! —le regañó la marquesa. Y a continuación, con un tono más comedido—: Antes deberíamos entrevistar a la chica.

El marqués se giró para mirar a su mujer. Dijo:

—Me traes los dientes y luego te largas, adefesio. Ya estás sobrando aquí. ¡Y no me levantes la voz!

Doña Pura entornó los ojos. Tomó aire antes de contestar:

—Ya sabes que primero tenemos que entrevistarla, Onesíforo. La chica debe conocer las reglas de la casa.

—¡Hoy no hay entrevista! —bramó el marqués—. ¡Me traes los dientes y luego te vas, vieja chocha!

La cabeza de doña Pura cayó sobre el pecho, ocultando el rubor que ardía en sus mejillas. Sus labios temblaban y en la frente comenzó a palpitarle una vena gruesa y azul. Emprendió unos pasitos en dirección a la puerta y la abrió. A punto de salir, aún tuvo que oír:

—¡Espantapájaros!

La mano en el picaporte, doña Pura tragó saliva. El marqués acababa de estallar en una obscena carcajada que hizo volar a las palomas posadas sobre el alféizar y también que Olinda se

tapara los oídos con los brazos. Doña Pura salió dejándolos solos.

En el cuarto de baño, hizo un mohín de asco: «espantapájaros», huy, qué palabra tan fea. Pero en lugar de sollozar como un cachorrito, como otras veces en que su marido la insultaba, esta vez sintió que un nuevo sentimiento nacía en su corazón, llegando como un reproche hasta las manos. En formación perfecta, se alineaban sobre la estantería varias dentaduras de color amarillento, ojos de cristal y peluquines de distintos colores. Tomó una de las dentaduras y se dispuso a limpiarla. Pero no la situó bajo el chorro del grifo ni frotó con el cepillito limpio, sino que miró en derredor. Su vista se detuvo en la escobilla del váter. La cogió y se la quedó mirando. ¿Limpiar la dentadura con eso?, ¿llenársela de mierda? Durante un rato se contempló las manos temblorosas e indecisas. Luego desvió la vista. Pasó la palma sobre los peluquines y seleccionó uno de ellos de color paja.

Una ondulación espasmódica y cada vez más apremiante procedente de varios puntos del cuerpo le llegaba hasta el bajo vientre. Se llevó el peluquín a la nariz y aspiró profundamente. El olor que exhalaban las axilas, el pecho, el ombligo, la piel descamada y añosa de su marido —un olor que ella había bebido durante todas las noches de hacía cuarenta años— estaba reconcentrado ahí. Era un olor próximo al aroma de la tierra reseca al ser rociada con agua. No era artificial como el perfume: era fuerte y terroso, como la unión física, sagrada y eterna, entre hombre y mujer.

—¡Eh, eh! ¡Señora marquesa! —oyó entonces.

Doña Pura dejó la peluca sobre la estantería y salió de sus ensoñaciones.

Tomó una de las dentaduras y se la metió en el bolsillo. Acudió a la estancia de la claraboya. Encontró al marqués en su silla con el pijama bajado hasta las rodillas y el peluquín descolgado. Los labios, recogidos en un rictus siniestro, dejaban salir un hilillo de saliva viscosa que se derramaba sobre el belfo. Roncaba sonoramente.

—El viejo se ha quedado dormido —explicó Olinda. Tenía el cabello alborotado y la camisa abierta, dejando entrever el sostén de color carne del que asomaba el pañuelo rojo del marqués—. ¿Me da usted la olla exprés?

Doña Pura lanzó otra mirada al marqués. Al verlo así, tan frágil y desprotegido, arrugado, con el pijama bajado y el peluquín descolgado sobre el ojo de cristal, aún tuvo un último pensamiento cariñoso hacia él: parecía un caracol sin la concha. Se acercó, le subió los pantalones, le metió la dentadura en la boca y le acarició la mejilla. Dijo:

—Sí, claro. Ven, que te doy la olla.

Una alegría malévola asomó a los ojos de Olinda. Se abotonó rápidamente la camisa. Se le desató la lengua:

—Me dijo Chelo que usted tenía una de las buenas y que me la daría. Me lo dijo. En la lechería Chelo me dijo que usted me daría una auténtica olla exprés. A veces me lo dicen y luego no me la dan. —Calló de golpe y luego añadió—: ¿Cuece los garbanzos en veinte minutos?

La marquesa asintió:

—Y el pollo en dieciséis. ¡Sígueme, querida!

Cegada por el deseo de ver la olla, Olinda la siguió por los intrincados pasillos de la casa. Por fin doña Pura se detuvo ante uno de los cuartos. A juzgar por el polvo acumulado en la puerta, no había sido abierto en largo tiempo («desde nuestra boda», meditó la marquesa). Tomó aire y abrió. Chirriaron los goznes enmohecidos, cayendo sobre ellas una espesa cortina de telarañas

que durante años había sellado la entrada. La estancia estaba a oscuras y el acre del polvo se les agarró a la garganta. A tientas avanzó hasta el fondo y abrió la contraventana. Un raudal de luz las cegó durante unos instantes. Olinda barrió la estancia con la mirada: había mesas, sillas, lámparas tiradas, cajas y libros desperdigados por el suelo. Por fin detuvo los ojos. En una esquina, junto a otros enseres de cocina como un juego de café, cuchillos, espumaderas y cucharones —regalos de boda jamás estrenados— estaba la olla. Poco a poco fue perfilándose a contraluz aquel armatoste de hierro fundido, con cierre hermético, capaz de ahorrar tiempo y dinero, tal y como había oído explicar a aquel viejo feriante una vez: la olla exprés.

Olinda de Trebes tragó saliva. De su pecho salió un sonido gutural, algo como el gorjeo de un palomo. Miró con arrobo durante un rato, incapaz de avanzar. Con la emoción, se le había vuelto a desatar la lengua y con la mirada fija en la olla, retorciéndose las manos, no paraba de hablar:

—Chelo me dijo que me la darían. A veces me dicen que me la dan y luego no me la dan. Lois me dijo que si pingaba con él detrás de los arbustos, su mujer me la daría y su mujer no me la dio. Xurxo me dijo que si me levantaba la falda y le dejaba tocar lo que hay debajo, me daría una y luego no me la dio. Chelo me dijo que la señora marquesa me daría una olla exprés si yo era cariñosa con el viejo. Garbanzos: veinte minutos; guisantes: cuatro; un pollo: dieciséis; un conejo: doce; riñones...

—¡Puedes cerrar la boca para variar! —graznó la marquesa.

Pero Olinda estaba tan emocionada que ni siquiera la oyó.

—A veces me dicen que me la dan y luego no me la dan —dijo mientras se abalanzaba sobre la olla para cogerla.

Presa de una ira repentina, la marquesa intentó arrancársela de las manos. Forcejearon, se tiraron de los pelos y de la ropa, hasta que la olla cayó al suelo. Entonces la marquesa arrancó una cortina y la dejó caer sobre la misma, que quedó completamente cubierta. La sonrisa se congeló en el rostro de Olinda.

—Tendrás que ganártela —oyó que le decía la marquesa.

Olinda la miró.

—Ya me la gané —dijo.

—Follar con un viejo no tiene ningún mérito —le salió a doña Pura sin querer. Quedó inmediatamente en silencio, asustada por sus propias palabras. En lo más hondo de su ser, sentía el oscuro y lento hervor de la llamada del mal.

Olinda calló durante unos instantes, pero luego prosiguió como si no hubiera oído:

—Me dijo Chelo que me la daría. Me lo dijo. En la lechería Chelo me dijo que usted me daría una olla exprés. A veces me lo dicen y luego no...

—Bueno, pues es fácil —la cortó la marquesa manoteando el aire—. Ahora vas para allá. Lo despiertas y haces como si nada, como si siguieras con lo que teníais entre manos, ¿comprendes? Él ni se dará cuenta de que se ha quedado dormido durante un rato. Entonces, en un momento de descuido, le quitas la pistola. Escucha bien, tonta de la cabeza, porque si no, no te vas a enterar. —Subió el tono de voz—: La Webley está algo oxidada. Tienes que sacudirla y accionar *dos veces* el gatillo para que funcione. ¿Comprendes?: *dos veces*. Bueno, pues le pegas un tiro en la sien. ¡Pum! Luego vienes aquí y te doy la olla. ¿Te parece?

Olinda la miró con los ojos muy abiertos; luego dirigió una mirada velada hacia la olla exprés tapada con la cortina.

—*Dos veces* el gatillo para que funcione —repitió mecánicamente—. Ahora voy para allá y *dos veces*. Bueno, pues ahora voy para allá y le pego un tiro en la sien. ¡*Pum!* —Desvió la vista hacia la marquesa. Una sonrisa siniestra se dibujó en su rostro. Sus dientes brillaban como cuchillos.

Doña Pura se acercó a la chica y, apartándole el pelo de la cara, la tomó de la cintura y la dirigió hasta la puerta.

—Ea —la animó empujándola un poco—. Ya conoces el camino. Te espero en el salón.

Por el pasillo se oyeron los pasos de Olinda y luego una puerta que se abría y se cerraba. Doña Pura la siguió. Aplicó el oído a la puerta y se dispuso a escuchar. Dentro se oían voces, la del marqués y luego la de ella, aunque doña Pura no conseguía descifrar las palabras exactas. A continuación algo como un jadeo angustioso, lo que parecía la sacudida del revólver y un *clic*. Con el corazón en la garganta, doña Pura esperó el *¡pum!* Pero antes de que se produjera, la impaciencia —o tal vez el remordimiento se apoderó de ella: abrió la puerta de golpe.

Olinda y el viejo forcejeaban para hacerse con el revólver.

—¡Deja a mi marido, asesina! —chilló.

Detuvieron el forcejeo. Se abalanzó sobre ellos, le arrancó el arma a la chica y se la metió en el bolsillo.

—Te quería matar, cariño —dijo acariciándole la mejilla. Él le apartó la mano como si de una mosca se tratara. Se recolocó el peluquín.

—¡Me besaba, idiota! ¡Y mil veces mejor que tú!

Olinda tenía ahora la mirada de una vaca, húmeda y simplona.

—Chelo me dijo que me la daría —tartamudeó—. Olla de hierro. Olla de cierre hermético. Garbanzos: veinte minutos. Guisantes: cuatro. Capón...

—¿He oído capón? —dijo el marqués.

Durante un rato, ambas mujeres se miraron en silencio. Algo parecido a la sombra de una mueca se deslizó por el rostro de Olinda.

—Quiero capón —repitió don Onesíforo. A la marquesa le temblaron los labios.

—Tú no puedes comer carne, cariño. ¿Tienes hambre? Ahora te traigo tu puré. Justo te lo...

—Capón —le interrumpió el marqués, quien consiguió ponerse en pie sobre sus piernas para escupir la orden—: ¡Ahora mismo! ¡Quiero comer carne de capón!

Doña Pura tomó a Olinda por la cintura y ambas salieron de allí. Mientras caminaban por el pasillo, gruesos lagrimones comenzaron a descender por su mejilla. Una vez más, había sido incapaz. En su cabeza, el insulto y la humillación herían como el peor de los cuchillos.

Cuando se dio cuenta, Olinda ya no estaba junto a ella. Corrió hacia la estancia en la que se hallaba la olla exprés y ahí la encontró. Con la olla entre los brazos, congestionada, se dirigía hacia la salida. Mugía de placer. Al alzar la mirada, se encontró con los ojos de la marquesa.

—Chelo me dijo que...

Algo, tal vez la frase repetida, tal vez la tristeza en el fondo de los ojos marrones de la chica, hizo *clic* en la cabeza de doña Pura. Sacó la Webley del bolsillo y apuntó a Olinda.

Fue cuestión de segundos; por una vez en su vida, nada tuvo que meditar; la mano, poseída ya hacía un tiempo de un frenesí de venganza, lo hizo sola: disparó. Sin soltar la olla, que aferraba con fuerza entre los brazos, la chica se desplomó sobre el suelo con un estruendo: la sangre negra y espesa se fundió con la capa de polvo que cubría el entarimado.

Al abrirle los brazos aferrados a la olla para quitársela, la marquesa aún tuvo hacia la chica un prístino pensamiento de libertad.

Luego se dirigió a la cocina. Llenó el recipiente con abundante agua, lo puso sobre el fuego y, mientras esperaba a que hirviese, volvió a donde estaba la chica para solucionar el asunto de la comida.

Cuando doña Pura entró en la salita con la olla exprés humeante, anunciando que ya estaba listo el pollo, el marqués de Alcántara del Cuervo ni siquiera se acordaba de que, tan solo unas horas antes, le había *ordenado* que se lo preparara. Tampoco que había estado allí esa tal Olinda de Trebes, una chica con aspecto de mulata a la que le gustaban las ollas. En realidad, pensó rascándose el peluquín, aunque le sonaba la cara, tampoco se acordaba de doña Pura. No se acordaba de que había estado casado con ella durante casi cincuenta años, que no había habido mañana que ella no le trajera el desayuno a la cama, que no había habido día en que ella no hubiera cesado de hacer cosas para complacerle. Cosas como limpiar sus dentaduras, buscar en el mercado de segunda mano ojos de cristal y peluquines para él. Cosas como ayudarle a enterrar, bajo la luz de la luna, el cadáver de un viejo que él trajo un día en el maletero del Hispano-Suiza y que ni siquiera recordaba haber matado. En su cerebro, esa mujer estaba relacionada con la sumisión, y la vida, con las hembras, y a él le gustaban las hembras.

Levantó su fiera cabeza y miró a su mujer extrañado.

—¿Pollo? —dijo. Su voz tenía un timbre extraño, entre tembloroso y dócil, que sorprendió a ambos. Tampoco recordaba muy bien a qué sabía el pollo.

—Pollo —confirmó doña Pura cortándole un trozo y pinchándoselo con el tenedor para llevárselo a la boca.

El marqués abrió la boca como un niño pequeño. La piel blancuzca y las manchas rojas alrededor de los labios le hicieron pensar a la marquesa en la leche que se pone mala. Ahora la piel del marqués despedía un olor ácido, como de mantequilla derretida al sol. Un olor triste, sin color.

—Capón no había —le explicó doña Pura haciendo gala de una naturalidad y una confianza en sí misma inusuales—. Pollo es lo único que encontré. Pero es prácticamente lo mismo. Solo tienes que *aficcionarte*.

Con los ojos fijos en los de ella, como indagando en lo profundo de esa nueva y misteriosa oscuridad, el marqués masticó el primer pedazo. Al verlo descender por el gargante, una inmensa paz se apoderó de ella, devolviéndola a un lugar remoto de su infancia.

Se echó hacia atrás y suspiró aliviada. Ahí era adonde siempre había querido volver.

## MAL DE ALTURAS

Lo cierto es que fue a mí a quien se le ocurrió la idea de que tía Sixta hiciera aquel viaje a Canarias para visitar a su hermano Vicente, destinado allí por su trabajo en Las Palmas. Aquel viaje que le llenó la cabeza de niebla y la desbarató para siempre.

Canarias era un cambio de aires, un lugar cálido en el que olvidar por unos días la lluvia de Santiago, la rutina, los horarios de la residencia, los minuetos de Mozart (tía Sixta era una excelente pianista) y esa incipiente y ya algo preocupante necesidad de llamar la atención con pequeñas extravagancias.

Yo misma la ayudé a hacer la maleta, en donde metió todo lo necesario para su estancia: el metrónomo, un libro de ornitología, las partituras que tenía que repasar, polos de manga corta como los que usan las monjas, faldas, sandalias y, para bañarse en el mar, una prenda parecida a un camisón a la que, por tener mucho escote, había cosido un calcetín por dentro. Yo misma la ayudé a comprar el billete y la conduje al aeropuerto.

También fui la encargada de recogerla a su vuelta en Lavacolla. Tía Sixta había estado ausente tres largas semanas; al salir entre el resto de los pasajeros, pálida y menuda, el pelo gris recogido en un moño, un pajarito encorvado, con los codos y las rodillas como los nudos de las cañas, la reconocí al instante. Caminaba arrastrando los pies, con pasitos menudos. El único equipaje que traía consigo era un bolsito negro de piel de cocodrilo que se había comprado allí. La maleta se la había olvidado en el aeropuerto de Las Palmas, junto al mostrador de facturación. Yo lo sabía porque Vicente acababa de llamar para decírmelo: se la habían hecho llegar a él a casa. Un despiste lo tiene cualquiera.

Pero tía Sixta venía mareada y no mencionó lo del equipaje. Había disfrutado de su estancia (el jardín botánico, el parque de San Telmo, las playas), sí, pero ahora estaba medio aparvada: el avión había volado muy alto, «por encima de una niebla muy tupida», dijo. Y además, Vicente no tenía piano («eso no me lo contaste, Margarita») y no había podido practicar.

Una vez en el aparcamiento, después de un absurdo forcejeo —brazos y piernas pedaleando en el aire, porque parecía que de pronto se le había olvidado cómo se hacía eso de *entrar*— conseguí meterla en el coche. Y por fin, viéndola allí sentada con el bolso de piel de cocodrilo sobre el regazo, suspiré tranquila. Sin duda el viaje le había ido bien y la decisión había sido acertada.

Pero al poco de arrancar, tía Sixta comenzó a removerse en el asiento y a mirar a un lado y a otro, empujando la puerta, como si quisiera abrirla para arrojarse a la calzada.

—¡Me dejé los pañuelitos! ¡Por Dios mi Madrísima! —dijo llevándose los puños a la boca.

Al verla tan sobresaltada, busqué un sitio en el arcén y frené en seco.

—¿Qué pañuelitos? —le pregunté volviéndome para mirarla.

En la cara de tía Sixta había ansiedad; sus ojos del color del mar centelleaban.

—Los pañuelitos blancos, Marga.

—Los pañuelitos blancos... —repetí yo, pensando que sin duda era algo importante que desconocía.

—Y la tijera de uñas también —prosiguió ella con la mirada perdida en un bosque de eucaliptus que se alzaba a un lado de la carretera—. Debí de dejármelos junto al mostrador de facturación.

No tardé mucho en tranquilizarla, pero pensé que sin duda había algo extraño en ese desconsuelo de tía Sixta por los pañuelitos y la tijera, sobre todo porque ni siquiera había mencionado el resto del equipaje.

Casi llegando a su residencia, en donde tenía previsto dejarla, volvió a comentar que estaba mareada y que, si no me importaba, prefería quedarse unos días en mi casa. «Pues claro, mujer —le dije—. Tú quédate el tiempo que quieras, ya sabes que tienes tu habitación siempre lista.»

Se lo decía de corazón porque para mí siempre había sido como una hermana. Ella también era una buena cuñada y una tía cariñosa. No tenía ningún secreto, a excepción de una caja que escondía debajo de la cama y en donde, además de viejas partituras de piano, postales de sus viajes a París o Londres y mantecados mordisqueados y ya secos, había un viejo estereoscopio con imágenes de mujeres desnudas de cintura para arriba, y que mis hijos miraban a escondidas cuando eran pequeños.

Una vez en casa, volvió a decir que estaba cansada, o mareada («en el avión venía Plácido, ¿sabes, Marga?, así que no hemos parado de hablar», dijo entonces de pasada), y que se metía un ratito en la cama.

Pero no salió a cenar, ni al día siguiente a desayunar, ni a comer, y el ratito se convirtió en quince días. Durante ese tiempo, pensando que estaba enferma, intenté cuidarla lo mejor que pude. Le traía caldo limpio, le cambiaba las sábanas, le tomaba la temperatura (nunca tenía más de 37°). Cuando su hermano Esteban, mi marido, asomaba la cabeza para preguntar qué le pasaba, ella se limitaba a explicar que en el avión había contraído el «mal de alturas».

Hasta que, un día, yo misma, harta del inútil reposo, entré en la habitación, tiré de la manta, la saqué de la cama, la ayudé a vestirse y la envié de vuelta a la residencia.

Tía Sixta había nacido en Virxe, casa solariega a sesenta kilómetros de Santiago. Era la sexta de once hijos que vinieron al mundo uno tras otro, durante los doce primeros años del matrimonio de sus padres. Nadie le hizo nunca demasiado caso: su padre era juez y su madre andaba siempre ocupada con los embarazos, los partos y las lactancias. Tan seguidos vinieron los hijos que, cuando todavía estaba en la cuarentena del parto, sin permiso para pisar el atrio de la iglesia, ya andaba tapándose la boca por las náuseas del siguiente, y, a los pocos días, con la barriga. Estaba siempre deprimida y tenía tantas hemorroides que necesitaba sentarse entre dos sillas.

Contaban que después de haber parido cinco hijos, al nacer Sixta, no tuvo que hacer ningún esfuerzo para que saliera al mundo y que por eso la niña no lloró. «Ya llorará en algún momento todo lo que no lloró hoy», pronosticó en aquel entonces la comadrona. Y con el paso de los años, la premonición se cumplió.

La aldea tenía un río de aguas claras en donde los niños se bañaban, cogían ranas y pescaban

las truchas más finas y sabrosas del mundo. Sixta cuidaba de su hermana pequeña Jovina, una niña frágil, enferma del corazón. Se iban al puente romano, se sentaban y pasaban la tarde lanzando piedrecitas. También había una *carballeira*, hórreos, eras y prados que serpenteaban en zigzag entre las tierras de labor, en donde iban a coger flores y musgo para decorar el belén.

Era una aldea rica en centeno, maíz, patatas y puercos, con sus casas, una plaza en donde se hacinaba el tojo y la bosta para el estiércol, el horno en donde se cocía el pan de fermento, la iglesia con atrio alfombrado de muertos y una hermosa fuente con dos caños en donde las mujeres pasaban buenos ratos de palique.

Los días anteriores a su muerte, Jovina tenía el corazón tan desbocado que los flecos de la colcha de la cama en la que yacía se movían al compás de los latidos. Murió Jovina y poco después, su otra hermana, Maruja, de tuberculosis. Y para más inri, un día, a poco de dar a luz a su último hijo, su madre se sentó entre dos sillas a coser. «¿Qué coses?», le preguntó ella con la mosca detrás de la oreja. «Mi mortaja, nena», contestó. Cuando terminó, se metió en la cama y, como si hubiera cumplido con todo lo que tenía que hacer en la vida, se murió.

Tanta higiene había procurado mantener durante las enfermedades de sus hermanas que le quedó la obsesión de la limpieza. Cuellitos blancos, puños inmaculados. Se lavaba las puntitas de los dedos en una palangana siete u ocho veces al día. «Limpiar, limpiar sin cesar para destruir los microbios», era su cantinela. Despojándose de la suciedad, se libraba del dolor.

A los dieciocho años, y puesto que tocaba el piano con mucho talento, fue enviada a Madrid con dos de sus hermanos para que estudiara música en el conservatorio. Vivía con Vicente y Julio, también estudiantes, en un piso de la Gran Vía, con vistas a los tejados y las iglesias de Madrid. Pero estalló la guerra civil y tuvieron que volver pitando a Galicia. Allí se quedó la ropa, los libros, las fotografías, el piano... Julio no pudo escapar, y tuvo que vivir tres años escondido.

Recién acabada la guerra, volvieron a recuperar las pertenencias, pero encontraron el piso desvalijado. Papeles y libros desperdigados entre una nube de polvo, cuadros de mucho valor rajados, lámparas y espejos rotos tirados por el suelo. Hasta los cables eléctricos habían arrancado. De algún modo Sixta llegó a la conclusión de que habían sido los rojos. No fue una suposición ni conocimiento, sino un puro percatarse. A partir de ahí, si algo le desaparecía, era por culpa de los rojos.

Pasó toda la guerra en Virxe, en una habitación que daba a una era con dos vacas, tocando la pianola. Era una habitación pequeña, con una cama de hierro negra, cubierta con la colcha roja que había pertenecido a Jovina, de largos flecos. Todos los muebles, que eran de madera, estaban frotados con estropajo, por lo que olía a lejía. Llovía y el viento soplaba entre los castaños, la música salía por la ventana y flotaba en el aire como las hojas en un día de primavera.

Por entonces Esteban y yo nos casamos, y ella entró en mi vida.

Los veranos los pasábamos con ella en Virxe, pues era un sito agradable y fresco para los críos. Con la excusa de que tenía que trabajar, Esteban empezó a desaparecer. Al principio eran solo unos días; luego durante semanas, dejándome sola con los niños. Y como yo siempre tenía recados que hacer en Santiago, los niños se quedaban a cargo de Sixta durante una tarde o un día completo.

A través de campos labrados, matas, zanjas y maizales, con la falda remangada y dejando a la vista los muslos más blancos que la luna, tía Sixta los llevaba a ver saltar a las ranas a As Trabes, un paraje hermosísimo en donde nace el río Troitas. Cuando pasaba por un regato, aprovechaba para lavarse la cara, los brazos y las piernas, y cuando por fin llegaban (ella palpitante, colorada),

abría una alforja con pan de maíz, un pollo cubierto de gelatina, atún en escabeche y puñados de frutos secos. «Mirad aquella rana gorda de ahí cómo brinca», decía repartiendo las provisiones entre los niños, sofocada por las emanaciones de los alimentos. Era muy culta, tenía pasión por las flores y los pájaros y a los niños no dejaba de instruirlos: «la alondra canta en el aire», «la tórtola hace *ru-ru*.»

Julio, el hermano que se había quedado en Madrid, y del que no habían sabido nada, apareció un día por el carreterín. Pero estaba tan demacrado, tan esquelético y gris, que apenas se le reconocía. Los hermanos que también estaban por allí decían: «parece Julio pero...» Durante meses, al igual que había hecho con sus hermanas, lo cuidó, le preparó las mejores comidas, lo sacaba a tomar el sol. Pero murió de tuberculosis.

Pasaban los años, y un día, cuando ya empezaba a resignarse a ser una solterona, mientras tocaba la pianola, vio por la ventana la figura de un hombre que emergía lentamente del fondo de la era. Siguió mirando y reparó en que el tipo llevaba un violín. Sin dejar de tocar y sin dejar de mirar, dijo en voz alta: «Con ese de ahí he de matrimoniar.»

El hombre resultó ser un violinista que había conocido brevemente en el conservatorio de Madrid. Durante semanas, se les vio pasear por Santiago del brazo, asistir a conciertos o tomar café.

Hasta que, un día, compró pasteles, nos reunió a todos en la salita, nos presentó a Plácido (así se llamaba el violinista) y nos comunicó que se casaba. Sus hermanos, sobre todo Vicente, que era el más temperamental, se llevaron las manos a la cabeza. De lo poco que conocíamos al violinista, no nos acababa de gustar y se rumoreaba que, aparte de ser un mujeriego, había estado afiliado a la CNT, la UJA o algo así. Pero ella estaba ciega de amor y le daba igual lo que pensarán los demás. Dijo que se casaba en la iglesia de Virxe. Habló con el cura y encargó un traje de novia a una costurera de Santiago.

Y llegó el día de la boda. Tía Sixta estuvo recogiendo flores por el campo el día anterior con sus sobrinos y decoró la iglesia con amapolas y beleño. Junto a la cocinera, diseñó el menú: cabrito asado, ensalada de lechuga y tomate, arroz con leche y tarta nupcial. Todo estaba listo, dos días antes había llegado el traje de novia de Santiago. Mientras tanto, al violinista no se le vio el pelo.

Sixta salió de la casa vestida de novia del brazo de su hermano Vicente. Estaba radiante, y aunque era poquita cosa, con esa nariz encorvada de pájaro, el traje de seda le sentaba bien. La comida estaba lista, la mesa puesta para treinta invitados que poco a poco iban llegando de distintos lugares, incluidos los músicos, que eran amigos suyos del conservatorio de Madrid. Nadie había visto llegar al novio y comoquiera que uno de los invitados finalmente comentó que el día anterior lo había visto tomando vinos con «alguien» por la rúa do Vilar, empezó a rumorearse que no aparecería.

Sixta, ajena a todo, caminaba del brazo de Vicente hacia la iglesia. Tenía el cabello decorado con mariposas y florecitas de papel, se había embadurnado las mejillas con polvos de arroz y arrastraba el vestido por las zanjas, las eras y los charcos sin inmutarse lo más mínimo. Al entrar en la iglesia, el cuarteto comenzó a tocar las estaciones de Vivaldi, y los ojos se le inundaron de lágrimas.

La iglesia estaba a rebosar y ella ya esperaba en el altar. Por los bancos se rumoreaba que el novio ni siquiera había salido de Santiago, y a mí me comenzaron a sudar las manos. La música terminó y volvió a empezar. Sixta esperaba del brazo de Vicente, muy erguida y arrobada, la cara

hundida pero lanzando ojeadas nerviosas hacia la puerta. Hasta que se oyó el derrape de un automóvil.

Por la puerta apareció el violinista vestido de novio, elegantísimo, con un traje azul marino cruzado con botones dorados.

Respiramos tranquilos.

El novio avanzó hacia el altar y, de todas partes de la iglesia, comenzaron a brotar murmullos de admiración. Que qué guapo era, que qué apuesto estaba con el traje azul. Yo me fijé en que al hombre le temblaba la barbilla.

Al llegar a la altura de Sixta, el violinista le tomó una mano, la miró a los ojos y la observó de arriba abajo. La música se había detenido, todo el mundo estaba en silencio y él la recorrió con la vista una y otra vez. «¿Qué pasa?», llegó a decir la pobre Sixta. De pronto él, ante la perplejidad de todos los asistentes, se giró y dijo: «Yo escapo.»

Y así terminó la historia; corriendo por el altar mayor de la iglesia, escapó.

Sixta volvió a casa, se quitó el traje ya sucio y embarrado y lo metió en un baúl que escondía debajo de la cama, junto a las postales, los mantecados secos y el estereoscopio. Practicó sus escalas de piano y a las dos y media en punto, la hora de comer, como si fuera un día más, bajó al comedor. Al ver la mesa puesta y la cara de susto de la cocinera, se limitó a decir: «Me parece que has hecho demasiada comida hoy, ¿no crees, Lali?» Comió con apetito y por la tarde volvió al piano, una y otra vez, arriba y abajo con las escalas que nos volvían locos. Solo entonces, cuando ya había practicado sus ocho horas diarias, cerró la tapa de golpe, se quedó mirando a las eras y lanzó un aullido feroz. Sollozó mirando hacia la oscuridad y los árboles susurrantes, como si la negrura la conectase con lo que era: moco, llanto y desconsuelo, olor de carne virgen abandonada y pelo apestando a barro.

El violinista no volvió para dar explicaciones ni ella lo buscó. No se mencionó más el asunto de la boda y aunque a veces Vicente, cuando venía de visita, mascullaba que si pillaba a aquel rojo violinista le iba a cortar los cataplínes como hacían con los cerdos para evitar enfermedades, con el correr de los días aquel incidente se olvidó y pasó a ser la excusa para que todos tuviéramos que aguantar las rarezas de tía Sixta.

Después de aquel viaje a Canarias, sus extravagancias se exacerbaron. Cuando comía en casa y, sentados a la mesa, yo traía el plato con los huevos fritos, comenzaba a toquetearlos con su índice huesudo. Después de cogerlos y de darles la vuelta («este es demasiado grande», «a este se le rompió la yema»), escogía el que más le gustaba y lo arrastraba por todo el mantel hasta su plato, dejando un reguero amarillo. Mi marido se ponía en pie y le gritaba, pero yo siempre la defendía arguyendo que si con el mejor huevo frito la hacíamos feliz, pues qué más daba.

Junto al huevo frito, para beber, se ponía dos vasitos, uno con cerveza y otro con coñac. Iba dando sorbitos, primero de uno y luego de otro, y si le preguntabas qué hacía mezclando cerveza y coñac, ella, muy seria, levemente ofendida, contestaba: «¡Es moda en Madrid!»

Cuando venía de visita, nada más abrirle la puerta, todavía en el umbral, se quedaba quieta. Me decía:

—Oye, ¿no habrás visto unos pañuelitos blancos?

Elevaba una mano y, con dos dedos, hacía en el aire el gesto de cortar.

—Y unas tijeritas también. Me los quitaron.

—Serían los rojos.

Y Sixta, dando unos pasitos para entrar y desenrollándose la bufanda, contenta con la observación:

—Sí. Sin duda fueron los rojos.

Ya no volvió a meterse en la cama, pero, definitivamente, no era la misma. Su rostro empezó a crisparse. Se mostraba irritable y ya no se contentaba con tocar el piano. De hecho, cada vez tocaba menos.

En la habitación de la residencia, sobre el alféizar de la ventana, tenía un grillo en una caja y una maceta con geranios rojos. Estaba merendando en casa y de pronto se ponía en pie toda azorada, se llevaba las manos a la cabeza y le entraba una prisa y un desasosiego incontrolables. Decía que tenía que marcharse.

—¿Dónde tienes que marcharte, mujer? —le decía yo—. Siéntate y disfruta del chocolate.

—A dar de comer al grillo y a regar los geranios —contestaba ella.

—Pueden esperar.

—Por Dios mi Madrísima —decía ella—. ¡Me dan mucho trabajito y ansia!

Por aquel entonces, iba mucho a confesarse con el padre Bernardino, de la iglesia de San Francisco. Un día, en medio de la confesión, calló de golpe, como si se hubiera acordado de un pecado importante. Dijo:

—Padre, ¿usted no vería unos pañuelitos en una caja de cartón?

El padre Bernardino, que ya había oído hablar de los pañuelitos y que tenía mucha paciencia, contestaba:

—No, mujer, ¿y luego?, ¿te los quitaron?

—Sí, me los robaron. Los rojos. Y una tijerita de uñas también.

—Pues no te apures, mujer, que ya aparecerán.

Justo un año después de volver de Canarias, tuve la certeza de que había algo que definitivamente sobrepasaba los límites del mero trastorno viajero o «mal de alturas» que ella aseguraba padecer desde que bajó del avión. Desaparecía misteriosamente durante días, y una tarde entró en la casa acompañada de un guardia que la había encontrado desorientada por la calle. Otro día, al entrar, dijo algo confusa: «Me traen los pies, pero yo ya no sé venir.»

Decidí, pues, que volviera a vivir con nosotros. Arreglamos su vieja habitación, trasladó sus cosas de la residencia y allí se quedó.

Pero iba a peor. En medio de la noche, se la oía sollozar amargamente. Recién levantada por la mañana, con los pelos revueltos y los ojos como tajos de cebolla, mientras que yo la aseaba o le daba el desayuno, me contaba: «Esta noche tuve visita, Marga..., mucha gente paseando de un lado a otro de mi habitación, invitados, amigos del conservatorio, vestidos como para una boda... tú también estabas. —Y se ponía muy seria—: ¿Qué hacías tú en mi habitación?»

Se olvidó de tocar el piano. Solo comía tortillas de queso.

Era ya una figurilla frágil. Apenas huesos.

Un día en que yo estaba haciendo *filloas* en la cocina, vino y se quedó en la puerta distraídamente. Su cuerpo huesudo y plano se dibujaba al trasluz mientras se ajustaba el elástico de las bragas por debajo del camisón.

—¿Quieres algo, Sixta? —le dije.

—No, gracias. —Se la veía sonriente y muy tranquila—. Estaba solo pensando, ¿te acuerdas

de los geranios que tenía sobre el alféizar de mi ventana?

—¿Cómo no me voy a acordar! —dije yo—. ¡Y del grillo también!

—¿Crees, Marga, que Plácido los cuidó bien?

Dejé de revolver la masa de las *filloas* y la miré severamente.

—¿Plácido?, ¿te refieres al violinista? —dije. Y antes de que le diera tiempo a decir nada más, añadí—: No, francamente creo que no.

El comentario dejó a tía Sixta un tanto indiferente. Se quedó mirándome, envuelta en un silencio profundo, lleno de una fuerza recóndita. Sus manos descansaban sobre el regazo, inertes y quietas.

—Verás —prosiguió—, es que ayer, en casa, cuando le dije que...

No la dejé concluir.

—¿Sixta! —exclamé—. ¡No has vuelto a ver a Plácido en treinta años! ¿No te acuerdas? Te dejó plantada en el altar. Estuviste muy dolida.

Tía Sixta se quedó inmóvil y boquiabierta. En su mirada había sorpresa, preocupación y una especie de terror acorralado. Era como si todo su pasado hubiera vuelto de golpe a sus ojos.

—Lo siento, Sixta —le dije—. No quise decirte eso.

Pero tía Sixta se enderezó. Pestañeó un poco. Dijo:

—Los geranios se secan.

—Sí.

—Y el grillito come con voracidad.

—De eso no me cabe la menor duda.

—Me dan mucho trabajito y ansia.

—Eso no tiene nada que ver.

—¿Con qué?

—Con lo que acabo de decirte.

—¿Te crees que por ser pequeñito el grillo me da menos trabajo?

—¿Sixta! —zanjé al fin. Dejé la cuchara y aparté el recipiente en donde removía la masa. Me limpié las manos en el delantal—. El grillito y los geranios no tienen ninguna importancia —proseguí—. Lo que me preocupa es que te vuelvas a obsesionar con ese... —Pero no pude terminar. El rostro de tía Sixta me detuvo. Estaba pálida y la nariz de pájaro parecía realzarse. Le temblaba la mandíbula y tenía los ojos muy abiertos, entre tristes y orgullosos.

—Yo creo que Plácido los cuidó perfectamente —le dije—. Ahora vete a acostar.

—Sí —dijo ella dirigiéndose lentamente hacia su habitación—. Estoy mareada. ¿Sabes, Marga? Nunca debí de ir a Canarias. No había piano y ese avión voló demasiado alto.

## EL PACHECO

El Pacheco era el tonto del pueblo que, en realidad, era el más listo del pueblo. Escuchimizado, feo a rabiarse, con unos ojos saltones que viraban bruscamente de un lado a otro, labios finos y tumefactos, pantalones enormes sujetos a la cintura por un trozo de cuerda de esparto y la bragueta perpetuamente abierta; lo recuerdo siempre en misa acompañado de su hermana Delfina, una solterona avinagrada y seca de carnes, volviéndose disimuladamente hacia atrás para mirar a los feligreses.

No iba a misa por devoción sino para mirar las piernas de las mujeres. Bueno, de las mujeres y de los hombres, porque en realidad no hacía ascos a nada.

Antes de empezar la misa, en el atrio, tras una columna, yo me escondía y lo observaba. Si había mucha gente, él tiraba una moneda al suelo y se ponía a cuatro patas. Con la excusa de que la buscaba, iba palpando los muslos y las pantorrillas, o se quedaba mirando la ropa interior de las mujeres, que se limitaban a dar coces al aire, como si tuvieran tábanos en las piernas o se quisieran quitar de en medio a un perro.

Un día me pilló mirándolo y ahí empezó todo. Alzó la cabeza y me vio tras la columna. Sus ojos se quedaron prendidos en los míos, que lo observaban con una fascinación preñada de horror. Durante unos segundos nos examinamos mutuamente en silencio, él a cuatro patas, yo de pie, como dos animales asustados. Me empezaron a temblar las rodillas y se me nubló un poco la vista, hasta que de pronto retumbó por el atrio la voz de Delfina:

—¡Pobre de ti, Antonio, como vea que tocas las piernas de alguna mujer!

Una vez dentro, en lugar de atender a la misa, el Pacheco se dedicaba a ladear un poco la cabeza para mirar los muslos de la gente. Había un veraneante de Coruña que iba a misa de doce por quien sentía especial predilección, porque tenía las piernas blancas y bulbosas. Arrebolado, morado de deseo, Pacheco le daba un codazo a su hermana y, señalando al veraneante con descaro, susurraba: «¡Ohhhh, qué piernas tiene aqueeeeel!» Delfina le mandaba callar al instante, y entonces él masticaba sin tener nada en la boca, mientras dejaba vagar la mirada, perdida y mórbida, por algún lugar próximo al altar. «Hace calor», decía al fin, frunciendo la nariz.

Por entonces yo era un niño de unos doce años y mi corazón no sentía nostalgias, ni dudas, ni aprensiones. Las cosas aún eran enteras e indiscutibles, pero aquella mirada del Pacheco supuso un tránsito o una fractura, un camino hacia un nuevo lugar que, a partir de entonces, tendría que recorrer.

Arrastrando los pies y agarrándose el cordel, el Pacheco llegaba hasta la casa en donde veraneábamos y se metía hasta el fondo de la cocina, en donde mi abuela, que tenía mucha paciencia con él, le daba bocadillos o dinero.

—¿Qué tal, Pacheco? —le decía.

Y él, masticando la nada:

—Por aquí, a pasar el rato.

Un olor penetrante a sucio, como a sábana sobada o huevo podrido se propagaba por la habitación.

—¿Vas para el puerto?

—Voy.

Y entonces le mandaba algún recado:

—¿Me puedes traer pan y azúcar?

—¿Y luego... por qué no he de traérselo?

Yo solía estar por ahí, mojando el pan en el colacao del desayuno. Y siempre era igual; ansiaba escapar, pero no podía. No sabía qué hacer: no probar bocado o comérmelo todo sin parar para no tener que mirarle. Mientras mi abuela iba a buscar el dinero, me quedaba a solas con él. Eran minutos de una violencia insoportable: nos vigilábamos mutuamente de forma torpe, silenciosa. Sus ojos majaretas me inspeccionaban de pies a cabeza, con absoluto descaro, mientras se sorbía los mocos. Se me ponían los pies fríos y las mejillas calientes, como un sopor, y la boca temblorosa y reseca. A saber qué estaría pensando de mí. El rato se hacía eterno hasta que por fin volvía mi abuela con el dinero.

Al puerto iba siempre por la carretera de la costa porque, aunque era mucho más largo y peligroso que a través del monte, era donde estaban las playas y así podía detenerse a contemplar a las mujeres y a los hombres en bañador.

Todo el mundo lo conocía y, cuando lo veían pasar, le gritaban desde la playa:

—¿Vas para el puerto, Pacheco?

Y él:

—¡Voy!

Y mostrándole un billete de cien:

—¿Me traes cigarrillos?

Y él, corriendo cuesta abajo, despendolado, para coger el dinero:

—¡Traigo, oh!

Se tiraba el día entero vagando por ahí; sabe Dios qué haría. Horas más tarde, a la caída del sol, le veíamos volver arrastrando los pies y sorbiéndose los mocos, la cabeza gacha, ahído de tanto mirar.

—¿Y los cigarrillos, Pacheco?

Y él:

—Los fumé.

Y mientras mis amigos seguían cazando los cangrejos que se escondían entre las peñas, yo me acercaba a la carretera para observarle. Por la tarde era otra la mirada la que traía, una mirada apagada y húmeda, que provocaba el nacimiento de la melancolía.

Al rato entraba en casa de mi abuela con la mercancía, pero nunca con la vuelta del dinero.

—¿Y la vuelta, Pacheco?

—La cuenta.

Ya durante ese verano se hablaba de que el cura del pueblo estaba intranquilo, que un día

había ido a la casa del Pacheco con su olor a jabón y con sus manos muy blancas que gesticulaban al hablar. Se decía que mirando muy fijamente, no se sabía hacia dónde pero por encima del hombro de Delfina, le había recomendado a esta que al Pacheco le empezaran a suministrar «algún medicamento para rebajar el deseo sexual, no le hará mal, Delfina, y en misa todos estaremos más tranquilos. Yo puedo proporcionártelo».

Otros decían que había venido una mujer de la Xunta para llevárselo, pero que Delfina la echó de allí jurando que, para llevarse a su hermano a una institución, tendrían que pasar por encima de su cadáver. Aunque todo eran habladurías y los días pasaban, y los higos maduraban, y cantaban las ranas, y por las noches olía a jazmín, y vete tú a saber.

Llegó septiembre y volví a Santiago.

Al verano siguiente, con trece años, me enamoré de una niña que pasaba el mes de julio en la casa roja de alquiler, a pocos metros de la playa. Yo la veía algunas mañanas con sus padres, tomando el sol o bañándose, y notaba que también ella me miraba. Tenía la piel dorada, los ojos verdes y brillantes, el pelo rubio recogido en una coleta y estaba siempre sonriente. Desde las rocas, mientras mis amigos jugaban, la observaba durante horas sin atreverme a decirle nada.

Un día entró Pacheco en casa a preguntar a mi abuela si tenía algún recado. Y entonces se me ocurrió pedirle que le entregara a la niña una nota mía.

—¿Sabes cuál es la casa roja, la que alquilan, junto a la playa? —le pregunté.

Pacheco me dirigió una de sus miradas de besugo. Frunció la nariz.

—¿Y luego? —dijo—, ¿cómo no iba a saber?

Garabateé rápidamente una nota en un papel. Era una especie de declaración de amor, mezcla de un poema que había leído ese curso en el colegio y que me había gustado y lo que se me ocurrió en el momento. Se la entregué al Pacheco.

—Hay una niña que veranea en esa casa con sus padres. Le das esta nota, ¿vale? Pero no la leas tú, ¿de acuerdo? Cuando se la des y la haya leído, vienes a decirme qué ha dicho. —Me metí la mano en el bolsillo y saqué unas monedas—. Toma. ¿Te parece?

No me contestó. Me miró durante unos segundos y luego me arrebató el dinero. Me fijé en una mancha de huevo que tenía en la chaqueta y en dos o tres pelos que asomaban a través de la camisa abierta. Salió trotando con la nota en la mano. Me asomé a la ventana y lo seguí con la mirada. A la altura de la verja, se detuvo y comenzó a leer la nota. Luego, lentamente, alzó la vista, volvió el rostro bruscamente, miró hacia la ventana y me lanzó un beso con los dedos. Yo me escondí tras las cortinas y él siguió corriendo cuesta abajo, hasta desaparecer de mi vista.

Estuve esperando todo el día, alborotado, expectante, casi feliz de tanta soledad. Fueron las horas de más ansiedad de mi vida. En un momento dado, mi abuela me pasó la mano por la frente y me preguntó si tenía fiebre. Hasta vomité la comida.

Por la tarde volvió el Pacheco. Nada más verle en el jardín, salí a su encuentro.

—¿Le diste la nota? —le pregunté casi sin aliento.

Esbozó una sonrisita obscena que dejó a la vista su dentadura desigual y podrida.

—Le di.

—¿Y?

—Dijo que tú también le gustas mucho.

Levantó lentamente los ojos para fijarlos en los míos.

Todavía hoy, treinta años después, recuerdo esa mirada. La mirada húmeda y bobalicona que

me dedicó unos instantes, y que luego se desvaneció, como una nube; la mirada que me hizo sentir esa cosa triste y pesada en el pecho que a ratos me producía ganas de aullar y otras ganas de encerrarme a llorar. Algo frío y a la vez templado que aún hoy, en las tardes de mucho cansancio, se apodera de mi corazón, y que forma parte de mi ser, como la respiración. Pero ese cansancio no es más que una mentira confundida entre un poco de felicidad.

Durante ese verano, ni siquiera hablé con la niña. Me enteré de que se llamaba Elena y nos limitamos a saludarnos tímidamente con la mano de lejos. Ante todo, no quería que nada ni nadie estropeará lo que el Pacheco me había hecho sentir esa tarde.

Ocurrió también algo muy triste: Delfina murió de un infarto. Avisada por el cura, a los pocos días se presentó en casa del Pacheco una mujer de la Xunta. Nada más entrar, le explicó muy dulcemente a este que tenía que irse con ella a un centro. Solo quería protegerlo, tanto de las enfermedades como de la vejez y, por otra parte, era muy triste vivir solo. Pero le prometían que, si no se oponía al traslado y se portaba bien, al final del verano le dejarían volver durante unos días. «A un centro...», repitió él mecánicamente. Tenía la mirada fija en los muslos de la mujer y masticaba sin tener nada en la boca. «Sí», dijo ella un poco turbada. «Así encontrarás compañeros con quienes compartir el día, con quienes jugar a las cartas, con quienes escuchar música. La Xunta se hará cargo de todo, de la alimentación, del alojamiento, de los gastos. Estarás como de vacaciones. Vacaciones pagadas. ¿No te parecen buenas noticias, Antonio?»

Antonio. Solo lo llamaba así su hermana y oír ese nombre lo puso triste y le llenó los ojos de lágrimas. «¿Entiendes, Antonio, lo que te digo? Medítalo bien y mañana me das una respuesta. Mañana te llamo y me dices qué has pensado. Ante todo eres tú el que tiene que decidir; no el cura.»

En cuanto se quedó solo, el Pacheco se puso a meditar, tal y como le había dicho la mujer. «¿Tenía ganas el Pacheco de irse de vacaciones?: no. ¿Tenía ganas el Pacheco de jugar a las cartas con los compañeros?: no. ¿Tenía el Pacheco ganas de escuchar música en un centro?: no.»

Al día siguiente la mujer no lo llamó. Se presentó directamente en la casa con una furgoneta de la Xunta.

—No voy —dijo el Pacheco desde la puerta, retorciéndose los dedos y sorbiéndose los mocos.

Pero unos señores lo agarraron por los brazos y lo obligaron a meterse en el coche.

Al final del verano, vino a pasar una semana con la asistente social, tal y como le habían prometido. Fue a misa con ella, pues, según dijo, eso es lo que más le apetecía hacer en su pueblo. Recorrió los lugares por los que solía pasear. Recuerdo que vino a vernos a casa, a preguntarle a mi abuela si tenía algún recado. Mi abuela, que ya sabía por el cura que andaba por allí, se alegró mucho de verle. El cura le había dicho que venía cambiado, «mucho más tranquilo con la medicación». Mientras mi abuela le encargaba el pan, fiambre y cigarrillos, salí a saludarlo.

Estaba más delgado y demacrado. Llevaba una camisa blanca inmaculada, abotonada hasta arriba, y un pantalón largo gris; parecía haber envejecido diez años.

—Hola, Pacheco —le dije—, ¿cómo estás?

Ni siquiera me miró. Se limitó a contestar que bien, mientras cogía el dinero que le daba mi abuela. Como siempre, lo seguí con la mirada por el jardín, esperando a que se girara para mirarme a la altura de la verja. Pero no se giró. El Pacheco ya no miraba a nadie.

Terminó el verano y nunca más lo volvimos a ver. Nadie supo si lo habían trasladado a otro centro o si simplemente lo dejaron morir en ese. Al verano siguiente, me decidí a hablar con Elena. Ya teníamos catorce años y mi abuela y sus padres nos dejaban pasear juntos. Tumbados en la playa, ella apoyaba su cabeza sobre mi vientre y olía tibio, como los gatitos recién nacidos, y yo metía los dedos entre sus cabellos. Fuimos novios tres años en los que nos escribíamos durante el invierno y nos veíamos en verano. Pero poco a poco fuimos perdiendo el contacto.

Hace un mes, me la encontré por casualidad caminando por la rúa do Preguntorio, en Santiago. La reconocí al instante, y ella a mí. Estaba casada, vivía en Pontevedra y tenía tres hijos. Yo me había divorciado y tenía un hijo. En el fondo nunca había estado enamorado de mi mujer; al menos no como siempre pensé que lo estuve de ella. Llovía y entramos en el Derby a tomar un café. Recordamos aquellos veranos con cariño. Ella habló del primer beso que le di bajo la higuera de la casa roja, de una estrella de mar que le regalé y de unos melocotones que robamos en una huerta. No se lo dije, pero yo no me acordaba de nada de todo eso. Por mucho que lo intentaba, solo acudía a mí la mirada. O, más bien, el recuerdo de la mirada. La mirada húmeda y bobalicona que floreció en los ojos del Pacheco al decirme que yo a Elena también le gustaba.

Terminamos hablando de él. Ella no lo había tratado mucho pero se acordaba, cómo no iba a acordarse del tonto del pueblo que se quedaba con todas las vueltas y se fumaba todos los cigarrillos, el que decía en misa aquello de «ohhhh, qué piernas tiene aqueeeeee!». Nos reímos y entonces le dije que no estaba bien reírse, y que en realidad teníamos que estarle eternamente agradecidos. Calló. Me miró sorprendida. Preguntó por qué.

—Porque te entregó mi nota y me dijo que yo también te gustaba. Jamás me hubiera atrevido a decirte nada si no hubiera sabido eso.

Elena se apartó un mechón que le caía sobre la frente y me sonrió con coquetería. Me dijo que el Pacheco jamás le había dado ninguna nota.

## **LOLITA M. PARKER**

Lolita es mi amor impalpable y ultramarino.

La encontré en la tercera página de un álbum de fotos, algo trasegada por los dedos. «Srta. Lolita M. Parker», decía el pie de foto.

Un polvillo fino en los dedos al tocarla.

La miro al despertar. La tengo enrollada en un tubo de pastillas envuelto con la manta rosa que un día calcetó mi madre, en el cajón de la mesilla de noche. Lolita tiene veinticuatro años. Lleva zapatos de tacón ancho y alto. Dos piernas negras arrebuajadas en licra, sobradas de carne pero prietas. Una camiseta blanca con botones que trepan ágilmente, desde el ombligo hasta la canal de dos pechos turgentes. Por el cuello no le sobra la carne. Diría que tiene un cuello gallináceo y ajado. Un respiro a su belleza. Que llega en la cara, con su pestaña erizada, con su ojo amarillo que me guiña, su mejilla colorada. Morena piel, teñida de pelo.

Lolita tiene un aire de esos lejanos. Es ultramarina.

Necesito mirarla al despertar, antes de almorzar y un poco al atardecer. Por la noche intento no mirarla tanto. Soy estricto con los tiempos. En la agencia me aconsejaron que no me obsesionara, que los trámites eran algo lentos y que las chicas son las que escogen.

Mucha demanda y poca oferta. Y sobre todo que tuviera claro que estas niñas no suelen enamorarse. Que vienen y se casan, pero que eso no quiere decir nada. Mejor no tomárselo muy a pecho.

Pero yo soy un hombre sentimental, y me he encaprichado con Lolita. Lolita M. Parker. Ya le han enviado mi dossier. Realmente no sabía qué incluir. Si decía que soy oficinista, a lo mejor no le gustaba. Pero tampoco le voy a mentir, si de lo que se trata es de vivir juntos para siempre. Por eso lo puse. Soy oficinista. Cuarenta y dos años. Me gusta pasear y, por encima de todo, me gusta la poesía.

Desde que la vi en el álbum de fotos, mulata y brava, guardo una esperanza. En general se puede decir que somos felices, que nos conformamos con lo que tenemos pero también se puede no decir. Porque resulta obvio que casi nadie está conforme con lo que tiene y que nos pasamos la vida deseando ser distintos a como somos. En realidad se puede decir que somos unos desgraciados. El que tiene el pelo liso, pues lo quiere rizado; el que es gordo quiere ser flaco; el que tiene una charcutería, pues quiere una joyería, y viceversa. Pero cualquiera que sea la situación, la vida se puede alimentar con una esperanza. Es como echar chinitas a un río para que el agua siga corriendo. Sabes que el agua no corre porque tú le echas chinas, pero echas las jodidas chinitas. Primero pequeñas. Luego grandes; te entretienes buscándolas. Mientras echas chinitas, el agua corre. Hay río.

Llamo a la agencia todos los días, para ver si hay noticias. Pero nada.

La he presentado en la oficina, ¡cómo la han toqueteado! Sobre todo las mujeres. Caramba. La secretaria del jefe ha estado cinco minutos pasándole el dedo, de arriba abajo. «Qué cuerpazo, Manu, no sé si podrás cuando la tengas.» ¿Podré qué, imbécil? Con su dedo grasiento del churro del desayuno. Con su uña roja desportillada. De arriba abajo. Restregándolo. En mi Lolita.

Lolita M. Parker. No la vuelvo a sacar. De verdad que no. Ayer me llamaron de la agencia.

Que Lolita se ha decidido. De entre veinte que éramos, me ha escogido a mí. Que le encantan los oficinistas maduros, los paseos y la poesía. Qué gracia. Menos mal que no le escondí mi verdadera personalidad. Está visto que es mejor ser sincero, se coge antes a un mentiroso que a un cojo.

Acabo de inventar una excusa para no acudir a la agencia. He dicho que tropecé en la escalera de la oficina y que tengo un esguince. Tengo que firmar unos cuantos papeles para que venga Lolita, pagar y ya está. También tengo que comprarle el billete de avión. Eso no me importa en absoluto. Lo que de verdad me molesta es tener que ir a la agencia.

Tengo un compañero de la oficina que fue el que me contó lo de las chicas. Lo de la agencia. A él le trajeron una mulata que le duró tres días. Trincó sus tarjetas y las vació de dinero. Hasta se compró un humidificador para tener, en el centro de Madrid y en pleno mes de agosto, la misma humedad que en el Caribe. Manda huevos. Luego la vieron muy elegante y muy pintada, paseando por la esquina del Bernabéu con un hombre bajito. Mi compañero no la ha vuelto a ver. Pero si la encuentra, la muele a palos. Eso dice. No sé si será capaz, porque no es de esos hombres violentos.

Yo que vivía tan tranquilo. Con mi foto. Olorosa a pastillas para la tos.

Me han dado un toque en la agencia. Normal.

Ha pasado una semana y todavía estoy cojo. Que si no me paso se la dan a otro. Que los tiene a patadas. Pero yo pienso que no habrá tantos que sean oficinistas, que tengan cuarenta y dos años, que les guste pasear y sobre todo: que les guste la poesía. A la mayoría les gusta el fútbol. Mi compañero de oficina puso que le gustaba el fútbol y se ganó a la suya con eso. A mí lo del fútbol me parecía un poco ordinario. Aunque de vez en cuando, cuando juega el Madrid y se juntan todos en el bar, pues me gusta ver algún partidito.

Creo que voy a tener que ir. Aunque solo sea para firmar los papeles.

Que firme los papeles y le compre el billete porque viene pasado mañana. Lo tomas o lo dejas.

He abierto la manta, he sacado el pastillero y desenrollado la foto al salir de la agencia, para mirarla otro rato. No suelo hacer eso, en medio de la calle, ya dije que soy estricto con los horarios. Pero ya que la había sacado..., si no la miro me muero. Me ha entrado hipo al verla. Además se me ha encogido el estómago. La manta huele bien y a la boca me llega el gusto áspero de la infancia. La huelo, aprieto la lana entre los dientes: es la sangre del grillo o el sabor del abandono.

No me pasaba desde que mi tía me preguntaba qué quería para merendar.

Lolita aterriza mañana a las doce y cuarenta y cinco. Tengo que pedir permiso en la oficina. He contado la verdad: que venía mi novia y que tenía que ir a buscarla al aeropuerto. Al decir «mi novia» se me ha hinchado el pecho. Además he aprovechado para decir que me caso. Mi jefe me ha dado quince días de vacaciones. También me ha dado una palmada en la espalda que me ha

dolido. No por el «dolor en sí», no. El «dolor en sí» es superficial y no duele. Lo que duele es la ironía, que es algo mucho más profundo.

Realmente no sé qué ponerme para ir al aeropuerto. Quizá lo que llevaba en la foto que le enviaron a ella. Si me ha escogido de entre veinte hombres no será solo por mis aficiones. También contaría algo mi aspecto. Me he puesto la corbata y el traje de chaqueta negro. Es demasiado elegante pero no tengo otro. Cuando lo llevé al entierro de mi tía, a la que no volví a ver desde que salí del internado, unas conocidas me llamaron la atención. En pleno funeral. Las muy brujas. Que estaba viejo. Para dos o tres veces al año que lo utilizo, no me voy a comprar otro. No por el dinero. No es eso.

Me sudaban tanto los dedos al atarme la corbata que la he dejado hecha un gurrúño. Por la parte del nudo. Si fuera por abajo no me importaba porque la escondo con la chaqueta y ya está. He salido a comprar un poco de gomina porque me sobraba mucho tiempo. Como me conocen en la droguería y me da vergüenza que piensen que es para mí, me he llevado otras cosas para disimular. Cuatro paquetes grandes de papel higiénico y unas pastas dentífricas. La de la droguería me ha sonreído. No sé si por tanto papel higiénico o por la gomina.

He subido la foto envuelta en la manta rosa al altillo. Ya no la necesito, je, ¿para qué?

La gomina en el pelo le llena a uno de seguridad. Es como una caricia de madre. Mira qué gracia. Porque si lo sé, ya la hubiera utilizado antes. Los zapatos me están algo pequeños pero no me importa. Lo que me importa es tener que ir al aeropuerto.

Y allí está. Lolita en el aeropuerto: tiesa, con la maleta en el suelo, el cuello estirado, los ojos desorbitados de buscarme, con la lengua deslizándose por los labios como una serpiente de agua.

Es la misma Lolita M. Parker de la foto.

Me besa. Un beso carnoso y húmedo. Como si sus labios saltaran del retrato. La sangre me calienta las orejas. Además oigo cómo me bate en las sienes.

Es tal y como la había imaginado. No me siento engañado ni defraudado, mi amigo me dijo que la suya venía más flaca que en la foto. Me ha vuelto a entrar el hipo. Creo que se ha fijado en el nudo de mi corbata. Pero no tiene importancia. Lo que me preocupa es que no sabía que era oficinista.

Se lo he tenido que contar cuando íbamos en el coche. A lo mejor se había olvidado.

Seguramente.

Llevamos una semana en casa porque Lolita está cansada. Lo peor es que se me esfuman las vacaciones y luego a ver cómo me caso. Mi amigo dice que no me precipite, que las mujeres requieren su tiempo y que el tiempo en el Caribe transcurre más lento por culpa del calor. Que siempre existe otro tiempo dentro del tiempo. Algo así me ha dicho.

Lolita me dice que si me empeño, se casa. Pero que no piense que me va a dar hijos y menos acostarse conmigo. Tengo la cabeza que parece un remolino líquido, una orquesta desafinada de pensamientos.

A ver si puedo pensar de manera hilvanada.

Lolita es la misma que la de la foto. Teñida y fondoncilla. Es ella. No puedo decir que me hayan dado gato por liebre. Pero lo cierto es que he bajado la manta rosa del altillo, la he abierto, he sacado la foto del tubo de pastillas y la he desenrollado para mirarla un poquito. De vez en cuando, hundo la nariz en la manta y me abandono a su olor.

Que si me empeño se casa. Vale. Ya es algo. Hoy no ha salido de la habitación. Ni para comer

siquiera. Llamé a la puerta para preguntarle si me quería. Me ha dicho que sí. Aunque yo creo que no. Ya me lo advirtieron en la agencia. Se ha tirado todo el día oyendo música en la habitación. Yo leyendo. También cantaba. Deprimida no está. Eso es lo que más me revienta.

El que está deprimido soy yo. Caramba. He escondido las tarjetas de crédito.

Lolita M. Parker. Han pasado los quince días y he tenido que volver a la oficina. Les he dicho a todos que estuvimos en Cancún. Y que muy bien.

Lo peor es cuando me pidan las fotos del viaje.

Ahora no solo he vuelto a desenrollar la foto para mirarla sino que he intensificado el horario. Lolita entra y sale de mi casa. Nos damos los buenos días, y, a veces, las buenas noches.

He sacado a Lolita M. Parker del tubo de pastillas y la he colocado en un marco en condiciones, de ribetes dorados. Qué hambre. Mientras chuperreteo y trago jirones de la manta rosa, la miro.

Mierda de oveja, seda azul, lana de barro mugriento, sangre en una bota.

Ahora somos tres en casa.

## **EL CAJÓN EN EL QUE HABITA MI MADRE**

El primer cajón de la cómoda, en el que habita mi madre, tiene un agujerito que conecta con el cajón de la ropa interior de mi tía, olorosa a lavanda, que está justo debajo y que es donde, envuelto entre la ropa interior, guarda el revólver con el que la mató, que conecta con el de las medicinas de mi padre, que desde entonces tiene que tomarse, porque «nunca debimos hacer aquello, no», que conecta con el suelo de roca de la casa, que conecta con el cedro, que conecta con sus raíces retorcidas con aspecto de lombrices y con el esqueleto de un escarabajo seco, que conectan con la tumba de los niños que aún viven en el corazón, que conecta con pasajes subterráneos hechos de ramitas y de recuerdos, que conecta con esa oscuridad que todos llevamos dentro y que nos impide respirar.

Ahí, en las entrañas frías de la muerte, habita mi madre. A veces lanza delicadas raíces, serpentea por debajo de la tierra, penetra la tierra dura y se abre camino despacio. Hacia el sol.

## **AGRADECIMIENTOS**

Agradezco la cariñosa e inteligente crítica de Natalia Carrero, M.a José Codes, María Tena y Laura Freixas. Sin ellas la escritura de este libro hubiera sido mucho más ardua.

Agradezco también la hospitalidad de la prestigiosa residencia para escritores, Villa Sarkia (Finlandia) y en especial a su anfitriona, Riita Kuisma, que me ayudó a descubrir los paseos por el bosque y los lagos, y que me presentó a las gentes de Sysmä.

Manuela das Fontes, el niño que comía lana y el resto de niños de este libro, Onesíforo, marqués de Alcántara del Cuervo y su mujer, Pacheco, el viejo Tranquilino y todos los demás también estuvieron allí haciéndome compañía en las noches de nieve y frío.

Y por último agradezco el apoyo emocional y el trabajo insustituible de mis agentes, María Cardona y Anna Soler-Pont.